
HARLEQUIN
Bianca
Julia James
ARTES DE SEDUCCIÓN

Bianca

ARTES DE SEDUCCIÓN

Julia James



Capítulo 1

CARLA miró su reloj por enésima vez y luego giró la cabeza hacia la entrada del restaurante. ¿Dónde se había metido? Se sentía impaciente, angustiada. Experimentaba una poderosa emoción que no había experimentado nunca. Una que nunca hubiera imaginado sentir por el hombre al que estaba esperando.

Necesitaba desesperadamente volver a verlo entrando en el restaurante con su paso seguro, alto y dominante, convencido de que podía ir donde quisiera porque siempre habría un sitio para él, que la gente se apartaría para abrirle paso y nadie se atrevería a rechazarlo, en ninguna circunstancia.

Ella no lo había rechazado. No le había negado nada, se lo había dado todo. Todo lo que él había querido…

Desde el momento que esos ojos negros como la noche se habían clavado en ella, evaluándola, deseándola, había estado perdida. Totalmente perdida. Había cedido con la absoluta convicción de que era el único hombre que podría afectarla de ese modo.

Ese momento estaba grabado a fuego en su memoria, en su cuerpo, que ardía de repente, en su corazón.

Los recuerdos la asaltaron de nuevo.

La alta sociedad de Roma se había dado cita en la galería de arte, tomando champán y canapés mientras Carla se abría paso entre ellos, murmurando saludos aquí y allá. Sabía que era uno de ellos. Podía moverse en esos círculos no por haber nacido en una familia de aristócratas sino por ser la hijastra del multimillonario Guido Viscari.

El vestido de cóctel que abrazaba su figura, de seda salvaje en tono azul cobalto, era de su diseñador favorito y podía competir con la alta costura de las demás invitadas. Podía competir en todos los sentidos. Sus facciones eran más bien dramáticas, con unos ojos que podían echar chispas y unos labios generosos con un indicio de sensualidad. Era un rostro que atraía las miradas de los hombres, especialmente cuando estaba sola.

Al contrario que otras invitadas, ella tenía una razón de peso para acudir a esa exposición privada, aparte de pasar el rato antes de cenar, pero se había acostumbrado al constante examen de los hombres italianos. La había sorprendido e incomodado años antes, cuando era una adolescente británica nueva en la vida italiana, pero desde entonces se había acostumbrado y apenas le prestaba atención.

Salvo… Carla se detuvo abruptamente cuando iba a llevarse la copa a los labios. Alguien estaba mirándola. Alguien cuyos ojos podía sentir sobre su piel como si estuviese tocándola. Alguien que la observaba muy fijamente.

Y cuando giró la cabeza, lo vio.

Acababa de entrar en la galería y la recepcionista seguía sonriéndole, pero el extraño estaba concentrado en ella, mirándola desde el otro lado de la sala. Carla sintió un escalofrío, como si dentro de ella tuviese lugar un seísmo, y una repentina oleada de calor por todo el cuerpo.

Porque el hombre que la observaba tan atentamente era el más atractivo que había visto en toda su vida.

Alto, atlético, de anchos hombros, con unas facciones fuertes, fascinantes. Perfil romano, pelo y ojos negros y una boca con un rictus ligeramente torcido que le hacía cosas raras por dentro.

Cosas desconocidas.

Cosas que no había experimentado nunca.

La oleada de calor se intensificó. Estaba clavada al sitio, como si no pudiera moverse, como si estuviese atrapada en un lazo, capturada.

Cautivada.

No sabía durante cuánto tiempo estuvo sometida a esa mirada escrutadora, pero le parecía como si el tiempo se hubiera detenido.

Le faltaba oxígeno, pero un segundo después se sintió liberada. Otro hombre se había acercado al extraño para saludarlo efusivamente y solo entonces dejó de mirarla.

Carla tomó aire, profundamente turbada.

¿Qué había pasado?

¿Cómo podía una simple mirada hacerle eso? ¿Cómo podía afectarla de tal modo?

Tomó una copa de champán, nerviosa. Necesitaba el refrescante líquido para calmarse y se apartó para hacer lo que había ido a hacer a la galería: estudiar los retratos de la exposición.

Miró el que estaba frente a ella y, al hacerlo, se quedó sorprendida. Porque estaba mirando de nuevo esos ojos tan negros.

Los mismos ojos negros del extraño.

Negros como la noche, velados, sensuales.

Los ojos del retrato parecían someterla al mismo escrutinio que los del extraño.

Carla miró la plaquita de metal en la pared. Aunque no tenía que leerla, sabía perfectamente quién era el artista.

Andrea Luciezo, que junto con Tiziano, había sido uno de los grandes maestros del Renacimiento. Su habilidad para capturar la esencia de los que posaban para él, los hombres ricos y poderosos que habían controlado la Italia del siglo XVI, y sus mujeres, retratados de una forma vibrante. Luciezo, cuyos lustrosos óleos infundían a cada sujeto de un potente encanto.

Leyó entonces el nombre del sujeto del retrato y asintió lentamente con la cabeza. «Ah, claro».

Las poderosas facciones, el pelo negro como el azabache, largo hasta la nuca, con barba, como mandaban los cánones de belleza de ese tiempo, la sensual línea de la boca, el terciopelo negro del jubón, el cuello blanco de la sayuela, el brillo dorado sobre su ancho y poderoso pecho.

Era un hombre al que el artista tenía en gran estima y cuyo retrato decía a las claras que no era un simple mortal. Estaba en la mirada desafiante, en el ángulo de su cabeza, en la rigidez de sus hombros. Era un hombre a quien el mundo obedecía, ordenase lo que ordenase…

Tras ella escuchó una voz profunda, resonante, con un timbre que de nuevo provocó un escalofrío.

–¿Qué le parece mi antepasado, el conde Alessandro?

Al dar media vuelta, Carla se encontró con la versión actual de la oscura mirada del retrato; la versión que la había dejado transfigurada unos minutos antes.

Cesare di Mondave, conde de Mantegna.

El propietario del valioso retrato de Luciezo y de una vastísima fortuna. Un hombre cuya reputación lo precedía. Según los rumores, vivía como lo habían hecho sus ilustres antepasados, como si el mundo le perteneciese. Un hombre a quien ningún otro diría que no y a quien cualquier mujer querría decir una sola cosa:

Sí.

Y cuando Carla se encontró con su mirada supo con una sensación de fatalismo que esa era la única palabra que ella querría pronunciar.

–¿Y bien?

Carla se dio cuenta de que tenía que hablar, que le había

ordenado que dijese algo. Porque aquel era un hombre que debía ser obedecido.

Pero no obedecería inmediatamente. Lo desafiaría al menos en eso.

Deliberadamente, volvió a mirar el retrato, haciéndolo esperar.

–Un hombre de su tiempo –dijo por fin.

«Mientras tú no eres un hombre de tu tiempo».

No, el conde de Mantegna, que parecía llevar su antiguo linaje como una capa invisible, no era un hombre del siglo XXI.

–¿Qué quiere decir? –le preguntó, frunciendo el ceño.

De nuevo, la pregunta exigía una respuesta inmediata y Carla volvió a mirar el cuadro.

–Su mano está en la empuñadura de la espada y mataría a cualquier hombre que lo insultase –empezó a decir–. Se somete al escrutinio de alguien que nunca podría estar a su altura, por mucho genio que Luciezo poseyera, sencillamente para exhibir su ilustre imagen. Su arrogancia se ve en cada línea, en cada pincelada.

Se volvió luego hacia el hombre que le había hecho la pregunta. Su respuesta no lo había complacido, era evidente.

–Confunde arrogancia con orgullo. Orgullo no por sí mismo sino por su familia, su linaje, su honor. Un honor que defendería con su vida, con su espada, que debía defender porque no tenía otra opción. Soporta el escrutinio del artista porque debe tener presente lo importante que es proteger y preservar su legado. Este retrato será su persona cuando ya no esté, perdurará para la posteridad cuando él se haya convertido en polvo.

Los ojos negros se clavaron en los del retrato. Era como si los dos hombres estuvieran comunicándose.

Carla frunció el ceño. Qué extraño pensar que un hombre del presente pudiese mirar a los ojos de uno de sus antepasados. Eso hacía que el conde fuese diferente al resto de los mortales.

Ella no sabía nada de sus antepasados. Su padre no era más que un nombre para ella, un hombre que se había casado con su madre a regañadientes cuando quedó embarazada, y que murió en un accidente de coche poco después. Su madre la había criado sola hasta que volvió a casarse con Guido Viscari cuando ella era adolescente.

«Sé más sobre la familia de mi padrastro que sobre la de mi propio padre».

Para un hombre como el conde, que conocía la identidad de todos sus ilustres antepasados, ese desconocimiento debía ser algo incomprensible.

–Y, gracias a su genialidad, Luciezo fue capaz de expresar todo eso en esta imagen–le dijo–. Sin su talento para el retrato, su antepasado solo sería eso, polvo.

Había cierto desafío en su tono, y también una abierta afirmación: que por muchos antepasados aristócratas que el ilustre conde de Mantegna tuviese, ninguno podría compararse con el inmenso genio del gran maestro Luciezo.

–¿No seremos todos polvo tarde o temprano? –replicó él–. Pero hasta que llegue ese momento… –algo cambió en su tono, algo que hizo que Carla se pusiera colorada–. ¿No deberíamos aprovechar el momento?

–¿Aprovechar el momento? –musitó Carla.

Pero había notado el cambio en su tono de voz y podía ver el brillo de sus ojos. Estaba observándola, aprobando lo que veía, haciéndola temblar.

–O, al menos, aprovechar la noche –dijo él, con voz ronca.

Los ojos oscuros estaban clavados en ella y el mensaje que había en ellos era tan antiguo como el tiempo.

Le complacía. Su aspecto al menos, aunque no sus palabras. Ese intercambio había sido una estrategia para acercarse a ella, la oportunidad que deseaba para conseguir lo que quería.

El final que buscaba abiertamente.

–Cena conmigo esta noche –le dijo entonces, tuteándola.

Simple, directamente. Los oscuros y expresivos ojos clavados en ella. Carla sintió el impacto de esa mirada y entendió el mensaje.

Tenía por costumbre decir que no. Había mantenido pocas relaciones en su vida y nunca con italianos, ni en Roma, bajo la ansiosa y especulativa mirada de los círculos en los que se movía. Y nunca había pensado que pudiera enamorarse de verdad. Le atraían la amistad y la compatibilidad, nada más que eso, porque era más seguro que ceder a una atracción sensual que podría encender una pasión insaciable.

Después de todo, nadie sabía mejor que ella dónde podía llevar eso. ¿No le había ocurrido a su madre al enamorarse de un hombre que solo se casó con ella obligado por las circunstancias?

Y el matrimonio había sido un fracaso. Su padre estaba a punto de dejar a su madre cuando murió en un accidente y ella no quería cometer el mismo error.

Por sentido común, solo podía responder de un modo ante ese hombre arrogante y sensual que tenía el poder de turbarla como ningún otro.

Pero no era capaz de pronunciar las palabras. Solo pudo esbozar

una sonrisa y bajar la mirada para esconder su reveladora reacción mientras le preguntaba:

–¿Ha prestado otros cuadros para la exposición?

Su tono sonaba algo abrupto, pero le daba igual. Lo miró a los ojos, intentando disimular, pero el brillo sagaz en los ojos negros le decía que había entendido por qué no respondía.

Pero, por suerte, él le siguió la corriente.

–Por supuesto –respondió, con un brillo burlón en los ojos–. El retrato es parte de un tríptico. Los otros dos están al otro lado de la galería. ¿Vamos a verlos?

–Sí, claro.

Un segundo después, se detenían frente a dos retratos femeninos.

–¿Qué le parecen?

Carla, experta en arte, admiró de inmediato la habilidad y maestría de las pinceladas, el sello de un maestro. Pero no eran de Luciezo.

–¿Caradino? –aventuró.

En la mirada del conde había un brillo de sorpresa y aprobación.

–Caradino –le confirmó–. Han sobrevivido muy pocos de sus trabajos y algunos los atribuyen a Luciezo, pero no es así.

–Hay una gran diferencia –asintió ella, admirando las pinceladas, la luz y las sombras.

No eran nada parecidos. Nada, nada parecidos.

El primero era el retrato de una mujer pálida y rubia, una mujer casada, como ilustraban los símbolos de la pintura: los pendientes de perlas, la ramita de mirto en su regazo, el plato de membrillos sobre una mesita a un lado. Y, sin embargo, tenía un aire virginal, como si pudiera haber posado para un retrato de la Virgen María.

Llevaba un vestido de color azul y un crucifijo en las manos que brillaba entre sus largos y pálidos dedos. Carla miró los ojos de la mujer y en ellos vio un brillo de tristeza. Igual que la Virgen María, tenía en la mirada un presagio de grandes penas.

Carla miró el otro retrato.

Otra joven, con el pelo de un exuberante castaño rojizo, suelto y cayendo sobre un hombro desnudo. El vestido era escotado y de un rojo suntuoso, no azul celestial, revelando una piel de alabastro. Había dos rosas rojas sobre su regazo y llevaba un collar de rubíes. Sus manos reposaban sobre el abdomen; el ligero abultamiento discreto, pero innegable.

Carla volvió a mirar su rostro. Precioso, sensual, las mejillas arreboladas, los labios generosos, sensuales. Miró entonces sus ojos,

sosteniendo durante un segundo la mirada de alguien que había vivido siglos atrás.

–¿Quiénes son?

–¿No lo sabe? –le preguntó el conde, señalando el retrato de su antepasado–. Su mujer y su amante. Hizo que el artista las pintase al mismo tiempo. Caradino se alojaba en el castillo y las pintó a las dos, una después de la otra.

–Ah, qué conveniente –murmuró Carla, burlona–. Parece que a su antepasado le gustaba tener cerca a sus amantes.

Él no pareció molesto por el irónico comentario.

–Era normal en esos tiempos, nada excepcional. Las dos mujeres conocían y entendían la situación.

Carla apretó los labios.

–Saber y entender no es lo mismo que tolerar y aceptar –replicó.

–Las mujeres no tenían poder en esos tiempos. Y, después de todo, la amante de mi antepasado vivía suntuosamente.

–Estaba esperando un hijo suyo –comentó Carla, sintiendo una emoción que no quería sentir.

–Una forma excelente de asegurarse la protección del conde –dijo Cesare–. Creo que tuvieron varios hijos. Él le fue fiel, algo sorprendente en esos tiempos.

Carla miró el retrato de la esposa del conde Alessandro. No había signos de fertilidad y en sus ojos había un brillo de tristeza.

«¿Qué habría sentido, cómo habría podido soportar que su marido tuviese un hijo con su amante?». «Sin embargo, también ella debió tener un heredero o la dinastía habría desaparecido y, evidentemente, no es así».

–Pero no hablemos más de mis antepasados –dijo él entonces–. ¿Ha visto el resto de los retratos?

La voz del conde la devolvió al presente. Carla miró el retrato del conde Alessandro, que había encargado que pintasen a su mujer y a su amante al mismo tiempo, sintiendo una oleada de femenina indignación.

–No, aún no los he visto todos y debo hacerlo. Tengo que escribir mil quinientas palabras sobre la exposición –respondió, nombrando la revista de arte para la que escribía y dejando claro que estaba allí a título profesional–. Muchas gracias por mostrarme estos fascinantes cuadros. Siempre es interesante descubrir los orígenes y las circunstancias de un retrato. Especialmente en el caso de Caradino, ya que su obra no suele ser expuesta.

Intentaba que su tono sonase ligero y despreocupado mientras sonreía, sabiendo que debía despedirse. Cualquier otra cosa sería…

No quería pensar en el camino que no había tomado. En el consentimiento que no había dado.

De modo que se despidió con un gesto y se dio la vuelta.

Sus tacones repiqueteaban sobre el suelo de madera mientras se alejaba, intensamente consciente de que la mirada masculina estaba clavada en su bien formada figura, destacada por el vestido ajustado. Intensamente consciente del abrumador deseo de alejarse lo antes posible.

Cuando lo perdió de vista tomó un sorbo de champán. Lo necesitaba. Sentía que le ardía la cara y su corazón latía desbocado.

«Me desea. El conde de Mantegna me ha mirado y ha decidido que le complacía».

En su cabeza apareció una imagen, inmediata y vívida, conjurada por su propia imaginación. La mujer del retrato, la morena, tal vez trabajando en el comercio de su padre, barriendo suelos o quizá arando en el campo de la Italia renacentista… el conde la vio y, prendado de su belleza, levantó su aristocrática mano para llevarla con él. La alejaría de una dura vida de pobreza para vestirla con sedas, poner rosas en sus manos y joyas en su garganta antes de llevarla a su cama…

Carla tuvo que hacer un esfuerzo para recordar el precio que habría tenido que pagar esa mujer.

«Sabiendo que solo sería su *inamorata*, que nunca podría aspirar a ser su mujer».

En cuanto al conde… ah, él tendría todo lo que quisiera. Su pálida y obediente esposa, su complaciente amante.

Lo tendría todo.

Intentó apartar de sí tales pensamientos mientras inspeccionaba los demás cuadros, consultando el catálogo, intercambiando luego unas palabras con el director de la galería, que la saludó efusivamente como crítica de arte y también como hijastra del último presidente de la cadena hotelera Viscari, un generoso patrón de las artes.

Había sido su padrastro el primero en notar su interés por el arte cuando era adolescente y gracias a él estudió Historia del Arte en las universidades más prestigiosas de Inglaterra e Italia. Guido la había animado en su carrera periodística, una carrera enormemente satisfactoria, y Carla sabía que era muy afortunada.

Ahora, después de haber tomado las necesarias notas, estaba dispuesta a irse de la galería. Pasaría la noche estudiándolas y esbozando el artículo.

Mientras se despedía de sus conocidos miró alrededor. Sabía a

quién buscaba con la mirada y sabía por qué no debería hacerlo. Cesare di Mondave era demasiado turbador para tener algo que ver con él.

No lo vio y se dijo a sí misma que se alegraba porque seguir hablando con él no sería sensato en absoluto.

Miró por última vez el retrato de su antepasado, el conde Alessandro, observando el esplendor del Renacimiento con sus ojos oscuros, autoritarios y arrogantes. Pensando en su mujer y en su amante. Dos mujeres, rivales para siempre, sus destinos atados al hombre que había encargado esos retratos.

«¿Lo habrían amado las dos o ninguna de ellas?».

Nunca lo sabría, pero sí sabía con total certeza que no sería sensato para ninguna mujer tener algo que ver con un hombre por cuyas venas corría la sangre del conde Alessandro.

Daba igual que su descendiente la hubiese impresionado como ningún otro hombre, o que sus ojos oscuros acelerasen su pulso, o que no hubiese podido apartar la mirada de sus esculpidas facciones, anhelando tocar su cara, rozar la bronceada piel de su mandíbula, la sensual curva de su boca.

Daba completamente igual.

Porque dejarse llevar por el arrogante y aristocrático conde de Mantegna sería una locura.

Ella no era y nunca sería como la amante del retrato de Caradino, dependiendo del deseo del conde, temiendo siempre perderlo. Y tampoco sería como la otra mujer. Sí, ella se movía en los círculos de la alta sociedad italiana, pero los Viscari eran hoteleros, ricos, pero sin sangre azul. Carla sabía que cuando el conde eligiese una esposa sería una mujer como él, con una familia aristocrática.

«Yo no sería más que un interludio para él».

Estaba anocheciendo cuando por fin salió de la galería. Frente a la puerta, ignorando las señales de tráfico que prohibían aparcar allí, había un coche bajo, descapotable. La pintura roja y el caballo rampante, un símbolo conocido por todos, brillaban como el anillo en la mano que sujetaba el volante.

El hombre giró la cabeza y clavó en ella su oscura mirada.

–¿Por qué has tardado tanto? –le preguntó Cesare di Mondave, conde de Mantegna.

Capítulo 2

CESARE apretó el volante, impaciente. Sabía que la mujer en la que había clavado los ojos, atraído por su dramática belleza, su voluptuosa figura y esos extraordinarios ojos azules que tenían un toque de violeta, estaba trabajando. Y, a pesar de todo eso, no agradecía que lo hiciese esperar.

Sabía quién era antes de tomar la decisión de acercarse. La había visto antes porque los círculos aristocráticos en los que él se movía coincidían alguna vez con los de Carla. Los Viscari eran nuevos ricos para él, solo un puñado de generaciones desde que fundaron una cadena hotelera en el siglo XIX. Eran recién llegados comparados con su antiquísima familia y Cesare sentía el peso de ese legado sobre sus hombros cada día.

Ese legado imponía en él una responsabilidad hacia sus antepasados que otros no podían entender, un deber que se remontaba más allá de la Edad Media y que incluía fincas en los Apeninos convertidas en parques nacionales, bosques y viñedos, tierras de labranza, olivares y un interminable patrimonio. Cada *palazzo* era un monumento histórico, incluyendo el magnífico palacio barroco en Roma, ahora en préstamo como museo de antigüedades. Pero, además de fincas y propiedades, había arrendatarios y empleados cuyo sustento debía garantizar, como habían hecho sus antepasados.

La joya de la corona era el antiguo castillo de la familia Mantegna, el corazón de su patrimonio familiar. Entre sus poderosos muros, construidos para soportar las guerras medievales, había pasado su infancia, corriendo por los bosques que un día serían suyos.

¿Alguien que no estuviese en sus circunstancias podría entenderlo? ¿Podían entender el peso de su herencia o veían solo al rico aristócrata que se movía en los círculos de la alta sociedad, un hombre al que todos envidiaban y con el que las mujeres se mostraban dispuestas a disfrutar…?

Sus ojos brillaron entonces. Carla Charteris no parecía dispuesta en absoluto, aunque había dejado bien claro su interés por ella. Y se alegraba, pero eso no iba a detenerlo porque tenía experiencia con las mujeres y el brillo de sus ojos dejaba claro que también ella estaba interesada. Eso era todo lo que necesitaba saber. Lo único que hacía falta era que Carla lo reconociese.

–*Prego* –le dijo, abriendo la puerta del coche. Era evidente que estaba sorprendida. ¿De verdad había pensado que alejarse de él haría que perdiese interés?, se preguntó–. Te agradecería que subieras lo antes posible porque hay un guardia de tráfico ahí –agregó, señalando con la cabeza– y sé que estaría encantado de ponerme una multa. A algunos les gusta ejercer su mezquina autoridad cuando el objetivo conduce un coche como este.

Podía ver el conflicto en sus ojos, esos asombrosos ojos azul-violeta, pero también podía ver la llama de deseo que había nacido cuando se acercó a ella en la galería.

–*Carpe diem* –murmuró, sin dejar de mirarla a los ojos–. Aprovechemos lo que podamos de esta vida fugaz antes de convertirnos en polvo –dijo luego, tocando el asiento del coche–. ¿Tan difícil es aceptar una cena? –insistió al ver que vacilaba.

Carla estaba inmóvil, sintiendo de nuevo ese increíble escalofrío, ese impacto físico.

Roma vibraba con su habitual vitalidad. El calor de la noche la envolvía y podía oír los ruidos del tráfico, el zumbido de las Vespas que pasaban a toda velocidad. Notaba el calor del pavimento bajo las finas suelas de los zapatos mientras Cesare la invitaba a subir a su carísimo deportivo, tan exclusivo y prestigioso como su conductor.

Como había ocurrido antes, en la galería, sintió el poderoso impulso de dejarse llevar y darle la respuesta que esperaba.

Sus pensamientos eran fragmentados, incoherentes.

«¿Qué me está pasando?». «¿Por qué ahora, por qué este hombre precisamente?». «Un tipo arrogante dispuesto a llevarme con él como si fuera la mujer del retrato, llevándome con él para darle placer».

Pero también ella recibiría placer, pensó, sintiendo el peso de la mirada masculina. Ese era el atractivo, esa era la razón que la mantenía allí, inmóvil.

«¿Tan difícil es aceptar una cena?».

–Vas a tener que tomar una decisión, el guardia está a punto de llegar –dijo él entonces, con tono burlón.

El agente de tráfico estaba acercándose, pero Carla no se movió.

–Y tú no puedes pagar una multa, ¿no? –le espetó, sarcástica.

–Es una cuestión de orgullo –respondió Cesare–. El conde de Mantegna no puede someterse ante un simple agente de tráfico…

¿Estaba burlándose de sí mismo? Carla sospechaba que no.

Todas las razones por las que debería rechazarlo y alejarse a toda prisa daban vueltas en su cabeza. Había pensado volver a su cómodo y seguro apartamento para repasar las notas del artículo.

Y sin embargo…

«Qué peligroso sería encender una pasión insaciable».

Pero otros pensamientos daban vueltas en su cabeza, pensamientos que no quería silenciar. Que no podía silenciar.

«El deseo y la pasión se queman tarde o temprano, no pueden durar para siempre».

«El deseo y la pasión no son amor».

Pero eran dos sentimientos poderosamente atractivos.

Pasión y deseo.

Ningún otro hombre había provocado una reacción tan poderosa en ella y vaciló, dudando entre dos instintos opuestos.

Resistirse a esa atracción o ceder ante ella.

Los ojos oscuros de Cesare seguían clavados en los suyos y, de repente, sus piernas empezaron a moverse como por voluntad propia. Un segundo después, Carla subió al coche y cerró la portezuela.

De inmediato, como para impedir que cambiase de opinión, Cesare arrancó el motor y Carla se puso el cinturón de seguridad.

«Dios mío, ¿qué estoy haciendo?».

«He subido al coche solo para salvar su estúpido orgullo de aristócrata. Para que no tuviera que soportar la ignominia de recibir una multa. ¿Me he vuelto loca?».

Completamente loca. Tan loca como para irse con Cesare di Mondave, tan loca como para dejar que «el señor conde» se la llevase como su antepasado se habría llevado a una campesina.

Bueno, pero ella no era una campesina. No era una pobre mujer como la del retrato, atrapada por las limitaciones de la época. No, si decidía disfrutar del interludio que, claramente, él tenía planeado, sería su propia decisión.

¿Pero tomaría esa decisión? Esa era la única pregunta que importaba. Hacer lo que el sentido común le decía que no debía hacer, pero lo que todas las células de su cuerpo le rogaban que hiciera, o negarse.

Resistirse o ceder.

Carla se volvió hacia él, empujada por el impetuoso deseo de

mirarlo. Cesare iba concentrado en el imposible tráfico de Roma mientras ella admiraba su perfil.

Resultaba imposible no mirarlo. Era una versión moderna del retrato de Luciezo, actualizado al siglo XXI. Elegante, poderoso, desde la fuerte nariz romana a la mandíbula esculpida o la sensual curva de su boca. Carla apretó el asa del bolso, sintiéndose débil. Lo que estaba haciendo era una locura y, sin embargo, allí estaba.

Sintió que su pulso se aceleraba, pero era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Y no quería hacerlo, esa era la cuestión. El conde podría haberla escogido como su antepasado a la campesina que se convertiría en su amante, pero había sido su decisión dejar que lo hiciera.

Experimentaba el deseo de rebelarse, de ser temeraria.

«Da igual que esto sea una locura. Lo único que sé es que desde el momento que me ha mirado lo he deseado como no había deseado nunca a otro hombre y no voy a negarme ese deseo».

Saciaría ese deseo con todo el ardor de su cuerpo, con cada temblor de sus miembros.

Era una locura, una temeridad, sí, pero la pasión se había encendido en ella quemándola hasta el alma.

–Gira a la izquierda –le dijo, indicando una callecita estrecha en el centro histórico que llevaba a su apartamento, parte de una casa del siglo XVIII. Era un refugio tranquilo para escribir y alejarse no solo del ajetreo de la ciudad sino de la tensión en el clan Viscari.

Su madre habría preferido que se alojase en la opulenta villa de Guido Viscari, pero gracias a la generosidad de su padrastro Carla había podido comprar un apartamento que había decorado de un modo elegante, cómodo y personal.

Pero en ese momento no le interesaba ni su apartamento ni la tensión en el clan Viscari, porque un único nombre ocupaba sus pensamientos.

Cesare.

Cesare, con quien acababa de cenar en un pequeño y exclusivo restaurante donde les habían dado la mejor mesa y donde el maître los había atendido discreta y servicialmente.

Él había saludado con la cabeza a unos clientes y su presencia había provocado las miradas de un grupo de mujeres, pero nada más. Ella no conocía a nadie, y se alegraba de que fuera así. Se alegraba de que ningún conocido la hubiera visto con el conde de Mantegna.

Cesare, que le había hecho preguntas sobre su vida; ni tanto como para parecer entrometido, ni tan poco como para parecer

indiferente. Sabía quién era, pero eso no la sorprendió. También ella sabía quién era, aunque era la primera vez que conversaban.

Cesare, con quien había mantenido una conversación a dos niveles. Mientras hablaban sobre su trabajo, sobre arte, sobre viajes, otra conversación silenciosa tenía lugar entre ellos con cada intercambio de miradas, con cada sonrisa, con cada movimiento de esos largos y aristocráticos dedos.

Carla se fijó en el anillo que llevaba en el meñique. Era un sello con el escudo familiar, el mismo león *couchant* que su antepasado llevaba en el retrato de Luciezo, y se había preguntado si sería el mismo anillo.

Por fin, Cesare había dejado la servilleta de damasco blanco sobre la mesa, indicando que la cena había terminado. Por supuesto, el maître no hizo nada tan vulgar como presentar una factura. No, solo una respetuosa inclinación de cabeza seguida de un murmullo de agradecimiento por parte de Cesare antes de salir a la calle, donde los esperaba el coche.

Ahora, frente a su apartamento, él apagó el motor y se volvió para mirarla con enigmática expresión.

–Gracias. Ha sido una noche estupenda –dijo Carla.

Habían pasado del italiano al inglés durante toda la noche porque Cesare hablaba su idioma con la misma fluidez que ella el italiano. Aunque ningún inglés podría hacer que ese idioma sonase tan seductor y sensual como Cesare di Mondave.

Pero el inglés era el idioma adecuado para ese momento, se dijo. Tajante, directo y nada seductor.

Carla alargó una mano para abrir la puerta del coche, sin dejar de sonreír.

–Desde luego –asintió él, con un tono burlón que aceleró su pulso–. Y solo hay una forma de terminar una «noche tan agradable», ¿no? –dijo entonces, su marcado acento dejándola sin aliento.

Sus miradas se encontraron. El brillo de sus ojos la retaba a aceptar, a hacer lo que él quería hacer, lo que había querido hacer desde el momento que puso los ojos en ella.

–Así –dijo Cesare luego, alargando una mano para levantar su cara mientras inclinaba la cabeza para buscar sus labios. Lenta, sensualmente, saboreándola con destreza, con una vida de experiencia, deslizando los labios sobre los suyos, abriendo su boca con la punta de la lengua para saborearla. Tan suave y sensual como terciopelo de seda.

Y Carla se ahogó en esa caricia. Parecía haber despertado mil

terminaciones nerviosas con su boca, con los largos dedos que sujetaban su cara. Unos segundos después la soltó y volvió a poner las manos sobre el volante.

–*Buona notte* –se despidió en voz baja.

Carla se quedó clavada en el asiento, como si el placer que había despertado con un solo beso la hubiese inmovilizado. No podía hacer nada salvo mirarlo.

Luego, dando un respingo, abrió la puerta del coche, haciendo un esfuerzo para despedirse con un tono que ya no era ni directo ni tajante.

Él se limitó a asentir con la cabeza antes de arrancar y Carla entró en el patio adoquinado y cerró la pesada puerta tras de sí. Subió a su apartamento con las piernas temblorosas y solo cuando estuvo en su santuario consiguió respirar de nuevo.

Cesare se acercó a la ventana de su apartamento en Roma y miró, sin ver, los familiares tejados de la ciudad. Las ventanas del moderno apartamento eran totalmente diferentes a los históricos ventanales de sus otras propiedades, y ofrecían una amplia vista de la ciudad a medianoche.

Se quedó allí un momento, con las manos en los bolsillos del pantalón, las piernas ligeramente separadas.

¿Estaba siendo sensato? Era una pregunta que no dejaba de dar vueltas en su cabeza. ¿Era sensato perseguir lo que había sido solo un impulso momentáneo después de ver a Carla? Un impulso tan poderoso como para decidir que merecía la pena pasar una noche en su compañía, que tal vez merecía la pena mantener una relación con ella.

Había muchas razones para hacerlo. Sobre todo, la intensidad de su reacción física ante ella. Inconscientemente, Cesare cambió de postura, sorprendido por el deseo que había provocado un simple beso. Debía reconocer que lo había tomado por sorpresa. ¿Pero era esa razón suficiente para hacer lo que su cuerpo le pedía que hiciera?

Aunque sabía por experiencia que había otra pregunta a la que debía responder antes de nada.

¿Entendería Carla los términos de una relación con él?

Los términos que gobernaban su vida como habían gobernado las de todos los que habían llevado su apellido y su título. Su padre le repetía constantemente la importancia de su linaje, pensando que se parecía demasiado a su madre, cuya aparente serenidad escondía

un oculto pesar.

Su marido no había permitido que tuviera intereses aparte de sus responsabilidades como condesa de Mantegna, y ella se había limitado a ser la perfecta señora del *castello*, la madre de su heredero. Su padre había tomado el cariño que Cesare sentía por ella como reticencia a las demandas de su apellido y, tras su prematura muerte por una dolencia cardíaca cuando él solo tenía diecinueve años, la brecha entre los dos se había hecho insalvable.

Pero cuando su padre murió ocho años después, Cesare había decidido no descuidar ningún aspecto de su legado, dedicándose por completo a preservarlo. Si su padre pudiese verlo ahora, seis años después, tal vez no lo juzgaría tan duramente.

Las palabras que había pronunciado esa noche, delante del retrato de su antepasado, daban vueltas en su cabeza:

«Orgullo, linaje, el honor que debía defender».

¿Entendería Carla que hablaba no solo sobre su antepasado sino sobre sí mismo? Era esencial que lo entendiese. Esencial que entendiese que para él había una cosa que no cambiaría nunca.

Pensó entonces en los otros dos retratos del tríptico, la mujer del conde y su amante. Separadas para siempre, dos mundos diferentes que no se encontrarían nunca.

Cinco siglos lo separaban del conde Alessandro y de las mujeres del tríptico, pero su condesa tendría que provenir de una familia noble porque solo una mujer de linaje aristocrático podría entender sus responsabilidades. Eso era lo que su padre le había inculcado desde siempre. Incluso había señalado a la mujer que, en su opinión, sería la condesa perfecta…

Cesare miró los tejados de la antigua ciudad, en cuyas raíces se hundía su linaje. Un linaje patricio que se remontaba a la antigua Roma.

La mujer que sería su esposa era bien conocida para él y no era ni podría ser nunca la mujer a la que había besado una hora antes. Una mujer que despertaba un deseo por el que no debería dejarse llevar a menos que estuviera seguro de que Carla aceptaba lo que podía haber entre ellos y lo que no.

Como debía hacerlo él. También eso era esencial.

Capítulo 3

CARLA miraba la pantalla del ordenador con el ceño fruncido. Aún tenía que escribir seiscientas palabras más para terminar el artículo, pero le resultaba imposible. Y sabía por qué.

Cesare di Mondave.

Él dominaba sus pensamientos, consumiéndolos desde que la dejó en su apartamento la noche anterior, encendida como nunca.

Esa noche, mientras daba vueltas en la cama, había recordado cada momento una y otra vez, hasta el devastador momento final.

Cuando Cesare la besó.

No, no debía recordarlo. No debía rememorar ese beso tan sensual, tan seductor. Debía en cambio obligarse a terminar el artículo y enviarlo a su impaciente editor.

Pero cuando por fin lo hizo se sentía inquieta y su corazón latía agitadamente.

«¿Me llamará?». «¿Volverá a pedirme que salga con él o…?». Carla sintió un escalofrío. «¿O habrá decidido que no quiere volver a verme?».

No debería estar esperando la llamada de un hombre. No debería ser tan vulnerable. Ella era una mujer decidida e independiente de veintisiete años. Tenía una buena profesión y podía salir con quien quisiera. No había ninguna razón, ninguna buena razón, para que estuviese esperando que sonase el teléfono.

Y, sin embargo, eso era lo que estaba haciendo.

Suspirando, se apoyó en la encimera de mármol de su inmaculada cocina. Debería sentirse aliviada de no volver a verlo porque no era sensato involucrarse con un hombre como él. Lo había sabido desde el momento que se acercó a ella en la galería.

¿Pero dónde estaban la sensatez y el sentido común cuando los necesitaba? Su pulso se aceleró de nuevo al recordar el beso.

Carla intentó apartar de sí ese recuerdo. No debería estar esperando que Cesare di Mondave la llamase. No solo porque era ridículo esperar que un hombre la llamase sino porque debía llamar

a su madre para escuchar su última queja sobre la actitud desaprobadora de su cuñada, Lucia.

La familia Viscari no la había recibido con los brazos abiertos y la situación había empeorado tras la muerte de Guido, al descubrir que Marlene, su madre, había heredado sus acciones de la cadena hotelera cuando todos esperaban que el heredero fuese Vito, su sobrino.

Los Viscari se habían mostrado indignados por tal decisión y cuando su hermano Enrico murió de forma repentina, apenas un año después, achacaron su prematura muerte al estrés y la preocupación porque las acciones estaban en poder de Marlene. Desde entonces, Vito había intentado comprarlas en muchas ocasiones, pero su madre se negaba a vender.

En opinión de Carla, era un error. Después de todo, Vito era el nuevo presidente de la cadena hotelera y debería controlar la totalidad de las acciones. Pero sabía por qué su madre se negaba a vender: tener esas acciones en su poder le daba influencia sobre la familia Viscari, resentidos con ella desde la muerte de Guido.

Carla frunció los labios en un gesto de hastío. Esas acciones habían servido, además, para alimentar la obsesión de su madre. Una obsesión que le había revelado cuando era adolescente y que había repetido de forma intermitente desde entonces, a pesar de sus objeciones.

«Mamá, olvídalo. Eso no va a pasar. Me llevo bien con Vito, pero, por favor, acepta que no hay ninguna posibilidad de que haga lo que tú quieres que haga».

De ningún modo se casaría con su primo.

Vito Viscari, tan guapo como una estrella de cine, era uno de los solteros más cotizados de Roma, pero para Carla solo era su primo, al que había conocido siendo adolescente. Y tampoco Vito estaba interesado porque a él le gustaban las rubias. Tanto le gustaban que había tenido docenas de novias, todas rubias. Y a ella le parecía muy bien porque no tenía el menor interés.

Carla sintió un escalofrío al recordar a un hombre que sí la interesaba, un hombre que la había atraído con una sola mirada y luego se la había llevado en su fabuloso deportivo sin hacer el menor esfuerzo…

Oyó entonces el teléfono en el escritorio y se lanzó hacia él, sin aliento.

–*¿Pronto?*

Era Cesare.

–¡Qué sitio tan precioso!

Carla admiró la palaciega villa rodeada de álamos y delgados cipreses. Estaban en la finca de Cesare en Lacio, a menos de una hora de Roma, con sus formales jardines del siglo XVIII.

Miró alrededor, encantada, mientras bajaba del coche, consciente del silencio, del canto de los pájaros, de los últimos rayos de sol… y consciente sobre todo del hombre que estaba a su lado.

–Mi casa fuera de la ciudad, mi refugio –dijo él, sonriendo, mientras entraban en un vestíbulo de mármol estilo rococó, decorado en blanco, azul pálido y dorado.

No parecía solo un refugio. Más bien un nidito de amor, un picadero.

Bueno, ¿y por qué no? Estaba a conveniente distancia de Roma y era un sitio precioso, ideal para un escarceo romántico.

Porque en eso era en lo que estaba embarcándose. Lo sabía y lo aceptaba. Lo había aceptado desde el momento que escuchó la voz profunda de Cesare por teléfono, diciéndole que iría a buscarla. Dando por sentado que ella aceptaría.

¿Estaba siendo imprudente al ir allí con él? Por supuesto que sí. Lo sabía, pero no le importaba. Durante toda su vida había sido cauta, juiciosa. Nunca había mantenido romances apasionados, nunca se había convertido en objeto de cotilleos.

Sin embargo, menos de veinticuatro horas desde que estuvo frente al retrato del conde Alessandro, iba a hacer precisamente eso.

Y disfrutaría haciéndolo.

Por una vez en su vida seguiría los dictados de su corazón y el ardiente pulso de su sangre porque Cesare podía provocar esa respuesta en ella simplemente mirándola con esos ojos negros. Por breve que fuese la relación, y sabía bien que nunca llevaría a ningún sitio, la disfrutaría al máximo hasta que la pasión se quemase, hasta que hubiera saciado su deseo.

Un hombre de mediana edad apareció en el vestíbulo y saludó al conde con respetuosa familiaridad.

–Ah, Lorenzo –lo saludó él, con tono amable–. ¿Te importaría mostrarle a la *signorina* Charteris dónde puede refrescarse?

El hombre la llevó al piso de arriba, a un dormitorio con baño incorporado que, una vez, seguramente habría sido un vestidor. Mientras se miraba al espejo, retocando su peinado y su maquillaje, por un segundo tuvo dudas.

«¿Debo seguir adelante con esto?». «¿Debo lanzarme de cabeza a

una aventura con un hombre como Cesare, una aventura que no llegará a ningún sitio?».

Pero era por eso por lo que iba a hacerlo, porque no llegaría a ningún sitio. No había futuro con un hombre que no podía casarse con ella y, por lo tanto, no iba a enamorarse. No, ella no repetiría los errores de su madre, imaginando que encontraría el amor en una simple aventura.

«Y eso es lo que va a ser, una aventura». «Voy a dejarme llevar por una abrumadora atracción que no he sentido por ningún otro hombre».

Podía ver el pulso latiendo en su garganta, el color en sus mejillas, su respiración entrecortada. Todo eso dejaba claro que era demasiado tarde para tener dudas.

Después de perfumarse bajó de nuevo al primer piso y encontró a Cesare en un precioso salón con ventanas francesas.

Esperándola, mirándola con descarada satisfacción.

Sí, había tomado la decisión acertada. Tendría una aventura con esa mujer tan tentadora, tan atrayente. Todo en ella se lo confirmaba y las reservas que podría haber tenido se evaporaban con cada segundo que pasaban juntos.

Aunque era la hijastra de Guido Viscari, no hacía especial hincapié en su relación con la familia de hoteleros y eso indicaba que tampoco daría gran importancia a su relación con él.

Era una persona reservada y estaba seguro de que evitaría los rumores y las especulaciones mientras durase su aventura. Carla tenía una carrera compatible con sus propios intereses y una conversación inteligente. Era una mujer de cuya compañía disfrutaría fuera y dentro de la cama.

«Disfrutaremos de esta aventura sin expectativas imposibles y cuando termine nos despediremos de forma civilizada. No habrá ningún problema cuando tengamos que decirnos adiós».

Pero eso sería más tarde, mucho más tarde. Por el momento, lo único que le interesaba era la posibilidad de pasar la noche con ella.

–Ven –la llamó.

En la terraza, sobre una mesa de hierro forjado, había una botella de champán en un cubo de hielo. Pero Carla no tenía ojos para eso, ni siquiera para Cesare en ese momento. Solo podía ver el fabuloso paisaje.

–Es absolutamente perfecto –murmuró, una sonrisa iluminando sus facciones.

El jardín terminaba en un muro de piedra con un bonito parterre a cada lado y, en el centro, una piscina diseñada como si fuera un

baño romano, revestida con mosaicos que brillaban bajo la luz del sol. Había arbustos ornamentales a cada lado y un banco al fondo, con varios árboles frutales alrededor.

–Probaremos la piscina más tarde, pero ahora…

Cesare sirvió dos copas de champán. Al tomar la suya sus dedos se rozaron y Carla lo miró, sin aliento.

Cesare clavó en ella su oscura mirada mientras levantaba la copa.

–Por el tiempo que pasemos juntos –murmuró.

Carla levantó su copa y bebió ansiosamente, disfrutando del refrescante líquido.

Como disfrutaría de esos días con el más atractivo de los hombres.

Capítulo 4

LAS PESADAS cortinas de seda ocultaban las altas ventanas del salón, envolviéndolos en un íntimo capullo. Cesare estaba sentado en el sofá, con las piernas extendidas hacia la chimenea.

La noche estaba siendo larga y relajada. Habían disfrutado de una cena exquisita, discretamente servida por Lorenzo en el comedor de estilo rococó, y después habían tomado champán en la terraza, admirando la puesta de sol.

La conversación había sido estimulante, ecléctica, y disfrutaron de la compañía del otro como lo habían hecho en el restaurante la noche anterior. Y seguían haciéndolo mientras tomaban una copa de licor.

Charlaron sobre mil cosas, sobre todo del arte y la política renacentistas, pero entonces, en algún momento, no podría decir cuándo, la conversación pareció agotarse.

Cuando alargó la mano para dejar su copa sobre la mesa, Cesare envolvió su muñeca con los dedos.

Era el primer contacto físico entre ellos y la dejó electrificada.

Lo miró a los ojos, intentando disimular el torrente de sensaciones que provocaba el roce de sus largos dedos, pero cuando tiró de ella Carla no protestó. Sin soltar su muñeca, Cesare levantó la otra mano para acariciar su barbilla, su mejilla. El corazón de Carla latía desbocado y su cuerpo se inclinaba hacia él como por voluntad propia.

Cesare esbozó una sonrisa sensual, como había hecho en el coche la noche anterior, antes de besarla. Lentamente, relajado, con infinita sensualidad, su boca como de terciopelo…

–Qué hermosa eres –susurró. Sus ojos se encontraron y Carla entreabrió los labios–. ¿Vamos?

Ella no respondió. No tenía que hacerlo.

En silencio, dejó que la llevase al piso de arriba, al dormitorio en el que había estado acicalándose antes.

Cesare le quitó la chaqueta bordada y la dejó sobre el respaldo

de una silla. Luego bajó la cremallera del vestido y lo deslizó por sus hombros, rozando con los dedos la desnuda piel de sus brazos y su cuello. Carla echó hacia atrás la cabeza para disfrutar de esa caricia y después se apartó un momento para librarse del vestido.

Cuando se dio la vuelta vio que él se había quitado la chaqueta y estaba aflojando el nudo de la corbata y desabrochando el cuello de la camisa.

Con un instinto tan antiguo como el tiempo, dio un paso hacia él, solo con el sujetador, las bragas y el liguero que sujetaba las medias. Vio un brillo de reacción en los ojos masculinos cuando, con infinita delicadeza, empezó a acariciar la piel de su torso. Cesare irguió los hombros y sus pupilas se convirtieron en dos puntitos negros.

Perversamente, Carla metió las manos bajo la camisa para acariciar la fuerte columna de su espalda, en un gesto de invitación y deseo.

Cesare aguantó unos segundos y luego, como si hubiera llegado al límite de sus fuerzas, dejó escapar un rugido mientras la aplastaba contra su torso. Bajó la cabeza para apoderarse de sus labios y ya no era una caricia lenta o aterciopelada sino un beso lleno de ansia masculina, descarnada e insistente.

La aplastaba contra su torso mientras devoraba su boca, encendiéndola, haciendo que su pulso se acelerase. Sintió que sus pezones se levantaban, que sus pechos se hinchaban. Sintió la fiera reacción masculina rozando su cadera y una loca emoción se apoderó de ella.

El deseo, ardiente y húmedo, los abrumaba a los dos.

Cesare la llevó hacia la cama para tumbarla sobre el pesado edredón de satén y Carla se olvidó del mundo.

Se olvidó de todo.

Carla daba vueltas por su apartamento sintiéndose tan ligera como el aire, sintiendo que sus pies apenas rozaban el suelo. Cesare. Ese nombre la llenaba por completo, su mente, toda su existencia. Cuánto le gustaba pronunciar su nombre, ver su cara, su cuerpo, ese poderoso, sensual y perfecto cuerpo masculino.

No necesitaba estar con él para verlo. Estaba en su cabeza como una presencia constante.

Su primera noche había provocado una tormenta de sensaciones que no había creído posible, un éxtasis que la había encendido con una llama que no podía ser apagada.

Se habían quedado en la villa durante dos días y, sencillamente, se había olvidado del resto del mundo. Había llamado a la oficina al día siguiente, inventando un pretexto para decir que no podría comunicarse con ellos en unos días. Y luego había apagado el móvil para concentrarse por completo en Cesare, que la había poseído totalmente, en cuerpo y alma.

Estaban como envueltos en un capullo. La única persona a la que veían era Lorenzo porque no se aventuraban más allá de la habitación, los jardines y la piscina romana donde no era necesario el bañador.

Hacer el amor en el agua, bajo las estrellas, había sido una revelación. Había gritado de gozo mientras Cesare la abrazaba, apretada contra su torso, el rostro levantado hacia el cielo, estremecida por la posesión de Cesare.

Luego, por fin, con la cabeza apoyada sobre su hombro, habían salido de la piscina y Cesare la había envuelto en una toalla para llevarla de nuevo al dormitorio, donde le había hecho el amor una y otra vez…

Despertando, durmiendo, despertando de nuevo cuando el sol se colaba a través de las cortinas y él apartaba el pelo de su cara, sonriéndole.

–El desayuno –le dijo–. Y luego Roma. Tengo un almuerzo de trabajo del que no puedo librarme.

–Y yo debo llamar a mi editor.

Carla sonrió, levantando perezosamente una mano para acariciar su barbilla. Si se dejase crecer la barba se parecería aún más a su antepasado, pensó.

Pero mientras volvían a Roma esa mañana experimentó una punzada de miedo.

«¿Querrá volver a verme o esto habrá terminado?».

Estaba angustiada, pero escondió su angustia porque sabía que debía hacerlo. Sabía por instinto que preguntarle o insistir en volver a verlo podría hacer que Cesare se echase atrás.

Cuando la dejó en su apartamento había acariciado distraídamente su nuca, empujando su cabeza para darle un último beso.

–No puedo verte esta noche –le había dicho con una sonrisa– pero mañana estoy libre. ¿Qué te parece la Ópera?

Carla sonrió, intentando disimular su alivio.

–Previsible, me temo. Verdi y Puccini están bien, Wagner y los músicos modernos no tanto.

–¿Y Donizzetti?

–El *Bel Canto* puedo soportarlo –respondió ella, riendo.

–Estupendo. ¿Podemos vernos antes de que empiece? Te enviaré un mensaje. Podemos tomar una copa antes y cenar después. ¿Te parece bien?

Cualquier cosa le hubiera parecido bien, pero no lo dijo en voz alta. El instinto le decía que fuese cauta, de modo que se limitó a sonreír.

–Estupendo –murmuró, despidiéndose con un gesto mientras bajaba del coche–. Nos veremos mañana.

Abrió la puerta del patio sin mirar atrás y luego, solo cuando llegó a su apartamento, lanzó un grito de alegría, de placer y de alivio.

Cesare quería volver a verla, quería pasar más tiempo con ella. La deseaba tanto como lo deseaba ella.

«Cesare, oh, Cesare».

El nombre se repetía en su cabeza, llenando su mente, todo su ser.

Él y solo él.

–¿Qué tal va el artículo?

Cesare estaba sentado en el balcón de la suite, con un pantalón caqui, un polo de punto y unos informales mocasines. Frente a él, las oscuras y brillantes aguas del lago de Garda escondían sus glaciales profundidades, reflejando las montañas que lo rodeaban.

Cesare abrió la cerveza que acababa de sacar del mini bar, más relajado que nunca. Pasar aquel fin de semana con Carla en Sirmione hacía que experimentase una sensación de bienestar.

Estar con ella le hacía eso.

«He tomado la decisión acertada. Todo va bien, perfectamente».

Cerró los ojos un momento, anticipando la noche que estaba por llegar. Carla presentaba una fachada fría y compuesta ante el mundo, pero cuando estaban solos, cuando se apagaban las luces… ah, entonces era completamente diferente.

Se inflamó al recordarlo. Carla se encendía como una cerilla cuando la tocaba. La pasión explotaba como un fósforo, incandescente, arrasándolos…

Pero no era solo eso, por fantástico que fuese, lo que había hecho que su aventura durase tanto. Llevaban seis meses juntos y no parecía cansarse de ella. ¿Y por qué iba a cansarse de ella cuando la pasión seguía siendo la misma del primer día? Incluso cuando estaban saciados, Carla era perfecta para él, la mujer ideal

con la que mantener una aventura. No era exigente, no se pegaba a él. De hecho, alguna vez se había sentido molesto porque tenía que entregar un artículo y no estaba disponible. Pero la respetaba más por ello y no le exigía nada cuando estaba trabajando.

Cesare apretó los labios. Su padre no había mostrado el menor respeto por su madre, cuyo papel había sido el de la dócil *contessa*, una mujer que organizaba su vida para cumplir con las exigencias de su severo marido. Ni siquiera su débil corazón había hecho que su padre fuese más tolerante con lo que percibía como un incumplimiento de sus deberes como la *signora* del *castello*.

Él no sería así cuando se casase. Por supuesto, su esposa tendría que hacerse cargo de las innumerables responsabilidades que conllevaba su puesto, pero eso no significaba que no pudiese tener su propia vida. De hecho…

No, pensó entonces. Era inapropiado pensar en las cualidades que debía tener su esposa cuando estaba allí con una mujer que nunca podría llevar ese título.

Y que no querría llevarlo.

Nada en Carla Charteris le daba motivos para inquietarse y Cesare lo agradecía. Y si tenía que esperar a que terminase su artículo, esperaría, tan pacientemente como le permitía su temperamento.

Diez minutos después, cuando estaba terminando la cerveza, recibió su recompensa.

–¡Ya he terminado! –exclamó Carla, cerrando el ordenador–. Ya lo he enviado.

Había temido que el hotel no cumpliera las expectativas de Cesare, pero eran cinco estrellas bien merecidas. Situado al borde del lago y discretamente lujoso, era el sitio perfecto para pasar el fin de semana después de un viaje a Venecia para cubrir la inauguración de una galería de arte que había coincidido con una serie de reuniones de Cesare en Milán. Sí, era un sitio muy agradable.

¿Agradable? El ponderado calificativo parecía burlarse de ella. El tiempo que pasaba con Cesare era mucho más que agradable. Era…

Increíble, maravilloso, inolvidable.

Su expresión se suavizó. ¿De verdad habían pasado seis meses desde esa primera noche en su elegante villa a las afueras de Roma? Desde entonces se habían alojado allí frecuentemente para disfrutar de una ardiente intimidad que le hacía perder la cabeza.

¿Podría haber experimentado tal pasión con un hombre que no

fuera Cesare? Imposible, sencillamente imposible. Él dominaba su vida cada día, estuviese con él o no.

Sin embargo, intentaba no demostrarlo porque sabía instintivamente que mostrarse posesiva podría ser fatal.

Ese instinto le decía que no debía dar nada por sentado con él y tampoco debía preguntarle cuándo volverían a verse. Nunca organizaba su vida pensando en él.

«Quiero que sepa que está a salvo conmigo, que no dependo de él, que tengo mi propia vida».

Era un pensamiento algo extraño, pero no dejaría que echase raíces en su mente. En lugar de eso, disfrutaría al máximo del tiempo que estuvieran juntos.

Se acercó descalza al mini bar para servirse una copa de vino y luego salió al balcón. Sonriendo, pasó una mano por los anchos hombros de Cesare.

Él giró la cabeza para besar sus dedos y el roce de sus labios le provocó un escalofrío. Se sentó a su lado, levantando el vestido largo y estampado que se había puesto cuando volvieron de Venecia.

–*Salute* –dijo él, levantando su cerveza.

Carla le devolvió el brindis y tomó un sorbo de vino, girándose para admirar la espectacular vista del lago.

–Me gusta mirar las montañas, aunque estas son demasiado escarpadas para mi gusto. Prefiero los Apeninos, el telón de fondo del *castello* –dijo Cesare, mientras entrelazaba sus dedos.

Enseguida se preguntó por qué había dicho eso. Él nunca hablaba de su casa. Además, Carla nunca vería el *castello*, de modo que no tenía sentido mencionarlo.

–¿Bajamos al restaurante? –le preguntó, frunciendo el ceño.

–Sí, claro.

Se levantó, tirando de ella. Estaba tan guapa, siempre estaba guapa. Siempre inmaculadamente arreglada, con esa fantástica figura. Con el pelo suelto, cayendo en cascada por su espalda, el vestido largo y los pies descalzos tenía un aspecto… medieval.

Cesare experimentó una oleada de deseo, pero intentó contenerla. Eso tendría que esperar.

Bajaron a la terraza del restaurante, iluminada por los últimos rayos del sol, y se sentaron a una mesa frente al lago.

Era tan agradable estar allí, lejos de Roma, de su casa, de sus responsabilidades y obligaciones sociales, con la mujer con la que deseaba estar.

¿Cuánto tiempo podría durar aquella aventura, aquella relación?

Esa pregunta daba vueltas en su cabeza mientras estudiaban la carta. Y la respuesta llegó de repente:

«Mientras te haga feliz».

Y Carla siguió haciéndole feliz durante todo el fin de semana.

Una noche de sexo insaciable y un lento y perezoso desayuno a la mañana siguiente, antes de alquilar un coche para explorar el lago. Al día siguiente alquilaron una lancha para comer en una de las pequeñas islas.

El fin de semana terminó demasiado pronto y, con pesar, el lunes por la mañana Cesare anunció que debía irse a Milán.

–Yo le he prometido a mi madre que pasaría unos días con ella –dijo Carla–. La he visto muy poco estos últimos meses.

Como siempre, no había protestado por tener que despedirse y Cesare se alegraba. Después de ir a Milán debía volver a casa para encargarse de las interminables tareas de mantenimiento del *castello*, evaluar la compra de una controvertida turbina de viento, estudiar un proyecto de reforestación y una nueva solicitud de préstamo de obras de arte para otra galería de arte.

Tal vez debería consultarlo con Carla…

No, no sería buena idea. Eso podría plantar semillas que no debían echar raíces. Porque de ningún modo debía ser así.

–¿Te apetece ir conmigo a Londres? Tengo que ir el mes que viene –le preguntó mientras la llevaba al aeropuerto.

Carla lo pensó un momento.

–Tengo que mirar mi agenda, no sé qué planes tengo para el mes que viene.

Cesare asintió.

–Ya me dirás.

–Claro.

Carla intentaba parecer despreocupada, aunque por dentro sentía el familiar aleteo de emoción que experimentaba cada vez que Cesare la incluía en sus planes.

Planes a corto plazo, claro.

No, no debía pensar eso. Lo que había entre ellos era estupendo, fantástico.

«No sé lo que nos deparará el futuro. No me atrevo a saberlo».

Se sentía vacía, inquieta de repente. ¿Por qué no se atrevía a saberlo?

Experimentaba una emoción desconocida que la turbaba con su mera presencia; una emoción inquietante que se hizo más profunda cuando miró su perfil, mientras él conducía por la *autostrada*, con los ojos clavados en la carretera.

Cuando él giró la cabeza, Carla apartó la mirada.

–¿Tienes que ir a Roma hoy? –le preguntó Cesare–. ¿Por qué no vienes a Milán conmigo? Estaré ocupado durante todo el día, pero podrías pasar el rato en el *Quadrilatero d'Oro* –sugirió, mencionando el famoso barrio milanés de la moda–. Y, por supuesto, siempre puedes admirar *La Última Cena* de Leonardo.

Eso la tentaría más, pensó. Carla siempre iba elegantemente vestida, pero no estaba obsesionada por la moda.

Pero entonces frunció el ceño. ¿Qué estaba haciendo? ¿Tentarla para que se quedase con él en lugar de ir a Roma?

«¿Por qué no voy a sugerir que se quede conmigo esta noche y vuelva a Roma mañana?». «Es una sugerencia totalmente razonable».

No debería molestarle que Carla tuviera sus propios planes, al contrario. Ella tenía su propia vida, no dependía de él y eso era esencial para que la relación continuase.

«¿Entonces por qué tengo que recordármelo constantemente?».

–No, no puedo. Le he prometido a mi madre que iría a verla y no quiero decepcionarla –respondió ella, con cierta brusquedad.

¿Había cierta desilusión en su tono, cierta vacilación? Como si hubiera rechazado la invitación contra su voluntad; una invitación que él había hecho de forma impulsiva, por alguna razón que no quería analizar.

Podía sentir un pellizco de… ¿qué exactamente? ¿Simple fastidio por tener que despedirse? No podía ser más que eso, él no permitiría que fuese algo más.

–Ah entonces no, claro –murmuró.

Cuando la dejó en el aeropuerto experimentó una sensación de descontento, incluso de pesar. Aunque era absurdo, él no quería que la madre de Carla se llevase un disgusto por su culpa.

Cesare pensó entonces en su propia madre. En cómo se había adaptado a los deseos de su marido, fueran los que fueran, siempre a su lado, siempre dócil.

Y pensó en ella de nuevo cuando volvió a casa, después del viaje a Milán, mientras pasaba frente a la sala de trofeos del *castello*, una serie de estancias que incluía una galería con obras de tan incalculable valor como el tríptico de Luciezo y Caradino y otra con trofeos de caza. Las paredes estaban cubiertas de cornamentas y cabezas de animales disecados cazados por sus antecesores y ampliada copiosamente por su padre.

Cesare había mostrado a menudo su desagrado por esa afición y sabía que su madre compartía sus reparos, pero ella nunca había

criticado a su padre. Había aceptado eso como lo aceptaba todo en él, sojuzgando sus propias opiniones. Tan sumisa actitud lo entristecía y lo exasperaba al mismo tiempo.

Cesare apretó los labios mientras se dirigía a la zona más moderna del *castello,* donde estaban las habitaciones de la familia, con fantásticas vistas del río enmarcado por las montañas.

Instintivamente, sus pasos lo llevaron a una de las terrazas para respirar el aire fresco del campo. Se quedó allí durante unos agradables minutos, disfrutando del sol y la brisa, sintiendo la habitual sensación de orgullo. Aquella era su casa, sus dominios, su patrimonio. Y, aunque su padre y él nunca habían estado de acuerdo en nada, siempre haría lo posible para demostrar que merecía aquella fabulosa herencia. Cargaría con sus responsabilidades y cumpliría con los deberes de su título.

Incluyendo el más importante de todos: casarse y tener hijos para preservar su linaje y salvaguardar el futuro. Cuando llegase el momento de dar ese paso, y llegaría tarde o temprano, elegiría a la esposa adecuada, eso era lo esencial.

Unos minutos después se dirigió a su estudio. Aunque también allí tenía una vista espectacular, Cesare concentró su atención en los papeles que su secretaria había dejado sobre el escritorio.

Hora de ponerse a trabajar.

Estaba a punto de abrir el correo electrónico cuando vio un sobre con la dirección escrita a mano en la bandeja de su correspondencia personal.

Sacó el sobre y lo miró un momento. Llevaba un sello de Estados Unidos y Cesare sabía muy bien de quién era.

De la mujer con la que estaba destinado a casarse.

Capítulo 5

CARIÑO, qué alegría verte. ¡Cuánto tiempo!

Su madre la abrazó con un gesto de reproche y Carla hizo una mueca de pesar. Habían pasado varias semanas desde la última vez que se vieron.

–Bueno, pero ya estoy aquí –le dijo, intercambiando un par de besos–. Y no tengo prisa por marcharme.

Se quedaría en la villa de Guido durante unos días, hasta que Cesare volviese a Roma.

«Pero podrías estar en Milán con él esta noche».

No sabía por qué había rechazado su invitación, pero en ese momento le había parecido esencial.

«Porque no quería pensar en un futuro con Cesare. Sabía desde el principio que esta aventura no llegaría a ningún sitio».

También sabía desde el principio que si quería estar con Cesare no debería aferrarse a él ni esperar demasiado. Él tenía que saber que no esperaba nada, que no daba nada por sentado.

No debería soñar con nada que él no estuviera dispuesto a darle o no tendría nada en absoluto.

Nada.

Volvió a experimentar esa sensación de vacío, como un abismo abriéndose dentro de ella. Una grieta en la que aleteaba esa turbadora emoción.

«No volver a verlo… ¿cómo podría soportar eso?».

No, decidió, no debía pensar así. Lamentaba no haber ido con él a Milán, nada más. Tenía que ver a su madre, pero podría haber pospuesto el viaje un día más y a ella no le hubiese importado.

«Lo he rechazado cuando no tenía por qué hacerlo».

Pero ella sabía por qué lo había hecho.

«Tenía que demostrarme a mí misma que no quiero agarrarme a él, que no necesito hacerlo». «Quería recordar que solo tenemos una breve relación adulta que los dos disfrutamos y nada más».

–Bueno, cariño –la voz de su madre interrumpió sus

pensamientos–. ¿Qué tal en Venecia? ¿Dónde te alojaste, en el hotel Danieli o en el Gritti?

Mientras cenaban, Carla le habló del viaje y del artículo que había escrito, y también le preguntó por los Viscari. Sabía que Vito estaba de viaje por toda Europa, inspeccionando sus hoteles, pero volvería a Roma de forma inminente.

–Espero que cuando vuelva por fin decidas venderle tus acciones, mamá –le dijo.

Cuanto antes lo hiciera, mejor para todos. Su negativa había provocado una importante fisura en las relaciones con la familia del hermano de su marido desde que Guido murió.

–Cariño, Guido me confió esas acciones a mí, y tenía sus razones.

Carla dejó escapar un suspiro de exasperación.

–Mamá, por favor, no seas cabezota. Es más lógico que Vito posea todas las acciones de la cadena. Él es el presidente…

Un segundo después deseó no haber mencionado el tema porque los ojos de su madre echaban chispas.

–¿Por qué no te pones de mi lado? –le espetó–. Sería lo que siempre he soñado. Mi idea uniría a las dos familias.

–Mamá, no sigas por ahí. Tienes que aceptar que Vito y yo no estamos interesados el uno en el otro. Y que Guido te dejase sus acciones no cambia nada –Carla intentó poner una nota de humor en su tono para apaciguarla–. Además, Vito no me miraría dos veces. No soy rubia, que es el único tipo de mujer que le gusta, y a mí no me interesa nada. Yo prefiero…

No terminó la frase, pero era demasiado tarde.

–Eso es precisamente lo que me preocupa, cariño –su madre se echó hacia delante, mirándola con expresión agitada–. Cesare di Mondave precisamente. Yo esperaba que fuese una aventura breve, pero llevas seis meses con él. ¿Es que has perdido la cabeza?

Carla cerró los ojos un momento. Darle la oportunidad de hablar de su obsesión por casarla con Vito había sido un error.

No había mencionado a Cesare en esos seis meses. El hecho de que su madre lo supiera, porque Roma era un hervidero de rumores, no era razón para contarle nada. Y no solo porque quisiera casarla con Vito Viscari sino porque sabía que su aventura con Cesare generaría exactamente la reacción que había generado y lo último que deseaba era un interrogatorio.

–Tengo veintisiete años y tomo mis propias decisiones, mamá.

–¿De verdad? Cariño, me preocupas. Las aventuras suelen acabar mal. Yo lo sé porque no hubo final feliz para mí y eso es lo que

temo que te pase. No puede haber un final feliz para la amante de Cesare di Mondave…

–¿Amante? –la interrumpió Carla–. Yo no soy su amante.

Pero mientras rechazaba ese término recordó el tríptico con la amante del conde Alessandro.

«Yo no soy esa mujer, no tengo nada que ver con ella. No soy la amante de Cesare. Estamos juntos por decisión propia y soy feliz con él. Totalmente feliz».

–Da igual cómo lo llames. Lo único que importa es que no te haga daño –insistió su madre.

Carla sacudió la cabeza.

–Déjalo, por favor…

–Sé que no puedo impedírtelo, pero prométeme que pase lo que pase no harás ninguna estupidez –le rogó Marlene–. Prométeme que no te enamorarás de él. Prométemelo, Carla.

Pero ella no podía responder porque una avalancha de emociones le había robado el aliento, sofocándola con una cegadora revelación…

Cesare estaba en la terraza, apretando la balaustrada de hierro forjado. La luna se levantaba sobre los jardines y el valle, iluminándolos con su luz plateada.

Francesca.

Francesca delle Ristori, nieta de un duque, hija de un marqués que había sido amigo de su padre, la mujer más apropiada para ser la siguiente *contessa* de Mantegna.

Perfecta para ser su mujer.

La conocía desde siempre y le caía bien. ¿Y por qué no? Era muy inteligente, dulce, de buen carácter y, además, preciosa. Una pálida belleza rubia que conocía bien sus deberes y obligaciones.

Cesare recordó entonces a su padre hablándole de ella poco antes de la embolia que se lo llevó:

«Será la esposa perfecta para ti. Si tienes algo de sentido común te darás cuenta. Es una mujer seria, comprometida y nadie mejor que ella para ser la sucesora de tu madre».

Era imposible no estar de acuerdo con ese juicio. Sin duda, Francesca sería todo eso. La esposa perfecta, la condesa perfecta y la perfecta madre del siguiente conde de Mantegna.

Cuando llegase el momento.

Si el momento llegaba en absoluto.

Cesare apretó los dientes. Eso era lo que Francesca le daba a

entender en su carta. ¿Aquel matrimonio concertado años atrás tendría lugar o no? Había que tomar una decisión lo antes posible.

Y ese era el problema, que el momento había llegado demasiado pronto.

De repente, estaba viendo el lago de Garda, la luz del sol reflejándose en las oscuras aguas, el reflejo de las montañas, su brazo sobre el hombro de la mujer que estaba a su lado, los dos apoyados en la barandilla de la terraza del hotel.

Casi podía sentir el roce de su cadera, la mano en su cintura. Recordaba vívidamente la última vez que hicieron el amor, Carla revolviéndose debajo de él, su hambrienta boca, su pasión desatada, ardiente y sensual, tan excitante en contraste con su reservada compostura fuera de la cama.

«No quiero perder eso, aún no».

Un día se casaría, por supuesto, pero había querido posponer el matrimonio durante algún tiempo. Para él aún no había necesidad de casarse, pero su matrimonio no sería como el de sus padres. Su mujer no sería como su madre, renunciando a todo salvo a su papel de condesa.

No, Francesca era diferente y eso incluía su comprensible deseo de casarse cuando fuese el momento adecuado para ella.

Y, al parecer, había llegado el momento.

Después de la carta de Francesca, no podía retrasarlo más. A pesar de sus reticencias, tenía que tomar una decisión.

Cesare miró el valle durante largo rato, pensativo. Y lenta, muy lentamente, exhaló, inclinando la cabeza.

La decisión estaba tomada.

Carla estaba en la cama de su antiguo dormitorio, mirando el techo con los ojos abiertos de par en par. Los pensamientos daban vueltas y vueltas en su cabeza, como ratas en una trampa buscando desesperadamente la forma de escapar.

«No estoy enamorada de Cesare. Solo es pasión, deseo, nada más. Así ha sido desde el principio. Él hace que mi corazón lata con más fuerza, pero eso no es amor. No permitiré que sea amor».

«¿Entonces por qué temes no saber durante cuánto tiempo querrá estar a tu lado?». «¿Por qué temes un futuro sin él?». «¿Por qué has intentado demostrarte a ti misma que no lo necesitas, que no quieres más de lo que él te ofrece?». «¿Por qué rechazaste su invitación para quedarte con él en Milán?».

Ella conocía la respuesta a todas esas preguntas, pero no quería

enfrentarse con la verdad.

Lo que sentía por Cesare no podía ser amor. No podía ser.

«Yo no soy tan tonta. Por Dios, no puede ser. No puedo haberme enamorado de Cesare di Mondave».

Pero cuando amaneció supo, sintiendo un extraño vacío en el corazón, que lo que su madre había temido, de lo que ella misma había intentado protegerse desde el principio, había ocurrido. Recordaba la advertencia de su madre como un veredicto:

«No puede haber un final feliz para la amante de Cesare di Mondave».

Un frío espantoso llenó su corazón.

Capítulo 6

CESARE le dio las llaves del deportivo al aparcacoches y entró en el restaurante. Llegaba tarde y sabía por qué. Ese encuentro no iba a ser fácil, pero tenía que enfrentarse con ello. No había forma de escapar. Tenía que decir lo que debía decir, hacer lo que debía hacer.

Y aceptar las consecuencias.

Vivía una vida inmensamente privilegiada, pero las responsabilidades que iban con su título exigían que pagase un precio. Un precio que él no deseaba pagar.

En su mente apareció el retrato de su antepasado, el conde Alessandro, a quien Luciezo había pintado para la posteridad.

«Tú lo tenías más fácil. Mantuviste todos tus privilegios y no tuviste que pagar un precio por ellos».

El tríptico dejaba eso claro. El conde de Mantegna, flanqueado por su esposa y su amante. Las había tenido a las dos, las había disfrutado a las dos. No había tenido que renunciar a ninguna, no había pagado ningún precio por ello.

Cesare apretó los labios. Bueno, eso era entonces. En este siglo, tal acuerdo sería deshonroso. Casarse con Francesca significaba renunciar a Carla. No había otra opción.

La vio inmediatamente. Vio sus ojos azul violeta clavados en él y experimentó una emoción desconocida.

El vestido de color ciruela la favorecía, su espeso pelo castaño sujeto en la nuca, esa boca tan sensual que atraería a cualquier hombre. Pero ella solo lo miraba a él. Siempre había sido así y Cesare se había acostumbrado.

«Algún día mirará así a otro hombre; otro hombre que la tendrá para él solo».

Ese pensamiento lo golpeó como una lanza. Cuando llegó a su lado, tomó su mano para depositar un beso.

–*Mi dispiace*. Siento llegar tarde.

Ella esbozó una sonrisa de alivio, pero su expresión parecía

velada, como si escondiese algo. Y era la primera vez porque Carla siempre se había mostrado franca y abierta con él.

–¿Mucho trabajo? –le preguntó mientras tomaba la carta.

–Mucho –respondió él.

–¿Has visitado a tu madre?

Ella asintió con la cabeza. Cesare no solía preguntarle por su familia, y ella tampoco le hacía preguntas de índole personal. Era una línea invisible que no cruzaba nunca.

Cesare le indicó al sumiller el vino que iban a tomar, pero estaba perdido en sus pensamientos, ensimismado.

«No quiero hacer esto, pero no tengo alternativa. Tengo que hacerlo ahora mismo, esta noche».

Pero no lo haría durante la cena. Tenía que hacerlo en privado.

«Quiero pasar una noche más con ella, una última noche».

El sumiller volvió con el vino y sirvió dos copas.

–Por ti, Carla –dijo él, levantando la suya.

Ella estaba algo pálida, distante.

–Por ti, Cesare –replicó con tono firme, a pesar de su palidez.

Carla estaba abrumada por el devastador descubrimiento de su amor por él y sentía como si lo viera por primera vez.

«Estoy viéndolo como me había negado a verlo antes. Me había escondido la verdad de mis sentimientos por él durante estos seis meses».

«Por ti, Carla».

Era un simple brindis y, sin embargo, una emoción alzaba el vuelo en su corazón. Había tal propósito en su mirada, uno que no había visto antes.

¿Podría significar…?

Carla sintió un aleteo de emoción que no debería sentir, que no se atrevía a sentir. Y la aplastó. Era demasiado peligroso.

Lo miró mientras dejaba su copa sobre la mesa, viendo el reflejo de las velas en el anillo que llevaba en el dedo meñique. Nunca se lo quitaba, nunca. Lo llevaba mientras hacían el amor, mientras se duchaba, mientras nadaba en la piscina. Era como si estuviera soldado a su piel. Lo había heredado tras la muerte de su padre y algún día se lo pasaría a su hijo.

Carla intentó disimular el aleteo de su corazón. El corazón que recientemente le había revelado una verdad que debía esconder a toda costa.

–¿Qué tal va todo en la familia Viscari?

La pregunta sorprendió a Carla.

–Vito está a punto de regresar a Roma. Ha estado fuera varias

semanas, inspeccionado sus hoteles –respondió.

–¿Te llevas bien con Vito? –le preguntó Cesare.

Ella parpadeó, sorprendida de nuevo.

–Sí, muy bien – respondió–. Y, considerando lo mal que se lleva con mi madre, es asombroso.

–Vito Viscari ha tenido que trabajar mucho tras la muerte de su padre y supongo que ha sido duro para él. Recuerdo que…

No terminó la frase. Hablarle a Carla de su desazón cuanto tuvo que ocupar el puesto de su padre tras la fatal embolia que se lo llevó no era sensato.

–Vito es tan guapo como un actor de cine y la gente tiende a pensar que es un frívolo, pero no es así. Yo le respeto mucho –comentó ella.

–Y él a ti, espero. Después de todo, tú llegaste a un país que no conocías, tuviste que aprender el idioma, adaptarte a una nueva forma de vida.

–Vito siempre fue amable conmigo. Me ayudó a aprender el idioma, me presentó a sus amigos. Y tuvo que protegerme de algunos de ellos –dijo Carla entonces, riendo.

Cesare sonrió, pero era una sonrisa forzada. No le había gustado la nota cariñosa en su voz cuando hablaba de Vito Viscari. Y no quería examinar por qué no le había gustado.

–¿Te habría protegido de mí?

Lo había preguntado con tono burlón para enmascarar el pellizco que había sentido al oírla alabando a su primo.

–No habría tenido que protegerme –respondió ella–. Siempre he sabido lo que podía haber entre nosotros y lo que no. Al menos debes reconocerme eso.

Impulsivamente, Cesare tomó su mano para llevársela a los labios. Aquella sería la última noche que pasaría con ella, la última vez que se vieran.

Sintió una punzada de pesar, más que eso. Pero no tenía sentido. Debía despedirse de ella, no había alternativa.

–Te reconozco eso y muchas cosas más, Carla.

Lo había dicho en un tono apasionado y Carla sintió el mismo aleteo de emoción que había sentido cuando brindaron.

¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué actuaba de un modo tan extraño? ¿Qué significaba?

Carla tragó saliva, sintiendo que le ardían las mejillas. Siguió comiendo, pero no dejaba de darle vueltas. Cesare parecía diferente esa noche. Sabía por instinto que algo había cambiado entre ellos. Algo profundo que podría alterarlo todo.

«¿Es posible que sienta lo mismo que yo?».

«Si yo me he negado a mí misma este amor durante tanto tiempo, tal vez Cesare también lo ha hecho». «Hasta ahora».

No se atrevía a pensarlo, no se atrevía a soñar.

¿Cómo iba a dejarse llevar por una emoción que se había prohibido a sí misma? ¿Cómo iba a hacerse ilusiones?

«¿Cómo voy a esperar que sienta lo mismo que yo, que a pesar de todo también se haya enamorado de mí?».

–¡Milagro, una plaza de aparcamiento! –exclamó Carla.

Encontrar un sitio para aparcar en su estrecha calle era, desde luego, un milagro. Pero allí estaba.

«Es una señal». «¿Podría ser una señal?».

Mientras Cesare aparcaba hábilmente el deportivo, Carla tenía que disimular la emoción. Porque la esperanza era un pájaro que una vez liberado no podía volver a ser apresado.

Cesare se había mostrado tan atento como siempre, pero había algo más. Algo diferente.

Y ahora, mientras bajaba del coche y abría la puerta del patio para subir a su apartamento, esa sensación era más palpable.

Una vez en su apartamento entró en la cocina para hacer café. Normalmente, cuando Cesare se quedaba a dormir allí, la esperaba sentado en el sofá blanco, estirando las piernas mientras se quitaba la chaqueta y la corbata, feliz de estar con ella. A veces tomaban algún licor antes de que el deseo los empujase a la cama.

Esa noche, sin embargo, Cesare entró tras ella en la cocina.

–¿De verdad te apetece tomar café?

Carla se dio la vuelta. Cesare estaba a su lado y en sus ojos había un brillo que la hizo olvidar el café y todo lo demás. Algo flotaba entre ellos, algo que le hacía recordar su primera noche en la villa de Cesare, a las afueras de Roma, el nido de amor que habían usado tantas veces desde entonces.

Pero solo podía pensar en esa primera noche, en ese momento inolvidable.

Él dio un paso adelante y la tomó por la cintura, mirándola a los ojos con una expresión indescifrable.

Haciendo que se derritiera.

Emocionada como nunca, Carla abrió los labios y un gemido escapó de su garganta.

–Cesare –pronunció su nombre como un suspiro que hizo eco en su corazón.

Saber lo que sentía por él había sido una revelación que lo cambiaba todo.

Cesare la hizo temblar de nuevo acariciando su cuello, su garganta, con labios febriles.

–Eres tan preciosa –susurró.

Lentamente, como si estuviera saboreando cada segundo, buscó sus labios. Pero aquel beso solo era una aterciopelada caricia, un preludio. Y entonces, dejando escapar un ronco gruñido, la aplastó contra su torso y el beso se volvió ansioso, hambriento.

Como si fuera la última vez que la besaba.

La caricia provocó un infierno de sensaciones, un deseo incandescente. Se apoderó de su boca con absoluta maestría, dejándola a su merced. Luego, sin decir nada, la tomó en brazos para llevarla al dormitorio.

Se quitaron la ropa con manos ansiosas, apretándose el uno contra el otro, sus miembros enredándose, sus bocas fundiéndose.

Carla gritó una y otra vez, temblando, el gozo casi insoportable. El torrente de emociones que provocaba saber lo que Cesare significaba para ella era incontenible.

«El hombre al que amo. Cesare, el hombre de mi vida».

Esa certeza, ese arrebato de amor echó raíces en su alma, en su corazón, mientras Cesare tomaba posesión de su cuerpo y ella del suyo, dándole todo lo que tenía.

Era glorioso, una dedicación a él sin medida, sin reserva. Una absoluta ofrenda de sí misma.

Mucho después, cuando las olas de éxtasis y amor por fin dieron lugar al letargo, lo abrazó, aplastándolo contra su pecho. Su piel estaba cubierta de sudor y los frenéticos latidos de su corazón iban calmándose mientras apoyaba la cabeza en su torso, agotados los dos.

Sabía con total certeza, con total convicción, que nunca había sido tan feliz en toda su vida.

Porque nunca hasta ese momento había sabido lo que era el amor.

Acarició los contornos de su poderosa espalda, maravillada, sintiendo una gratitud sin medida. Cesare había gritado mientras se dejaba ir, como poseído, como si fuera la primera vez que hacían el amor.

Y esa intensidad la había abrumado porque solo podía significar una cosa: su pasión por ella era más grande de lo que pretendía mostrar, su respuesta más ardiente, su culminación más fiera y abrasadora que en ningún otro encuentro. Y la abrazaba con más

fuerza que nunca.

Como si no quisiera soltarla.

Como si nunca fuera a soltarla.

Como si fuera suya y él suyo para siempre…

Para siempre.

Carla cerró los ojos e intentó relajarse hasta que el sueño se apoderó de ella.

Despertó sola en la cama. Podía oír el ruido de la ducha y sonrió, medio adormilada y maravillada. La emoción que sentía era como un riachuelo subterráneo que llenase la tierra. Nunca se había sentido tan feliz.

Por Cesare… Cesare, Cesare.

El mundo le parecía nuevo, iluminado de amor, de felicidad.

Un momento después Cesare volvió a la habitación con una toalla atada a la cintura. Se acercó en silencio a la cama, creyéndola dormida, y ella se quedó inmóvil, mirándolo con los ojos entornados.

Lo vio vestirse rápidamente, ponerse los gemelos, hacerse el nudo de la corbata, y sintió una vaga decepción. Estaba claro que tenía que ir a algún sitio, pero también ella tenía que ir a la editorial esa mañana, de modo que no debería importarle. Se verían por la noche, y todas las noches después de eso. El futuro se extendía ante ellos, un futuro maravilloso. Estaba completamente segura.

¿Cómo podría ser de otro modo?

«Ahora sé que lo amo». «Y él siente algo por mí, estoy segura».

«Dale tiempo, no exijas nada, sé tan cauta y juiciosa como siempre. Pero con el tiempo… con el tiempo acabará amándome como lo amo yo».

No había certezas, pero sí posibilidades. De eso estaba convencida. Tenía fe.

La advertencia de su madre y sus propias advertencias, las que se había hecho toda la vida, no parecían necesarias en ese momento.

«Puedo creer en un final feliz, me atrevo a creer. Me atrevo a hacerme ilusiones. Tengo fe en mi corazón y en el suyo».

Su amor por él crecía mientras se lo comía con los ojos, su corazón lleno de felicidad y gratitud.

Cesare se sentó en la cama y pasó una mano por su hombro, como para despertarla. Carla abrió los ojos y sonrió, levantando una mano para tomar la suya. Él la apretó durante un segundo, antes de apartarla. La miraba con una expresión…

De repente, Carla sintió miedo.

–No hay una manera fácil de decir esto…

Su tono era ronco y la tensión, palpable. Ella solo podía mirarlo, inmóvil, helada, mientras por dentro el miedo se convertía en un abismo que se la tragaba.

Cesare tomó aire mientras se levantaba. Se quedó inmóvil, mirándola con expresión remota, distante.

–No podemos seguir viéndonos porque dentro de unos días anunciaré mi compromiso –le dijo–. No quería que lo supieras por otra persona y ya sabes que en Roma los rumores vuelan –hizo una pausa, apretando los labios–. Quiero que sepas… lo maravillosos que han sido estos seis meses –agregó, mientras se daba la vuelta para abrir la puerta–. Cuídate, Carla.

Y luego salió del dormitorio, sin decir nada más.

Carla lo oyó recorrer el salón y solo cuando abrió la puerta del apartamento logró salir de su parálisis.

Sin pensar, saltó de la cama y fue tras él como un tornado. Desnuda, completamente desnuda. Tan desnuda como su alma.

Sus ojos echaban chispas.

–¿Por qué? –le espetó.

Él se dio media vuelta, su expresión tan cerrada como las puertas de roble del *castello*, protegiéndolo contra cualquier invasor. No dejaría que ella lo invadiese. No se lo permitiría.

Le respondería con tono firme, sin emoción, como tenía que ser. Le diría lo que se había dicho a sí mismo tantas veces, pero necesitaría de su rígida autodisciplina para no caer al abismo.

Debía hacerlo. Tenía que decirlo.

–Tú misma has dicho que siempre has sabido cuáles eran los límites de nuestra relación –Cesare tomó aire–. Tú sabes por qué tengo que casarme. Hay un acuerdo entre las dos familias…

Tenía que irse. No podía seguir viéndola allí, desnuda. No podía seguir viendo el cuerpo que había poseído unas horas antes, que aún quería poseer.

–Y aunque mi prometida –Cesare pronunció esa palabra como si le resultase extraña– vive en Estados Unidos y tiene sus propios intereses, ha decidido volver a Italia y por lo tanto… debemos separarnos, Carla. Te pido disculpas por no haberte avisado antes, pero… Francesca llegará mañana para visitar a sus padres y, naturalmente, ellos querrán conocer su decisión. Luego irán a visitarme al *castello*, donde anunciaremos oficialmente nuestro compromiso.

Carla lo miraba en silencio.

–¿Estás enamorado de ella? –le preguntó por fin, con una voz que no parecía suya.

Cesare hizo una mueca. ¿Qué lugar tenía el amor en su vida? Ninguno, no podía permitírselo.

–El amor es irrelevante. Francesca y yo somos idóneos el uno para el otro y tenemos una obligación que cumplir –respondió, tomando aire e intentando reunir valor–. Carla, si has pensado que sentías algo por mí… tú sabes que yo nunca he animado esos sentimientos, ni consciente ni inconscientemente. Nunca te he dado a entender que entre nosotros pudiera haber algo más de lo que ha habido. Absuélveme de cualquier acusación, por favor. Hemos tenido una aventura, nada más. No podía ser nada más y tú lo sabías tan bien como yo.

Carla lo miraba como un basilisco, en silencio, incrédula.

–Debo irme –dijo Cesare entonces.

Y se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

El ruido parecía hacer eco en el silencio. Un silencio que se extendía como un vertido tóxico tras sus letales palabras, dejándola con un nudo en la garganta que le impedía respirar.

–¡Carla, abre la puerta! No voy a irme hasta que abras.

Carla hizo una mueca. Sabía que su madre no se iría, de modo que abrió la puerta para dejarla entrar en el apartamento.

–Dios mío –murmuró Marlene al verla.

Parecía horrorizada y ella sabía por qué. Su cabello estaba despeinado, llevaba un chándal y tenía los ojos enrojecidos y las mejillas hinchadas. Había un rastro de lágrimas desde las pestañas a la barbilla porque no había dejado de llorar.

Durante dos días.

–¿Entonces es verdad? –preguntó su madre, llevándose una mano al corazón.

–Veo que ya han empezado a correr los rumores.

–Desde luego que sí. Y varios conocidos se han encargado de que yo me enterase.

Carla se dio la vuelta, intentando contener las lágrimas. Llorar no servía de nada.

«Mi madre me había advertido, pero no le hice caso. Me dijo que no habría un final feliz, pero yo pensé que sabía más que ella».

Se le hizo un nudo en la garganta, como si una serpiente estuviese estrangulándola, enroscándose en su cuerpo, dejándola sin aliento.

Marlene apretó su brazo, ¿pero qué consuelo podía darle? ¿Qué ayuda?

Ninguna.

Estaba llena de amargura, de rencor, de desilusión.

«No habrá final feliz».

Apoyó la cabeza en el hombro de su madre, que le daba palmaditas en la espalda para consolarla. Pero no había consuelo para ella. Solo unos recuerdos que la asaltaban una y otra vez, robándole trozos de su alma.

«Yo había pensado que se portaba de modo diferente porque empezaba a sentir algo por mí. Pensé que había una posibilidad de que también se hubiera enamorado de mí. Había empezado a hacerme ilusiones, a soñar con un futuro, a creer que habría un final feliz para nosotros».

Angustiada, se llevó una mano helada al corazón. Su estúpido corazón.

«¿Por qué ha tenido que pasarme a mí?». «¿Por qué tuve que descubrir que lo amaba? Si no fuera así, seguiría pensando que era una simple aventura y no estaría así ahora, destruida, completamente destruida».

–Me dijiste que no habría un final feliz.

Debía haberlo dicho en voz alta sin darse cuenta. Su voz parecía llegar desde muy lejos, de algún sitio helado y desconocido.

–Pero podría haber un final mucho mejor –dijo Marlene entonces, sus ojos tan brillantes y duros como el diamante–. Solo hay una salida, cariño. Solo una. Cuando un hombre te hace tanto daño, solo hay una cosa que hacer.

–¿A qué te refieres?

Su madre se dejó caer en el sofá y le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

–Siéntate, Carla, y deja que te cuente algo.

Capítulo 7

CESARE recibió amablemente a sus invitados en el salón principal del *castello*. Los marqueses delle Ristori y sus tres hijos adultos, Francesca y sus hermanos pequeños, un chico y una chica.

A Francesca ya la había visto a solas, como ella le había pedido, cuando llegó a Italia. Habían hablado largo y tendido, intentando llegar a un acuerdo beneficioso para los dos y ahora estaba allí con su familia para formalizar el compromiso.

Los saludos eran cordiales y afectuosos. Conocía a su familia de toda la vida, como conocía a Francesca, aunque se habían visto poco desde que se fue a vivir a Estados Unidos para hacer sus estudios de posgrado cuatro años antes. Solo en alguna ocasión, cuando él iba de viaje a Estados Unidos y aprovechaba para saludarla o cuando ella volvía a Italia de vacaciones.

No había prisa, no había necesidad de verse más a menudo.

Y Cesare había esperado que eso siguiera siendo así durante mucho más tiempo.

En su cabeza, a todas horas, aparecía una imagen que intentaba apartar a toda costa. Llevaba días haciéndolo. Era esencial que lo hiciera. Absolutamente esencial.

«Carla es el pasado. He tomado una decisión y no puedo echarme atrás».

Porque sería imposible hacerlo ahora que Francesca estaba allí, con su familia, para anunciar oficialmente el compromiso. Un compromiso que él aceptaba por voluntad propia, que siempre había estado esperándolo y que debía ser cumplido.

Dejando a Carla atrás para siempre.

Después de los saludos, le hizo un gesto al mayordomo para que sirviera el champán. Sus empleados estaban contentos porque habría una nueva señora del *castello*, una nueva *contessa*. Todos aprobaban su elección ¿y por qué no? Francesca había estado allí más de una vez, con sus padres de niña y de adolescente.

Francesca, alta y serena con su vestido blanco de estilo griego, el

pelo rubio ceniza. Su pálida y delgada belleza era tan diferente al rotundo y sensual atractivo de Carla.

Carla, a quien no volvería a ver… salvo en alguna ocasión, cuando sus caminos se cruzasen en Roma. Pero nunca más sería lo que había sido para él durante esos seis meses.

«Yo quería más tiempo con ella».

Una guillotina imaginaria sesgó la imagen que se había formado en su cabeza. No debía pensar en ella. Francesca estaba diciendo algo sobre su trabajo, que esperaba no fuese demasiado ininteligible, pero el campo de investigación al que se dedicaba era tan raro que Cesare no entendía nada.

–Un doctorado en ciencia –dijo el marqués, orgulloso–. Y lo ha conseguido dos años antes de lo esperado.

–Astrofísica –apuntó su madre.

Cesare sacudió la cabeza.

–Es fabuloso. Un gran logro, Francesca.

Era una mujer extraordinaria, inteligentísima, bella, con un linaje casi tan antiguo como la propia Italia.

Sería una *contessa* excepcional.

Su padre había tenido razón al recomendar a Francesca delle Ristori como futura esposa, pero había olvidado un aspecto de su personalidad que era de la mayor importancia para ella, su trabajo.

Cesare le había asegurado que no habría ningún problema. No tendría que ser solo la *contessa* de Mantegna como su madre. Podría seguir haciendo su trabajo de investigación durante el tiempo que quisiera, y encontrar satisfacción como condesa y como investigadora.

No sería como su madre, de eso estaba completamente seguro. Él no quería eso y Francesca no contemplaría el matrimonio de ningún otro modo.

Durante la cena, ella mencionó algunas posibilidades de trabajo en Italia.

–Quiero ver cómo reciben mi tesis doctoral –le contó–. Eso determinará las ofertas que me hagan.

–Seguro que recibirás muchas ofertas –dijo él galantemente.

La cena resultó agradable y todos parecían contentos. Los padres de Francesca estaban satisfechos porque su matrimonio aseguraría que se quedase en Italia. Francesca también parecía animada y Cesare se alegraba.

En cuanto a él… bueno, por supuesto se sentía complacido. ¿Cómo no? ¿Por qué no iba a querer contraer matrimonio con una mujer como ella, su *contessa*, la madre de sus hijos, la compañera de

su vida, de toda su vida?

Como había anticipado desde siempre.

La imagen que intentaba borrar a toda costa apareció en su mente de nuevo, como un espectro que lo perseguía.

Carla.

Para borrarla, empezó a hacer preguntas sobre astrofísica, un tema que le era completamente ajeno.

La cena terminó y Francesca y su familia se retiraron a las habitaciones de invitados.

La cortejaría más adelante, pensó. Haría todo lo necesario para que se sintiera cómoda con él. Sus respectivos pasados eran irrelevantes. Después de tomada la decisión, sus anteriores relaciones quedarían en el pasado.

La guillotina cayó de nuevo.

Inmisericorde, letal, permanente.

Porque tenía que ser así.

Carla estaba de pie en el opulento salón de la villa de su padrastro, con la espalda rígida mientras posaba para las fotografías. Su madre atendía a los invitados, haciendo el papel de anfitriona que tanto le gustaba.

Aquella vez era para el director de un museo al que iban a donar algunas piezas de la colección de arte de Guido. Marlene estaba en su elemento como la generosa patrona de las artes.

Al otro lado del salón, Carla vio a su primo Vito, que acababa de llegar a Roma, con su madre, Lucia. Lucia parecía exasperada mientras él se limitaba a cumplir con su deber.

Carla había dicho muy poco durante la cena. No tenía ganas de hablar.

La recepción fue interminable. Hubo discursos de su madre, en un trabajoso italiano, y luego de Vito, que representaba la parte oficial de la familia Viscari.

Y más fotografías. La única ventaja era que no tendría que escribir un artículo porque, siendo la colección de su padrastro, eso sería nepotismo.

No había ido a trabajar en varios días, poniendo como excusa una gripe. Que la hubieran creído o no, daba igual. Estaba segura de que todos sabían por qué no iba a la editorial.

Carla apretó los labios.

Francesca delle Ristori, ese era el nombre de la prometida de Cesare. Ya había especulaciones de todo tipo en las columnas de

cotilleos. ¿Y por qué no?

«Es la nieta de un duque, la hija de un marqués, una amiga de la familia. Tiene el pelo rubio, largo hasta la cintura, y un doctorado en astrofísica. Dios santo, ¿hay algo que no tenga?».

Aunque todo eso le daba igual. Solo había una cosa que no quería que Francesca delle Ristori tuviera, solo una.

A Cesare.

El cuchillo se hundió más en sus entrañas.

Los invitados empezaban a marcharse, por fin. Carla presenció el fingido ritual de despedida entre Lucia y su madre. Marlene insistió en que se quedasen un rato para que Vito le hablase de su viaje por Europa, añadiendo que debían solucionar el problema de las acciones…

Vito intercambió una mirada con su madre y se ofreció a acompañarla al coche, prometiendo volver en unos minutos. La mención a la mitad del accionariado de la familia era un cebo que no podía rechazar. ¿Cómo iba a hacerlo? Su determinación de adquirir esas acciones para controlar la cadena hotelera era lo único importante. Las acciones que Marlene se negaba a vender.

Carla se colocó tras el sillón en el que estaba sentada su madre. Vito volvió después de acompañar a la suya al coche, sin duda simpatizando con Lucia por el calvario que había tenido que soportar, con Marlene pavoneándose durante toda la noche como la viuda de Guido Viscari.

Pero daba igual. No le importaban ni el enfado de Lucia, ni la frustración de Vito, ni las retorcidas maniobras de su madre. Solo le importaba una cosa.

Su madre estaba hablando, pero Carla no prestaba atención. Vito respondía, pero tampoco lo escuchaba hasta que llegó el momento que su madre había planeado durante tanto tiempo. El momento que nunca había pensado que pudiese llegar.

–¿Qué sería mejor que unir a las dos familias gracias a las acciones? –estaba diciendo su madre con tono empalagoso–. La unión de Vito y Carla sería la solución.

En silencio, Carla observó la incredulidad y la furia en el rostro de su primo. También le daba igual. Nada le importaba. Él la miró entonces, encolerizado, exigiendo una respuesta, exigiendo que se pusiera de su lado.

Rechazando la absurda solución que había sugerido Marlene.

Carla se negaba a pensar en lo que le estaba haciendo. La dolorosa agonía provocada por el brutal rechazo de Cesare hacía que tuviese que devolver el golpe y salvar su patético orgullo como

pudiera. Daba igual el precio que tuviese que pagar por ello o quién tuviese que pagarlo, daba igual lo vil que fuera su comportamiento.

–Creo que es una idea estupenda –se oyó decir a sí misma desde algún sitio helado y sin emoción.

Los días siguientes fueron como un borrón. Carla no atendía a nada ni a nadie. Se negaba hablar, a enfrentarse con lo que estaba haciendo. Era como un ser poseído por un espíritu maligno. No era ella misma, no se reconocía y le daba igual.

Vito había protestado, incrédulo. Y luego había hecho algo peor que protestar: había entendido por qué estaba de acuerdo con los planes de su madre.

–¿Cesare ha roto contigo? –le preguntó.

Su compasión era como una bofetada.

«Bueno, francamente, yo sabía que terminaría así. Los orígenes de la familia Mantegna se remontan hasta la antigua Roma y Cesare se casará con una mujer con el mismo pedigrí. Puede que tenga aventuras mientras tanto, pero nunca se casará con una mujer que…».

«¡Una mujer que está a punto de anunciar su compromiso con otro hombre!» había exclamado ella.

Porque esa era la venenosa salvación que su madre le había ofrecido. Así era como iba a sobrevivir a lo que Cesare le había hecho, a lo que se había hecho a sí misma.

Enamorarse de un hombre que iba a casarse con otra mujer mucho más apropiada que ella. Una mujer que, según las revistas de cotilleos, sería la perfecta *contessa* de Mantegna.

Lo que ella nunca podría ser.

En los aduladores artículos de las revistas aparecían muchas fotografías de Cesare y Francesca delle Ristori, elegantes y aristocráticos, una pareja perfecta.

Pero también había fotografías de ella con Cesare, tomadas en algún restaurante o galería de arte durante esos seis meses.

Las comparaciones con la noble prometida de Cesare eran atroces.

«Compañera de una noche».

«Otra belleza adornando el brazo del ilustre conde de Mantegna».

«Hijastra de Guido Viscari, copropietario de la lujosa cadena hotelera».

Y esto último era lo que iba a salvarla de la insoportable humillación, de las burlas del resto del mundo, y de sí misma.

«Serás idiota. Haber pensado que esa última noche con él era el

principio de algo más, que él sentía lo mismo que tú cuando lo único que quería…».

El escorpión la picó de nuevo. Un escorpión blandido por el demonio que la empujaba a aquella desesperada salida. Pero lo haría, y no le importaría lo que le estaba haciendo a Vito, no le importaría que la odiase por ello.

Seguiría adelante, frenética, agarrándose a lo único que podía agarrarse. Tenía que hacer que Vito anunciase su compromiso para detener los rumores, las veladas burlas, los cotilleos. Tenía que dejar de ser la descartada *inamorata* del aristocrático Cesare, que estaba a punto de casarse con su noble prometida.

Porque nadie la compadecería o se reiría de ella cuando fuese la esposa de Vito Viscari, uno de los solteros más cotizados de Roma, un multimillonario tan atractivo como una estrella de cine, cortejado por todos, empresario de éxito. Nadie se reiría de ella porque ese matrimonio consolidaría una cadena hotelera de fama mundial.

Si Cesare di Mondave podía contraer un matrimonio de conveniencia, también podía hacerlo ella. Y su matrimonio con Vito demostraría que le importaba tan poco como ella le importaba a él. Le demostraría que el tiempo que habían estado juntos no había sido nada más que un agradable interludio para los dos, antes de que ambos tomasen caminos distintos; él casándose con su noble prometida, ella uniendo las dos partes de la familia Viscari.

Tenía que conseguir que Vito hiciese el anuncio oficial de su compromiso. Tenía que hacerlo, estaba desesperada.

El demonio la empujaba de forma implacable.

Pero Vito no se decidía a comprometerse con ella. Quería rechazarla, como la había rechazado Cesare. No quería casarse con ella, como no había querido hacerlo Cesare.

La desesperanza oscurecía su visión. Tenía que conseguir que Vito se comprometiese, de cualquier modo, como fuera.

Su madre se encargó de hacer correr rumores: las acciones de la viuda de Guido Viscari estaban en venta. ¿A quién iba a vendérselas?

La prensa económica publicó el artículo, como pretendía Marlene, provocando innumerables especulaciones. Nic Falcone, el mayor competidor de los Viscari, era el principal candidato, pero Vito seguía sin querer anunciar su compromiso porque había otra mujer en su vida, una inglesa a la que había conocido durante su viaje por Europa y que se alojaba con él en Roma.

De modo que Carla decidió hacerle una visita y se encontró con

una guapísima rubia de largas piernas, evidentemente enamorada de Vito. Le dijo que no era nadie especial, como ella no había sido especial para Cesare, que Vito siempre llevaba alguna rubia del brazo y pronto rompería la relación, como Cesare había roto con ella.

Y cada amarga, mortificante verdad, era como un cuchillo en su corazón.

Cuando Vito apareció en el pasillo, furioso por sus palabras, lo retó a que lo negase, lo desafió a decir que no era su prometida. No podría hacerlo si quería las acciones de su madre, si las valoraba más que a la rubia que se apretaba contra su torso, sollozando.

Los sollozos desesperados de la joven le rompían el corazón, pero no se retractaría. Encontraría justificación para ello en su propia angustia, en su propio tormento.

«Es mejor que sepa ahora lo que es importante para Vito… y lo importante no es ella».

Como ella no había sido importante para Cesare.

El escorpión demoníaco la empujó de nuevo mientras arrastraba a Vito en su caída, maldiciéndose a sí misma y a todos los que la rodeaban.

Capítulo 8

CESARE estaba frente a la entrada fortificada que llevaba al patio del *castello*, mirando el coche de los marqueses alejándose por el camino.

La visita de Francesca y sus padres había sido un éxito y ahora se iban a pasar unos días en la finca familiar. Después, Francesca volvería a Estados Unidos para ordenar sus asuntos antes de instalarse definitivamente en Roma.

No había prisa. Se casarían a finales del verano y la madre de Francesca estaba decidida a disfrutar mientras se encargaba de los preparativos. Además, Francesca quería tantear a varias universidades antes de aceptar un puesto de investigadora.

Cuando volviese de Estados Unidos, visitaría el *castello* de nuevo y Cesare la invitaría a cenar, acudiría con ella a eventos sociales. Empezaría a cortejar a la mujer que iba a ser su esposa.

Lo que la mujer a quien había dejado nunca podría ser.

No podría volver a verla siquiera.

La hoja de la guillotina cayó de nuevo. Con una disciplina de hierro, una disciplina que necesitaba más que nunca, Cesare dejó de pensar en ella. Esa obsesión pasaría con el tiempo. Dejaría de pensar en Carla. Debía dejar de pensar en ella, de recordarla.

Entró en el vestíbulo y miró la impresionante escalera de roble que llevaba a la galería, donde estaba el grueso de las obras de arte.

Incluyendo el tríptico de Luciezo-Caradino.

Como empujado por una mano invisible, Cesare se dirigió a la escalera… y luego, abruptamente, se apartó. No, no subiría. ¿Para qué?

Su expresión se tornó grave. Su antepasado había nacido en un siglo en el que un hombre podía tenerlo todo, pero ese tiempo había pasado. Era deshonroso pensar de otro modo.

«He tomado una decisión y seguiré adelante con ella». «Carla es el pasado y debe quedarse allí». «Mi futuro está con Francesca».

Él había tomado esa decisión, como lo había hecho Francesca.

Pero Carla… Carla no había tomado ninguna decisión.

Entró en el estudio y se dejó caer tras el escritorio de caoba, dispuesto a trabajar.

Pero por un momento, solo por un momento, recordó a Carla esa última mañana.

«Desnuda, despojada de todo lo que había creído tener, de todo lo que había pensado que era suyo».

La guillotina volvió a caer con una dureza necesaria, esencial.

Carla no debería haber presumido que era suyo. Él no le había dado motivo para creer eso. Nunca le había hecho pensar que lo era y ella había dicho que lo sabía, que aceptaba las necesarias limitaciones de su relación. Ella sabía que solo podía durar un tiempo.

«Por el tiempo que pasemos juntos».

Ese había sido su primer brindis. Y ese tiempo había terminado.

Impaciente, encendió el ordenador para comprobar su correo. La página de un periódico económico apareció en la pantalla y en la portada vio un titular que lo dejó inmóvil.

Él había tomado una decisión, Francesca había tomado una decisión y, al parecer, también lo había hecho Carla Charteris.

> *Un conveniente matrimonio permitirá que los Viscari conserven las riendas de la cadena hotelera, desbaratando los ambiciosos planes de Nic Falcone.*

Cesare miró la fotografía bajo el titular, sintiendo como si un cuchillo de hoja serrada se clavase en su corazón.

El volumen de la música del órgano fue subiendo hasta un último crescendo antes de cesar. Los murmullos de los congregados se interrumpieron cuando el sacerdote levantó las manos y procedió a pronunciar las palabras de la ancestral ceremonia.

El corazón de Carla latía como un martillo, aplastando los remordimientos por lo que estaba haciendo, lo que estaba obligando a hacer a Vito contra su voluntad.

Temblaba de arriba abajo, como si estuviera a punto de romperse allí, frente al altar de la catedral, con el vestido blanco, el rostro oculto por el velo, esperando que Vito pronunciase las palabras que los unirían en matrimonio.

Y que la liberarían por fin del infierno en el que estaba viviendo.

Un infierno al que estaba arrastrando a Vito…

Pero le daba igual. Tenía que darle igual. Solo podía seguir adelante, agarrándose al desesperado remedio que su madre le había ofrecido. Aunque, con la poca cordura que le quedaba, sabía que ese remedio estaba envenenándola.

Tenía que casarse con él, tenía que hacerlo. No estaría a salvo hasta que lo hiciera. A salvo de todo lo que estaba devorándola.

«Cuando me case con él estaré a salvo. Seré la *signora Viscari* y ser su esposa me servirá de protección».

Su madre pensaba que solo era protección de los rumores y el desprecio del mundo, de las burlas, pero no era esa la protección que tan desesperadamente necesitaba. Tenía que protegerse de sí misma.

Tenía que casarse con Vito porque si no lo hacía buscaría a Cesare y le suplicaría que volviese con ella sin exigir nada.

En su mente apareció el detestable tríptico, el conde Alessandro flanqueado por su pura y perfecta esposa, y por su humilde amante.

Una vez se había creído por encima de la belleza que había pintado Caradino…

Qué equivocada había estado.

«El amor nos esclaviza. Nos lo roba todo, hace que solo suspiremos por el objeto de nuestro amor».

Tragó saliva, esperando que Vito pronunciase las palabras que la mantendrían a salvo de todo lo que estaba desgarrándola por dentro.

«No habrá un final feliz».

Salvo para Cesare. Cesare con su hermosa, inteligente y aristocrática esposa, la perfecta *contessa*.

«¿Estás enamorado de ella?».

«El amor es irrelevante».

Eso era lo que había respondido Cesare. Su rostro se retorció de dolor bajo el velo. Las palabras daban vueltas en su cabeza, frenéticas y desesperadas.

«Y también será irrelevante para mí. Yo no quiero a Vito y él me detesta por lo que estoy haciéndole, por el precio que le obligo a pagar para recuperar las acciones de la empresa familiar».

«Pero cuando esté a salvo de verdad podré dejarle ir. En seis meses, un año tal vez, podrá seguir adelante con su vida. Pediremos la anulación y Vito podrá ir a buscar a la rubia de la que está enamorado. Lo tendrá todo, las acciones, la rubia, todo. No será el fin del mundo para él, ni para ella. Podrán solucionarlo si quieren hacerlo».

En cuanto a ella… sería su decisión no estar casada. Sería ella quien rompiese ese matrimonio.

«Saldré de esto con la cabeza bien alta. Nadie sentirá compasión por mí, nadie pensará que me han despreciado. Cesare y su noble y maravillosa prometida podrán ser felices para siempre y a mí me dará igual porque le habré demostrado que puedo vivir sin él, que he sobrevivido».

Se dio cuenta entonces de que el silencio se alargaba, que Vito seguía sin pronunciar las palabras que necesitaba escuchar, las palabras que la rescatarían del infierno en el que estaba sumida.

Giró la cabeza hacia él, mirándolo con los ojos muy abiertos, apremiándolo.

Y entonces, por fin, Vito habló:

–No puedo hacerlo, Carla.

Las palabras parecían llegar desde muy lejos, desde otro mundo. Carla sintió un zumbido en los oídos. No podía respirar…

–¡No, mamá, he dicho que no!

Su madre intentaba convencerla para que volviese a la villa con ella, pero no podía soportar un segundo más en su compañía. En compañía de nadie.

Gritando, al borde de la histeria, Carla estaba sentada en la rectoría, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

–Quiero irme a mi apartamento.

No recordaba cómo había llegado allí, en uno de los coches alquilados para la boda seguramente. Pero por fin estaba en su dormitorio, sola, aún con el vestido de novia. Blanco, como la decoración de su apartamento.

Intentando controlar un ataque de histeria, Carla empezó a quitarse el vestido con manos rígidas, botón por botón; el vestido que se había puesto menos de tres horas antes en casa de Guido.

«Casi estaba a salvo y ahora…».

Estaba aterrorizada y tuvo que hacer un esfuerzo para calmarse, para luchar contra la enfermiza sensación que corría por sus venas como nitrógeno líquido.

«Me ha dejado plantada. Me ha rechazado. Se ha negado a casarse conmigo».

Su cabeza parecía a punto de explotar. Le temblaban los dedos mientras desabrochaba los botones del vestido y dejaba caer al suelo la pesada prenda de encaje y satén.

No sabía dónde estaba el velo, se lo había arrancado cuando

llegó a la rectoría, con Vito sujetándola. De no ser por eso habría caído al suelo. Sentía que la catedral daba vueltas y tenía que hacer un esfuerzo para respirar.

«La novia está indispuesta».

Vito le había dado una mentira a la que agarrarse. No había sido abandonada, no la había dejado plantada ante el altar, no había sido rechazada.

Pero la triste verdad era que había recibido su merecido.

«He intentado forzar a Vito a casarse conmigo. Me he portado de una forma bochornosa, egoísta, desesperada».

Entró en el baño y se metió en la ducha, con la ropa interior, el pelo aún sujeto en un elaborado moño que el chorro de agua caliente fue deshaciendo. No sabía cuánto tiempo estuvo allí. Solo sabía que era una agonía liberarse de las medias, las bragas y el sujetador hasta que estuvo desnuda, un desorden de ropa interior en el suelo, el pelo cubriendo su cara mientras tiritaba violentamente.

Cerró el grifo con manos temblorosas y salió de la ducha para envolver su pelo con una toalla, su cuerpo con otra. Seguía temblando, aunque su piel estaba roja e inflamada.

De algún modo llegó a la cama. De algún modo, tiró las toallas mojadas y se metió entre las sábanas como un animal herido. De algún modo, se abrazó las rodillas y apoyó el pelo mojado sobre la almohada.

Sentía que el mundo se alejaba y, por suerte, el sueño se apoderó de ella, ofreciéndole el misericordioso olvido que tanto necesitaba.

Capítulo 9

CESARE besó la mano de Francesca en un cortés gesto de saludo. Había viajado a Estados Unidos esa mañana para visitar a su prometida y, al verla en su ambiente de trabajo, y no como invitada en el *castello*, le había parecido muy… americana.

Allí no era *Donna* Francesca sino la doctora Ristori. El aristocrático *delle* había sido abandonado y ella estaba claramente en su elemento entre sus sesudos colegas.

Pero la conversación durante la cena que ella había organizado en su apartamento del campus para presentarle a sus amigos había sido incomprensible para Cesare, que no sabía nada de astrofísica.

Verla con sus colegas, hablando inglés con acento americano, tan cómoda en esa atmósfera académica, hizo que volviese a preguntarle sobre su decisión de contraer matrimonio.

¿Había vacilado Francesca por un momento? Aunque fuera así, sus palabras lo negaron.

–Me has asegurado que podré trabajar y eso es lo más importante. ¿Y tú, Ces? Mis espías me han contado que mi llegada interrumpió algo.

Él permaneció en silencio durante unos segundos.

–Lo que interrumpiste ha terminado, Francesca –dijo después.

–¿Estás completamente seguro?

Cesare había esperado unos segundos, notando los latidos de su corazón. ¿Cuántos latidos? ¿Dos, tres, más? Los suficientes para recuperar el necesario control.

–Ella va a casarse con otro hombre y le deseo lo mejor.

Cuando descubrió el compromiso de Carla con Vito Viscari fue como si le clavasen un puñal. Recordó el pellizco que había sentido esa noche, en el restaurante, al percatarse del afecto con que hablaba de su primo.

«¿Es por eso por lo que va a casarse con Viscari, como yo voy a casarme con Francesca?». «¿Se trata de un viejo afecto, nacido de muchos años de familiaridad, un matrimonio de conveniencia para

los dos?».

¿Entonces cómo podía censurarla? ¿Y qué justificación había para el dolor que sintió al saber de su compromiso?

No servía de nada y no tenía justificación. No había sitio para Carla en su vida.

Ahora, de vuelta en Roma, estaba en una fiesta, aceptando las felicitaciones de amigos y conocidos. Su anfitriona era Estella Farese, una vieja amiga con la que se había encontrado alguna vez mientras salía con Carla.

La guillotina cayó de nuevo. No recordaría a Carla. La expulsaría de su memoria porque mirar atrás era una pérdida de tiempo. Había tomado una decisión irrevocable y Carla también lo había hecho.

¿Se habría casado ya? Viscari no habría querido retrasarlo. Sin duda, habría querido tener las acciones en sus manos lo antes posible.

Y eso era bueno, ¿no? Era bueno que Carla hubiera seguido adelante con su vida. Y si había decidido casarse con su atractivo primo, propietario de una lujosa cadena hotelera, a la que ella contribuía con la mitad de las acciones, entonces Vito Viscari era el hombre perfecto para ella, de modo que no podía poner objeciones.

«Pero cuando pienso en Carla con Viscari o con cualquier otro hombre…».

La voz de su anfitriona interrumpió sus sombríos pensamientos.

–¡Cesare! Qué alegría verte –lo saludó Estella–. Cuéntame cómo está mi querida Francesca.

–Está muy bien, gracias.

–Cuánto me alegro de que por fin os hayáis comprometido. Es una chica brillantísima.

Estella tomó su brazo, guiándolo hacia el otro lado del salón.

Pasaron frente a un grupo de mujeres en animada conversación que dejaron de hablar de repente, como sorprendidas al verlo, pero la conversación siguió cuando las dejaron atrás.

–¡Abandonada frente al altar! En serio, yo estaba allí, querida. Lo vi todo. Vito se negó a casarse con ella.

Cesare escuchó una risa muy poco amable.

–Él quería las acciones, pero no a la hijastra.

–No, no, fue ella quien se echó atrás –intervino otra mujer–. Estuvo a punto de desmayarse. Vito casi tuvo que llevarla en brazos. Yo creo que… –la mujer bajó la voz, pero no tanto como para que el comentario no llegase a oídos de Cesare– no quiso casarse con Viscari porque prefería hacerlo con…

–¿Cómo iba a hacerlo? –la interrumpió una voz maliciosa,

despreciativa–. Cesare y Francesca están prometidos desde que eran niños.

Estella levantó la voz para ahogar el coro de voces de las chismosas, preguntándole sobre su viaje a Estados Unidos, sobre su próxima boda, sobre si Francesca seguiría trabajando después de casarse.

Cesare respondía sin pensar porque en su cabeza había explotado una bomba.

«Carla no se ha casado».

Esas palabras se repetían como un disparo.

«No se ha casado».

Seguía dándole vueltas a ese pensamiento cuando se marchó de la fiesta, agotado de recibir felicitaciones y parabienes. Y, sobre todo, de escuchar comentarios indiscretos y despiadados.

Una novia plantada ante el altar, una novia a punto de desmayarse. Una madre histérica, dos madres histéricas, y toda Roma observando el espectáculo.

«Carla no se ha casado».

Una vez en su apartamento, esa frase seguía dando vueltas en su cabeza. Cesare atravesó el salón para servirse una copa.

«Carla no se ha casado con Viscari».

Inquieto, fue a la habitación que usaba como estudio. Necesitaba una distracción y encendió el ordenador.

¿Y qué si no se había casado con Viscari? ¿Qué le importaba a él? Nada, nada en absoluto. Carla ya no era nada para él.

Había tomado su decisión, la había apartado de su vida. No podía hacer otra cosa, no tenía elección.

«No podría tenerlas a las dos, ese tiempo ha pasado».

Cesare hizo una mueca mientras se pasaba una mano por la cara, viendo dos imágenes en su mente.

Francesca delle Ristori, la mujer con la que iba a casarse.

Carla Charteris, la mujer a la que había apartado de su vida.

Carla.

Fue como si se hubiera abierto un dique. Las imágenes de Carla aparecieron en su mente…

Más que imágenes, peor que imágenes.

Recuerdos, vívidos, tangibles, indelebles.

Carla nadando con él a medianoche en la piscina, sus cuerpos desnudos brillando bajo las estrellas.

Los miembros de Carla enredados con los suyos, su espalda arqueada mientras gritaba de gozo.

Carla sonriéndole desde el otro lado de la mesa, contándole

cosas sobre Luciezo, Tintoretto o Miguel Ángel, algún detalle que él desconocía.

Carla sacudiendo su pelo mientras él conducía por la *autostrada* hacia la villa en Lacio para pasar unos días juntos, para disfrutar de unas noches llenas de pasión…

Eso ya solo era un recuerdo. Ahora y para siempre, durante el resto de su vida.

Como tenía que ser.

Desesperada, urgentemente, intentó pensar en Francesca, la mujer con la que iba a casarse, la mujer que era perfecta para él en todos los sentidos. Pero la imagen de Francesca no quería ser conjurada. Solo podía ver el pelo castaño, los ojos azul-violeta, esa boca tan sensual que podía sonreír, besar o gemir de pasión…

«No se ha casado con él».

Se movió en la silla, inquieto. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que la vio. Pero estaba allí, tan cerca. Al otro lado de la ciudad, a un kilómetro o dos. ¿Cuántas veces había ido a su apartamento durante esos seis meses? ¿Cuántas veces había puesto las manos sobre sus hombros, atrayéndola hacia él para saborear el sensual néctar de sus besos, excitándola y excitándose?

Carla, con sus ojos azul-violeta, sus sensuales labios, sus generosos pechos, su largo y lustroso pelo oscuro que a él le encantaba enredar entre sus dedos mientras la poseía… estallando en llamas de pasión que los quemaban a los dos. Carla, que estaba solo a unos metros de allí.

Carla, a quien había apartado de su vida para cumplir con su deber. Carla, que nunca podría ser más de lo que había sido para él.

Carla, que había pensado casarse con un hombre que no era nada para ella solo para redistribuir un puñado de acciones.

Cesare hizo una mueca. Se había dicho a sí mismo que tenía derecho a casarse con Viscari, incluso había aplaudido esa decisión. Se alegraba de que quisiera rehacer su vida como esposa de su primo. Intentaba convencerse de que ese matrimonio tenía sentido, que era lógico, como lo era el suyo con Francesca.

Podía decirse a sí mismo todo lo que quisiera.

Era mentira. Una burda mentira para esconder por qué había dado tal paso.

No era por las acciones por lo que había estado a punto de casarse con Vito Viscari. Lo había hecho por una única razón y él lo sabía.

«Lo hizo para castigarme por haberla dejado como lo hice. Porque la aparté de mi vida».

Esa era la razón, la única razón.

Cesare experimentó una emoción salvaje, poderosa, que lo empujó a salir del apartamento.

Con un claro destino en mente.

Carla se balanceó de un lado a otro, su cuerpo sacudido por el dolor.

Veinticuatro horas. ¿De verdad solo habían pasado veinticuatro horas desde que cayó en el bendito olvido del sueño para bloquear los horrores del día anterior?

Apretó los puños, clavándose las uñas en las palmas de las manos. Agradeció el dolor porque lo merecía. Lo merecía por ser tan cretina, tan idiota.

«Pensar que casarme con Vito salvaría mi orgullo herido, que permitiría que me enfrentase con el hombre que me apartó de su lado como si no fuera nada para él».

Se sentía mortificada, amargada, llena de remordimientos.

Merecía lo que Vito le había hecho. Merecía su negativa a ser chantajeado para que tomase parte en esa farsa.

Entró en la cocina y llenó de agua la tetera. Tomaría un té y se obligaría a comer algo, a pesar del nudo que tenía en el estómago. A pesar de que el futuro que había frente a ella era vacío y desolador.

Se iría de Roma, tenía que hacerlo. Y su madre se iría también. Ninguna puerta se abriría para ella, Lucia Viscari se encargaría de que así fuera. ¿Quién recibiría a una mujer que había vendido el legado de su marido al rival de la familia solo para castigar al hombre que había dejado plantada a su hija ante el altar? No, se irían a España o a cualquier otro sitio. ¿Qué otra cosa podían hacer?

El sonido del timbre hizo que diera un respingo. Oh, no, su madre otra vez. Se había ido unas horas antes, encolerizada contra Vito y jurando vengarse.

Carla había intentado detenerla.

–¿Es que no lo entiendes, mamá? Me he portado de una forma despreciable. Nada de esto es culpa de Vito y si vendes tus acciones a Nic Falcone cometerás un grave error. Véndeselas a Vito, como te ha rogado desde que Guido murió.

Pero, empujada por la ira maternal, Marlene hizo oídos sordos a sus súplicas y ella no pudo hacer nada.

El timbre volvió a sonar de forma insistente y, por fin, Carla abrió la puerta

Se quedó atónita cuando Cesare entró en el apartamento. Verlo fue como un seísmo, una catástrofe a cámara lenta. No podía respirar y tuvo que agarrarse a la pared, mareada.

–Vete de aquí –le espetó, casi sin voz.

Cesare pasó a su lado y se volvió para mirarla mientras ella se agarraba al escote del kimono como si fuera un salvavidas.

–He dicho que te vayas.

Cuando Cesare la miró había fuego en sus ojos.

–¿De verdad ibas a casarte con él? ¿De verdad pensabas hacerlo?

–¡Sí! –respondió Carla, su voz un agudo silbido.

Ver a Cesare allí, en su apartamento, a unos metros de ella, era una tortura.

–Los chismosos no son capaces de entender qué pasó ayer. Si Vito te dejó a ti o tú lo dejaste plantado a él –Cesare hizo una pausa–. ¿Qué pasó?

Ella soltó una amarga carcajada.

–¿Tú qué crees? Ya debería estar acostumbrada a que me dejen –levantando la barbilla, cerró el escote del kimono. Pero no tenía que hacerlo, ¿no? Cesare ya no la deseaba, nunca volvería a desearla–. Así que márchate. Sal de mi apartamento y de mi vida, márchate ahora mismo.

Pero Cesare no se marchó. Al contrario, dio un paso hacia ella.

Debería apartarse, huir. Esconderse en el dormitorio.

Pero no podía moverse.

–No deberías haber aceptado esa boda –dijo Cesare con voz ronca–. Cuando vi el anuncio en la prensa, yo… –no terminó la frase. No podía hacerlo porque una oscura emoción se lo impedía–. No deberías haber aceptado esa boda –repitió.

Intentó conjurar la imagen de Francesca, pero no era capaz. Intentó decir su nombre, pero se le atragantaba. Había otro nombre que necesitaba pronunciar.

El nombre de la mujer que estaba frente a él, mirándolo con los ojos abiertos de par en par, apretando el escote del kimono de forma convulsiva. Un kimono que él conocía bien, de seda salvaje, azul verdoso con un estampado del mismo tono violeta que sus ojos. Se lo había dicho una vez mientras la desnudaba, dejando que el kimono cayera al suelo.

Dio un paso hacia ella, levantando las manos para acariciar la sedosa tela. Sintió que Carla temblaba, vio que cerraba los ojos y que sus pestañas estaban húmedas.

–Carla…

Había pronunciado su nombre, el nombre que debía pronunciar.

Puso una mano sobre su hombro y acarició su clavícula con la otra, notando que cedía ante sus caricias. Y solo ante las suyas.

«Nadie más, ningún otro hombre puede tocarla».

Su corazón latía como un percusor, impidiéndole pensar. No podía estar sin ella. Esa noche no.

Por eso estaba allí, para hacer que esos recuerdos fuesen algo real de nuevo.

Levantó su barbilla con un dedo y cuando Carla abrió los ojos en ellos había un brillo de terror. Y algo más que terror.

–No hagas eso –musitó.

Él sacudió la cabeza.

–Entonces dime que me vaya. Me lo has dicho antes, dímelo ahora, Carla. Dime que me vaya, que me aleje de tu vida.

Ella no podía hablar, solo podía mirarlo en silencio.

El pulso latía en su garganta mientras enterraba los dedos en su largo pelo, sujetándola para él solo. Solo para él.

–Dime que me vaya –repitió una vez más.

Pero ella no podía hacerlo. No podía hacer nada en absoluto. Se limitó a entreabrir los labios, impotente cuando él inclinó la cabeza para apoderarse de ellos.

–Quiero una última vez –dijo Cesare con voz ronca, sus ojos como el fuego–. Una última vez para demostrarte por qué no deberías casarte con otro hombre. Con ningún otro hombre.

–Cesare…

Él metió una mano por el escote del kimono, dejando al descubierto uno de sus pechos.

–Dime que me vaya o dime que me quede. O no digas nada –susurró, acariciando la curva de su pecho, tan generoso y maduro, sintiendo que el pezón se excitaba bajo sus dedos.

El momento de hablar había pasado y abrió sus labios con la lengua, apretando su pecho, acariciando suavemente la ardiente carne.

Un gemido de impotencia escapó de la garganta de Carla.

No podía hablar, no podía protestar. Solo podía hacer lo que cada célula de su cuerpo le pedía que hiciera.

Enredó las manos en su espalda, empujando sus caderas hacia él, sintiendo el ardor de su cuerpo y la respuesta de Cesare.

Y entonces la pasión se apoderó de los dos.

Carla se movía lentamente, como saliendo de un letargo. Se quedó inmóvil un momento mirando el rostro de Cesare,

profundamente dormido. Lo miró durante largo rato, sintiéndose enferma.

Lenta, muy lentamente, saltó de la cama. En silencio, buscó su ropa y salió del dormitorio a la tenue luz del amanecer. Su corazón latía acelerado y tenía el estómago revuelto, pero siguió adelante, como impelida por una fuerza a la que no podía resistirse.

Se detuvo un momento en la puerta del dormitorio para mirar la figura postrada en la cama: la fuerte espalda, los marcados músculos…

Se llevó una mano a la boca para contener un sollozo y luego, haciendo acopio de fuerzas, dio media vuelta.

Salió del apartamento.

Se marchó de la ciudad.

Huyó para salvar su vida.

Capítulo 10

CARLA, sentada en la terraza de la enorme villa recién comprada por su madre en una zona exclusiva de la costa, disfrutaba la caricia del cálido sol español. Le parecía una eternidad desde que estuvo en Roma, pero solo habían pasado unos meses desde que huyó de allí como una criatura herida.

Una expresión atormentada nubló sus ojos, pero no debía pensar en ello y, decidida, tomó el periódico para leer las páginas de economía.

Carla torció el gesto. Había una noticia sobre los hoteles Viscari, algo sobre una tensa reunión del consejo de administración, con Nic Falcone, ahora copropietario de la cadena, escogiendo los hoteles que más le gustaban, desmembrando la herencia de Vito.

¿Cómo había podido hacerle eso?, se preguntó, llena de remordimientos.

Su alma se había retorcido por el tormento del rechazo de Cesare, por la humillación de saber que solo había sido lo que su madre había temido que fuera. Nada más que una amante que sería apartada en el momento que su aristocrática prometida lo llamase.

Cerró los ojos, luchando contra la emoción que la embargaba. ¿De qué servía recordar? Había sido una tonta al enamorarse de él, al pensar que podría haber un final feliz, que su amor por Cesare sería correspondido.

Y más tonta aún por dejar que entrase en su apartamento esa última y desastrosa noche, después de que Vito la dejase plantada ante el altar.

Y ahora…

Carla soltó el periódico y se pasó una mano por el abdomen para controlar una oleada de náuseas.

Dios santo, qué ingenua había sido.

–Carla, cariño, ahí estás.

Marlene salió a la terraza y se detuvo para mirar a su hija.

–¿Cómo te encuentras esta mañana?

–Estoy bien, mamá.

–¿De verdad? –insistió su madre, preocupada.

–Acabo de leer otra noticia sobre Viscari y Falcone.

–Carla…

Ella levantó una mano.

–No digas nada. Nunca vamos a ponernos de acuerdo sobre esto, pero sé que traté a Vito de una forma horrible –Carla tomó aire–. Tengo que volver a Roma para pedirle perdón y, además, quiero poner en venta mi apartamento. No pienso volver a Italia nunca más, así que no tiene sentido conservarlo.

No le contaría a su madre lo que pensaba hacer, pero ya que se había beneficiado tanto de la venta de la acciones al rival de los Viscari, le daría a Vito el dinero de la venta de su apartamento, comprado después de todo con el dinero de Guido Viscari. No sería mucho, pero era lo único que podría ofrecerle.

–Cariño, ¿estás segura de que quieres volver a Roma?

–No quiero, pero debo hacerlo.

Esa era la frase que se repetía a sí misma mientras viajaba a Roma y mientras entraba en el edificio de la cadena Viscari, con los empleados mirándola sin disimular su hostilidad.

Vito estaba muy serio cuando entró en su despacho y cerró la puerta tras de sí.

–¿Qué quieres, Carla?

–No sabes cuánto lo siento, Vito. Me avergüenzo de mí misma. Dejé que la tristeza por lo que había pasado con Cesare me consumiera y me porté de una forma imperdonable –empezó a decir, tragando saliva–. Contigo y con tu novia. Espero que lo hayas solucionado.

–No ha sido posible –respondió él.

–Lo siento, de verdad. ¿Serviría de algo que yo hablase con ella, que le pidiera disculpas por lo que hice?

–No sé dónde está Eloise. Ha desaparecido. La he buscado desde entonces, pero… –su primo no terminó la frase.

–No sabes cuánto lo siento –repitió Carla. No sabía qué decir, pero en el tono de Vito reconocía la misma tristeza que había en su alma–. Yo no sabía lo importante que era para ti. En fin, tú siempre…

Él la interrumpió con la mirada.

–Sí, lo sé, siempre llevo alguna rubia del brazo –le dijo, repitiendo las palabras que ella había pronunciado aquella tarde, cuando lo retó a decir que no estaban prometidos–. Pero Eloise… –de nuevo, Vito dejó la frase a medias y Carla vio en su rostro algo

que reconocía demasiado bien–. Eloise era diferente y quería pasar más tiempo con ella para descubrir si era la mujer de mi vida, pero ahora ya no lo sabré nunca.

La tristeza que había en su voz le rompió el corazón.

–Vito, deja que te ayude a buscarla. Tiene que haber alguna forma, tiene que haberla.

–¿Cómo? No responde a mis llamadas ni a mis mensajes, no tengo su dirección en Londres porque trabaja como niñera. He contratado a un investigador privado, pero no ha encontrado nada, absolutamente nada. Se ha esfumado.

A Carla se le ocurrió una idea.

–Aunque tú no puedas encontrarla, tal vez la prensa pueda hacerlo –le dijo, desesperada por expiar su pecado y hacer las paces con el primo al que había tratado de forma tan bochornosa–. Tengo amistad con la editora de una revista de tirada internacional que publica noticias sobre famosos. Siempre he sido discreta, pero en esta ocasión…

Cuando le explicó su idea, Vito pareció entusiasmado.

–¿Crees que habría alguna posibilidad?

–Merece la pena intentarlo, ¿no crees? Una fotografía de los dos y un titular que diga: *Ayúdame a encontrar a mi maravillosa Eloise.* Esas revistas tienen millones de lectores.

–¿Puedes llamarla ahora mismo?

Carla sonrió. La primera vez que sonreía en mucho tiempo.

–Por supuesto.

Cinco minutos después, volvía al despacho de Vito.

–Ya está.

–Gracias –murmuró él, emocionado.

–No me des las gracias, por favor. Después de lo que te hice no sé si podré perdonarme a mí misma. Estaba tan rota, tan desolada…

No pudo terminar la frase y Vito le pasó un brazo por la cintura. Pero entonces, abruptamente, se apartó, mirándola con cara de sorpresa.

–Carla… –dijo, con tono de incredulidad.

Y ella entendió lo que pasaba, lo que él había notado.

–¿Es de Cesare?

Ella se puso colorada.

–Apareció en mi apartamento una noche y yo estaba tan…

–¿Y él lo sabe? –la interrumpió Vito.

–No, y no debe saberlo. Vito, por favor, no debe saberlo.

–Pero tiene que saberlo de inmediato. Antes de que se case.

Carla lo agarró por la manga de la chaqueta.

–No, por favor. Te lo suplico, no podría soportarlo –le rogó.

–Muy bien, lo entiendo –asintió él–. Pero ahora que hemos hecho las paces, creo que deberíamos demostrarle a toda Roma que la pelea familiar ha terminado. Los chismosos no podían decidir quién había dejado a quién, pero quiero demostrarles que al menos somos amigos y, para eso, nada mejor que dejarnos ver juntos en Roma.

Ella lo miró, insegura.

–Bueno, si insistes…

¿Cómo podía negarle nada después de lo que había hecho? Pasear con él por Roma sería un martirio, pero debía hacerlo.

«No me encontraré con Cesare porque no se mueven en los mismos círculos. Además, seguramente Cesare estará en el *castello* organizando su boda».

–¿Qué tal esta noche? –sugirió Vito.

–¿Esta noche? –repitió ella, pálida.

–¿Tienes algo que hacer?

Carla negó con la cabeza.

Esa noche, mientras se miraba al espejo, lo último que deseaba era salir y ver gente, pero se lo debía a Vito. De modo que, ignorando el nudo que tenía en el estómago, se miró en el espejo por última vez, pasando la mano por el elegante y discreto vestido de color índigo y atusándose el pelo.

Poco después recibió un mensaje de Vito diciendo que estaba abajo y salió del apartamento.

Había pasado la tarde con su agente inmobiliario, su abogado y buscando una empresa de mudanzas para llevar sus cosas a España. Pensaba darle a Vito el dinero de la venta del apartamento. No era mucho comparado con las pérdidas que había sufrido gracias a su madre, pero era lo mínimo que podía hacer.

Estaba tan perdida en sus pensamientos que no prestó atención al sitio al que la llevaba, pero cuando entraron en el recargado edificio donde tenía lugar una cena a beneficio de un museo de antigüedades, de repente se quedó inmóvil.

–¡Es el *palazzo* Mantegna!

–Por eso te he traído –asintió él–. Cesare es patrono del museo.

Ella intentó darse la vuelta, pero Vito se lo impidió.

–Tiene que saberlo, Carla.

Cesare estaba hablando con otro patrono del museo, aunque no sentía la menor inclinación de estar allí.

Francesca seguía en Estados Unidos, preparándose para su regreso a Italia y para convertirse en su *contessa*. Se alegraba de su

ausencia porque no podía enfrentarse con ella después de lo que había hecho. Aún no podía creer que hubiese cometido tal locura.

¿Locura? ¿Eso había sido su arrebatada e irresponsable noche con Carla? Cesare apretó los labios, furioso y avergonzado de sí mismo.

«Fui a su apartamento con el anillo de Francesca en el dedo. Y, sin embargo, la acusé de estar dispuesta a casarse con otro hombre, como si fuera ella quien me hubiese traicionado».

Se había comportado de una forma imperdonable con la mujer con la que iba a casarse y con la mujer con la que nunca podría casarse. A la que nunca más podría poseer. A la que no podría volver a ver.

«La he perdido para siempre».

Sintió algo en su interior, como si la punta de un cuchillo se hubiera roto en sus entrañas. Se quedaría alojada ahí para siempre. El tejido cicatricial crecería alrededor, pero seguiría allí siempre, una herida que no curaría nunca.

–Señor conde…

Lo llamaban a la tarima para que dijese unas palabras y en cuanto terminase se iría de allí. Al día siguiente volvería al *castello* para preparar la llegada de su prometida.

Recordó entonces una velada similar a aquella, la inauguración de la galería de arte a la que había prestado el tríptico. La noche que conoció a Carla Charteris.

Casi podía verla en ese momento, con el vestido de cóctel de color azul cobalto, su esbelta figura encendiendo sus sentidos.

Miró a los invitados que se movían por el palaciego salón de sus antepasados… y su mirada se detuvo de repente.

No, tenía que ser su imaginación. No podía ser.

Sin pensar, sin notar que la gente se apartaba a su paso, se dirigió hacia ella.

Carla lo había visto también. Lo notó en la palidez de su rostro, en sus ojos abiertos de par en par. Nerviosa, apretaba el brazo del hombre que iba a su lado.

Vito Viscari.

Un gruñido silencioso, primitivo, escapó de su garganta. Cesare experimentó por primera vez en su vida una oleada de celos.

Viscari dio un paso adelante, como para proteger a Carla, que estaba pálida y seria. Luego, de repente, empezó a doblarse sobre sí misma…

Unas voces masculinas, furiosas y agitadas, penetraron en la niebla de su cerebro. Carla se dio cuenta de que estaba

precariamente sentada en una silla, dentro de una pequeña alcoba, y que Vito y Cesare estaban a su lado.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Cesare con gesto de preocupación.

–No –respondió Vito por ella–. No se encuentra bien.

El corazón de Carla parecía a punto de salirse de su pecho.

–¿Qué le ocurre?

Vito iba a responder, pero ella apretó su brazo.

–No, por favor –le suplicó. Tenía que detenerlo.

Pero Vito parecía furioso, encolerizado. Se había acercado a Cesare y lo fulminaba con la mirada.

–Vas a tener que alterar tus planes de matrimonio, Mondave. Carla está embarazada.

Cesare tomó la *autostrada*, en dirección a la villa de Lacio. A su lado, Carla iba en silencio, recordando ese primer fin de semana, cuando la llevó a su precioso nidito de amor.

«Pensé que podía manejar una aventura con Cesare, que sería una relación civilizada, sensual, para disfrute de los dos».

Qué equivocada había estado. Era la mayor locura que había cometido en su vida.

Enamorarse de Cesare di Mondave, conde de Mantegna, un hombre que jamás podría casarse con ella…

Salvo que ahora estaba dispuesto a hacerlo.

La ironía era insoportable. Tan insoportable como las palabras de su primo o el explosivo arrebato de Cesare. Los dos hombres la habían ignorado hasta que un gemido escapó de su garganta y entonces, de repente, los dos corrieron a su lado.

Carla los había apartado, enfadada.

–Dejadme en paz, los dos.

Cesare y Vito habían intercambiado una mirada. Cesare había dicho algo que no había entendido y Vito asintió con la cabeza.

–Espero que lo hagas –le había dicho con tono seco.

Cesare la miró con gesto inexpresivo. Parecía estar a miles de kilómetros de allí.

–Tendremos que hacer los arreglos necesarios –le había dicho–. Iré a buscarte mañana. Hasta entonces…

Después de intercambiar una mirada con Vito se dio media vuelta. Había sido su primo quien la llevó al apartamento. Carla iba en silencio, con los labios apretados, hasta que la dejó en casa.

–No voy a casarme con Cesare –le espetó entonces.

–Cesare me ha dado su palabra de que lo hará. Por el momento, eso es suficiente.

Por la mañana, Cesare había ido a buscarla. Carla había observado cómo miraba el apartamento. Sabía que estaba recordando su último encuentro, cuando la retó a pedirle que se fuera. Cuando ella no pudo hacerlo.

«Y estas son las consecuencias».

Le daban ganas de reír histéricamente. Sin decir apenas una palabra, Cesare había tomado su maleta y la había acompañado al coche.

Quería volver a España con su madre y, sin embargo, allí estaba, en el deportivo de Cesare, de vuelta al sitio donde había empezado todo y donde él se vería obligado a pedir en matrimonio a su amante embarazada.

–¿Estás bien? –le preguntó él, con tono amable, distante–. Puedo poner el aire acondicionado.

–Estoy bien, gracias –respondió ella, en el mismo tono.

Cesare siguió conduciendo en silencio.

Lorenzo los recibió cuando llegaron a la villa y Carla se alegró de verlo porque su presencia hacía que se sintiese protegida. Pero después de servir el almuerzo Lorenzo se marchó y, de nuevo, estaba a solas con Cesare. Lo vio levantar su copa de vino y luego dejarla sobre la mesa, sin tocarla, mirándola con una expresión indescifrable.

Le dolía verlo así. Le dolía mirar esas facciones que una vez habían sido tan familiares para ella. Ahora era el rostro de un extraño y no podía soportarlo.

–¿Me habrías dicho que estabas embarazada si tu primo no hubiera intervenido? –le preguntó Cesare entonces.

–No –respondió ella.

Algo brilló en los ojos oscuros.

–¿Por qué no?

Carla se encogió de hombros.

–¿Para qué? Estabas prometido con otra mujer. Sigues estándolo.

–Deja que yo me encargue de hablar con mi… antigua prometida –dijo Cesare–. Debes entender que esto no será fácil para ella. Esta situación no es culpa suya y no quiero hacerle daño.

Lo vio levantar la copa de nuevo y en esa ocasión sí tomó un largo trago.

–Una vez que haya hablado con Francesca, y por cortesía también con sus padres, nuestro compromiso será formalmente anunciado. Hasta entonces, te agradecería que no dijeses nada. Y,

por la misma razón, te pediría que te quedases aquí, en la villa, hasta que yo sea libre para formalizar mi compromiso contigo.

Carla se limitó a asentir con la cabeza.

Cesare apretó los labios. Una emoción crecía en su pecho, pero la sujetó con mano de hierro. Era esencial que lo hiciese. La vio tomar el tenedor y empezar a comer. No parecía embarazada. Claro que solo estaba en el segundo trimestre.

Se le hizo un nudo en el estómago.

«Está esperando un hijo mío, un hijo del que nunca hubiera sabido nada. Me habría casado con Francesca, habría formado una familia con ella mientras Carla criaba sola a nuestro hijo, un hijo nacido fuera del matrimonio».

Cesare pensó en su antepasado, el conde Alessandro, flanqueado por las dos mujeres en su vida: su mujer, la madre de su heredero, y su amante, que esperaba un hijo ilegítimo.

«Ese no seré yo. Nunca».

Sus emociones parecían querer liberarse, pero él sostuvo las riendas con mano firme. Debía ser práctico. Su mundo acababa de ponerse patas arriba y tenía que lidiar con ello.

Olvidando todo lo demás.

Olvidando los recuerdos que lo asaltaban tan a menudo. Carla y él solían ir a la villa para estar juntos, relajados, lejos de todo, disfrutando en la cama y fuera de la cama. Disfrutando de su aventura.

Una aventura que había terminado porque él se debía a sus responsabilidades familiares y estaba comprometido con otra mujer.

Un compromiso que ahora, gracias a su imperdonable comportamiento la noche que fue al apartamento de Carla, empujado por sus propios demonios, tenía que anular. Un compromiso superado por uno nuevo, con el hijo que Carla estaba esperando.

¿Solo con su hijo?

No quería pensar en eso. Aún no.

De nuevo, sujetando con mano firme las riendas de sus emociones, miró a Carla, tan pálida y silenciosa.

¿Cuántas veces habían comido juntos allí, sonriendo, charlando, mirándose a los ojos?

Sin embargo, sus ojos parecían de hielo en ese momento.

¿Qué podían decirse?

«¿Cómo podremos volver a hablar como lo hicimos una vez?». «¿Cómo vamos a sentirnos cómodos el uno con el otro?».

–¿El embarazo va bien? –le preguntó, interrumpiendo tan tristes

pensamientos.

–Perfectamente –respondió ella, con tono helado–. Algunas náuseas, pero nada más. El próximo trimestre será más fácil.

–Me alegro. ¿Te has hecho ya alguna ecografía?

–No, aún no.

–Tal vez deberías. ¿No tienes que hacerte alguna otra prueba?

–Hablaré con el ginecólogo.

–Muy bien.

«¿Muy bien?». Esas palabras parecían reírse de ella porque nada estaba bien. Sentía náuseas, pero no a causa del embarazo. Eran unas náuseas que provenían de un sitio más profundo, pero hizo un esfuerzo para seguir comiendo.

Después de comer tomaron café en la terraza, bajo una sombrilla, viendo cómo el sol se reflejaba en el agua de la piscina.

–¿Puedes hacer ejercicio? –le preguntó él.

–Todo el que quiera. Nadar es lo mejor, especialmente a medida que se acerque la fecha.

Carla miró la piscina y Cesare hizo lo mismo.

«¿También él estará recordando cómo nadábamos juntos, desnudos, bajo las estrellas?».

La emoción era como una lanza entre las costillas.

Nerviosa, Carla sirvió el café, como había hecho tantas veces, ofreciéndole la delicada taza de porcelana con su cucharilla de plata con el escudo familiar. Él esbozó una sonrisa tensa mientras cruzaba una pierna sobre otra.

–Podemos hacer que esto funcione, Carla. Solo tenemos que… ponerle empeño –dijo, con tono decidido.

Ella se llevó la taza a los labios antes de volver a dejarla sobre la mesa.

–¿Cómo va a funcionar? Te casarías con tu amante –le espetó luego, tan tensa que parecía a punto de romperse como un cable soportando una tensión insoportable.

–Nunca fuiste mi amante, no digas eso –replicó él de forma automática, instintiva–. Tuvimos una aventura, una relación, pero…

Carla cerró los ojos, intentando llevar oxígeno a sus pulmones. Ella terminaría la frase. Diría la verdad, una verdad que siempre había marcado los términos de su relación.

–Pero casarte conmigo nunca fue una posibilidad y sigue sin serlo, Cesare. Estoy dispuesta a irme a España con mi madre. Nunca volveré a Roma. Si quieres pagar la manutención de nuestro hijo, de acuerdo, pero no necesito tu dinero. Firmaré un documento renunciando a reclamar tus propiedades o las de tus herederos.

En su corazón parecía haber un nudo que se hacía más duro e inflexible con cada segundo.

«Tengo que decirlo. Debo decirle que no quiero este matrimonio».

«No quiero un matrimonio forzado».

¿De verdad había esperado que Cesare se enamorase de ella? Esa última noche, cuando se mostró tan diferente, había pensado que era así, que estaba empezando a reconocer lo que significaba para él.

Pero solo era una carga, una obligación, un deber que debía cumplir.

–No, eso es imposible. De ninguna manera –dijo Cesare. Se llevó la taza a los labios con un gesto algo nervioso, y volvió a dejarla luego sobre la mesa–. Una vez podría haber sido aceptable tener una segunda familia, un acuerdo informal, pero en nuestros días sería una deshonra.

–Es justo lo contrario. Ya no es un oprobio tener hijos fuera del matrimonio. No tenemos que casarnos solo para guardar las apariencias como…

No terminó la frase. Una sensación de fatalismo la paralizaba.

«Como mis padres».

–Ningún hijo mío nacerá fuera del matrimonio –anunció Cesare. Carla lo miró, sintiendo una opresión en el pecho, pero no dijo nada–. Cuando podamos anunciar formalmente el compromiso, irás al *castello* y te alojarás allí. Nos casaremos en la capilla y…

–¡No! –lo interrumpió ella con tono desafiante–. Será una ceremonia civil, nada más. De ese modo podremos divorciarnos y no habrá ningún impedimento para tu futuro matrimonio.

Cesare frunció el ceño.

–¿Qué estás diciendo?

–Lo que debo decir. Si tenemos que hacer esto, intentemos hacer el menor daño posible.

Suspirando, pasó los dedos por su frente. Sentía calor a pesar de estar a la sombra. ¿Cómo podía tomar parte en aquella terrible farsa?

–No podemos hacer otra cosa. Un matrimonio civil legitimará a nuestro hijo, pero luego nos divorciaremos.

–Mi hijo debe ser criado con todos los beneficios y responsabilidades de su apellido.

–Entonces, esperemos que sea una niña. Eso lo resolvería todo, ¿no? Si fuera una chica crecería conmigo y tú serías libre para casarte y tener un heredero con tu prometida. ¿No sería lo mejor?

Él la miraba con una expresión extraña, pero no porque fuese velada sino porque no la había visto antes.

–¿Tan repulsiva te parece la idea de casarte conmigo? –le preguntó.

Carla bajó la mirada. ¿Qué podía decir?

«Sería insoportable estar casada contigo. Amarte tanto y saber que solo soy una carga para ti. Alguien a quien no quieres, con quien has tenido que casarte porque está esperando un hijo tuyo».

Tuvo que hacer un esfuerzo para volver a mirarlo.

–No más que para ti –dijo en voz baja.

–No veo por qué tiene que ser repulsivo. Después de todo, hemos estado juntos durante seis meses y sabemos que somos compatibles. Ninguno de los dos se aburre con el otro.

Cesare recordó entonces a Francesca durante la cena que había organizado en Estados Unidos, hablando con sus colegas de cosas que él no entendía. Con Carla siempre había sido diferente.

Sabía que debía controlar sus emociones, pero había una al menos que podía liberar.

–Y, sexualmente, somos más que compatibles.

La miraba con los ojos entornados, con una expresión que Carla conocía bien y que encendió sus mejillas. Nerviosa, dejó la taza sobre el plato y miró anhelante el agua fresca y azul de la piscina.

–Sé que durante los primeros meses no es aconsejable mantener relaciones… –seguía diciendo Cesare.

Carla se levantó de golpe, arrastrando la silla.

–Tengo que echarme un rato –lo interrumpió.

–Por supuesto. Debes descansar.

También Cesare se levantó, intentando controlar sus emociones. O tal vez una sola emoción.

Deseo.

La había deseado desde el momento que puso los ojos en ella y seguía deseándola. Eso era innegable, esa era la emoción con la que se sentía más seguro.

Pero no en ese momento. Dejarse llevar en ese momento del embarazo estaba fuera de la cuestión y por eso, y por tantas otras razones, debía marcharse.

–Tengo que irme. Debo volver al *castello* y estaré fuera varios días. Tengo muchas cosas que solucionar.

Parecía sombrío, desalentado, y ella sabía la razón. Le esperaba la triste y desagradable tarea de contarle a su prometida que su puesto había sido usurpado por una inconveniente amante embarazada.

Experimentaba una sensación de irrealidad. Sin embargo, era real, demasiado real. Iba a casarse con Cesare como había soñado, pero el matrimonio sería una farsa.

«¿Cómo voy a hacerlo?». «Cesare se ve forzado a casarse conmigo, como Vito».

Mareada, se agarró al respaldo de la silla. Cesare llegó a su lado de inmediato y cuando sujetó su brazo sintió el calor de su mano como una marca al rojo vivo.

–¿Te encuentras bien?

Había preocupación en su voz cuando miró su abdomen. Solo una ligera curva indicaba el embarazo. Apenas era visible. Vito había tenido que abrazarla para darse cuenta.

Vito, a quien había querido usar como una tirita sobre su corazón roto por el hombre que iba a casarse con ella solo porque estaba embarazada. Era una situación insoportable.

–No puedo casarme contigo –empezó a decir–. Obligué a Vito a llevarme al altar usando la amenaza de mi madre de venderle sus acciones a Falcone porque me sentía tan… –Carla tragó saliva, intentando encontrar las palabras–. Humillada. Tan humillada, Cesare –repitió–. Cuando estábamos juntos intenté ser la mujer que tú querías que fuera. Nunca te exigí nada –hizo una pausa, recordando aquel terrible momento, cuando le dijo que no volverían a verse–. Y sé que tú no me diste razones para esperar nada más, pero yo…

No podía seguir hablando. Había estado a punto de decir lo que nunca, jamás, debería decirle porque sería la mayor humillación para ella, la mayor carga para él.

«Cesare no debe saber que lo amo».

Él dio un paso adelante, pero luego se detuvo. En su rostro vio la misma expresión que no había entendido antes. Y que seguía sin entender.

–Me porté de un modo brutal esa mañana –empezó a decir–. Sé que es imperdonable, pero lo hice porque… no quería separarme de ti. No quería romper nuestra relación, pero me vi forzado a hacerlo. Francesca necesitaba que tomase una decisión.

Vio que levantaba una mano como para tocarla, pero luego la dejó caer, como resignado.

–Tuve que renunciar a ti y no me gustó hacerlo, pero no quería que te sintieras humillada, Carla. No quería hacerte daño –Cesare sacudió la cabeza como para aclarar sus ideas y luego volvió a mirarla–. Siempre te he respetado y sigo haciéndolo. Y si te parezco distante, piensa que esto ha sido una sorpresa para mí. Hace menos

de veinticuatro horas veía mi vida, mi futuro, de una forma completamente diferente.

–Lo siento –dijo ella en voz baja–. Siento lo que ha pasado.

–No es culpa tuya sino mía y acepto la responsabilidad. Mi comportamiento esa noche, cuando descubrí que no te habías casado con Viscari, fue bochornoso. Entiendo que salieras corriendo… –Cesare hizo una pausa–. Pero si no te hubieras ido antes de que despertase, tal vez…

–¿Tal vez qué?

–No es el momento de seguir hablando. Tendremos tiempo más adelante. América está despertando en este momento y tengo que llamar a Francesca, no puedo retrasarlo más –Cesare miró su reloj–. Así que me voy. Te llamaré esta noche.

Carla asintió sin decir nada y volvió al interior de la casa. Con Cesare a su lado, tan cerca y, sin embargo, tan lejos.

Cuando pasó frente al salón miró el elegante sofá tapizado frente a la chimenea.

«Ahí es donde empezó a hacerme el amor esa primera noche, cuando me hizo suya».

Pero él nunca había sido suyo. Nunca. Ni siquiera ahora, cuando estaba dispuesto a casarse con ella por obligación, por el hijo que esperaban. Algo irreal que se volvería real a medida que pasaran los meses, uniéndolos para siempre con un lazo indisoluble, aunque se divorciaran y él volviese a casarse con la aristocrática Francesca.

«Este hijo nos atará para siempre, pero Cesare deseará que no fuera así y yo viviré atormentada por lo que nunca podrá ser».

«Por no tener su amor».

Recordó entonces las imágenes del tríptico, los retratos que habían sido el catalizador de su aventura. El conde Alessandro flanqueado por las dos mujeres de su vida, la campesina con el vestido rojo, que nunca podría aspirar a ser más que su amante, y su pálida y atormentada esposa, atada al conde de por vida, quisiera ella o no.

«Yo seré las dos mujeres; la amante a la que tiene en su cama y la esposa con la que se ha casado para legitimar a su heredero. Ninguna de las dos fue feliz». «¿Cómo podían serlo?».

La amargura la ahogaba mientras recorrían el pasillo con suelos de mármol.

–¿Quieres que te acompañe a tu habitación?

La voz de Cesare interrumpió sus sombríos pensamientos.

–No, no hace falta. Recuerdo el camino.

No había querido ser sarcástica, pero Cesare no pareció darle

importancia porque se limitó a asentir con cabeza.

Tomó sus manos y las apretó ligeramente, mirándola a los ojos.

–Carla, siento muchísimo lo que ha pasado, pero por difíciles que sean las cosas al principio, te doy mi palabra de que intentaré ser un buen marido. He dicho que podemos hacer que esto funcione y sé que es así. El nuestro puede ser un matrimonio civilizado. Que nos divorciemos más adelante o no, ya se verá. Puede que no lo hagamos.

Parecía como si fuera a decir algo más, pero no lo hizo. Carla notó la tensión en su mandíbula, en el rictus de su boca. Estaba intentando controlarse.

–Vete –le dijo, apartando las manos–. No hay nada más que decir.

«Cuidado con lo que deseas».

Una vez había anhelado ser la esposa de Cesare, pero no así. No, así no.

–Muy bien, me voy.

No hubo gestos de despedida. Una vez le hubiera dado un posesivo beso en los labios, como para sellar el encuentro hasta la próxima cita. Ahora estaba esperando un hijo suyo y ese era sello suficiente.

«Salvo que es algo que él no quiere».

–Adiós, Cesare.

No dijo nada más. ¿Qué podía decir? Ahora solo estaban atados por las circunstancias.

Dio un paso atrás, esperando que se fuera, pero de repente, por impulso, él la tomo por los hombros y depositó un beso en su frente.

–Podemos hacer que esto funcione, Carla –murmuró, apretando sus hombros.

Había un brillo intenso en sus ojos, pero luego la soltó y dio media vuelta para salir de la casa y alejarse en el coche.

Carla se quedó inmóvil, escuchando el ruido del motor perdiéndose en la distancia. Y lenta, muy lentamente, se dirigió a la escalera.

¿Cómo iban a hacer que funcionase? ¿Cómo?

Era imposible.

Capítulo 11

CESARE atravesó los jardines que rodeaban la imponente fachada sur del *castello* y tomó un camino entre los árboles para adentrarse en el valle, hacia el riachuelo cuyas aguas chocaban ruidosamente contra las rocas.

Sabía que debería ponerse en contacto con Francesca, pero no podía hacerlo, aún no. En lugar de eso, estaba haciendo lo que había hecho tan a menudo de niño, cuando intentaba distanciarse de su padre, con el que nunca pudo llevarse bien.

Cuando llegó a la orilla del río se apoyó en una roca, mirando el agua, fresca, fría y limpia. Allí, tan a menudo en su infancia, había encontrado refugio de los reproches de su padre mirando los pájaros, tumbado al sol sobre una roca, escuchando el sonido del viento colándose entre los árboles. Sintiendo el profundo lazo eterno que tenía con sus dominios, las tierras que llevaba en la sangre, en los huesos.

¿Cuántos Mondave habrían hecho lo mismo durante todos esos siglos, esperando ocupar el sitio de sus padres, hacerse cargo de su título?

Y ahora, otro Mondave estaba a punto de nacer.

«Carla está esperando un hijo mío, tal vez mi heredero».

El arco del cielo parecía girar sobre su cabeza y respiró profundamente. Ella no era la mujer con la que había pensado casarse, pero en una noche, con un simple acto de tumultuosa consumación, había cambiado su destino. Carla sería su mujer. No Francesca sino Carla, que esperaba un hijo suyo. Carla sería su *contessa*.

Su corazón se aceleró al recordar los días y las noches que había pasado con ella, la sensual intensidad de sus encuentros amorosos, la agradable compañía fuera de la cama.

«No quería despedirme de ella».

Le había dicho la verdad, lo había admitido ante ella y ante sí mismo. Sin embargo, no podía dejar de recordar sus amargas

palabras:

«Te casarías con tu amante».

«¿Es eso lo que quiero?».

¿Pero qué importaba? Sus deseos eran irrelevantes, siempre lo habían sido.

Había cambiado su propio destino y no tenía más remedio que casarse con Carla y despedirse de la mujer a la que siempre había visto en el papel de *contessa*. En su mente, los retratos del tríptico se superponían. Las dos mujeres, amante y esposa, flanqueando a su antepasado. El antepasado que nunca había tenido que cambiar su destino.

El conde Alessandro las tuvo a las dos, la esposa y la amante.

Cesare miró el *castello* con expresión apagada. Su destino era continuar el antiguo linaje de aquella casa.

«Siempre he tenido que seguir el camino que habían marcado para mí. Primero, cumplir con mis deberes para con mi patrimonio, luego con mi deber hacia Francesca y ahora debo casarme con Carla, que está esperando un hijo mío. Nunca he podido elegir».

Lentamente, se levantó de la roca para volver al *castello* y fue directamente a la galería, sabiendo por qué.

El tríptico al fondo de la sala lo esperaba. Se acercó a él y miró el rostro de su antepasado. Orgulloso, había comentado Carla aquella noche, y él había refutado esa opinión. A ella no le había gustado el conde Alessandro porque solo veía en él satisfacción, orgullo y superioridad, como si estuviera por encima de los demás, tomando lo que quería de la vida sin pagar un precio por ello.

Cesare miró entonces a la pálida joven rubia, la mujer con la que se había casado. Con la que había elegido casarse. La joven tenía un rosario entre las manos, un devocionario sobre el regazo. Tenía un conmovedor aire sobrenatural, como si anhelase estar en cualquier otro sitio, como si las penas de su vida fueran insoportables.

Miró el otro retrato, el de la amante. El vestido de satén rojo, las pesadas joyas en el cuello, las rosas sobre el regazo, un símbolo de pasión. Y la curva de su abdomen. El brillo de sus ojos mostraba su conciencia de la ilícita relación con su antepasado.

El conde Alessandro había sido libre de elegir a las dos sin pagar un precio por ello.

Cesare miró el retrato del conde, la mano de largos dedos, tan parecida a la suya, apretando la empuñadura de la espada, el rostro que Luciezo había capturado para la posteridad. Para que lo contemplase él, su descendiente.

Por primera vez vio una sombra en esos ojos oscuros, una

tensión en la esculpida boca. Como si su privilegiada vida no lo complaciese del todo.

Cesare sostuvo la mirada de su antecesor. Como si pudiera adivinar sus secretos, traspasar los siglos para ver dentro del hombre cuya sangre corría por sus venas.

Abruptamente se dio la vuelta y se dirigió a paso rápido hacia la escalera. Entró en la biblioteca, que contenía una vasta colección de tomos encuadernados en piel. Su archivero estaba allí, trabajando en un proyecto de investigación solicitado por el departamento de Historia de alguna universidad.

–¿Hay algún diario personal del conde Alessandro, el que Luciezo pintó en tríptico? –le preguntó, sin preámbulos.

El hombre parpadeó, sorprendido.

–Tendría que mirarlo…

–Hágalo, por favor. Y lleve a mi estudio cualquier cosa que encuentre.

Salió de la biblioteca preguntándose qué lo había empujado a hacer tal petición, qué había visto en el rostro de su antepasado. Pero no tenía tiempo para seguir pensando en ello porque debía llamar a Francesca. No podía posponerlo más.

Claro que… ¿era algo que pudiese decir por teléfono? No, decidió. Iba a decirle que ya no podía casarse con ella y le debía algo más que una llamada telefónica.

«Tengo que decírselo cara a cara, le debo al menos esa cortesía, esa consideración».

Porque iba a cambiar su destino como había cambiado el suyo.

Dejando escapar un suspiro, Cesare entró en su estudio y encendió el ordenador con intención de comprar el primer billete de avión disponible.

Tendría que decirle a Carla lo que iba a hacer, pensó entonces. Ella lo entendería. Solo estaría fuera unos días, y luego volvería para anunciar su compromiso.

Carla estaba en la cama, escuchando el coro del amanecer. Apenas había podido conciliar el sueño. Había pasado casi todo el día paseando por el jardín y nadando en la piscina.

Pero mientras nadaba se sentía como entumecida, aturdida. Ese aturdimiento había durado todo el día, mientras cenaba, atendida por el siempre discreto Lorenzo, y durante la llamada de Cesare.

La conversación había sido incómoda. ¿Cómo podía ser de otro modo? Y, después de preguntarle cómo estaba y cómo había pasado

el día, le había dicho que se iba a Estados Unidos al día siguiente para ver a Francesca.

Ella entendía sus razones, pero cuando colgó sintió una oleada de remordimientos.

Él no había pedido un embarazo que pusiera su mundo patas arriba. Y el de la mujer con la que había pensado casarse porque también su destino se vería truncado.

«Por mí, por aceptar casarme con Cesare sabiendo que solo me lo ha pedido por obligación».

Como había intentado forzar a Vito para que se casase con ella, destrozando su vida, la vida que había planeado con Eloise, la joven inglesa a la que no era capaz de localizar.

Carla cerró los ojos, angustiada.

«¿No he hecho ya suficiente daño?». «¿También tengo que destrozar la vida de su prometida?».

En silencio, pensando en el padre al que no recordaba, al que apenas había conocido, pensó por primera vez en lo que debía haber sentido cuando tuvo que casarse con una mujer a la que no amaba porque ella estaba embarazada. ¿Habría tenido otros planes, otros sueños?

Tanto él como su madre se habían visto obligados a renunciar a sus sueños. ¿Y para qué?

Su embarazo impedía que Cesare tuviese la vida que había querido. Su sentido del deber exigía que la tomase a ella como esposa en lugar de a la mujer con la que quería casarse.

Pero no tenía por qué ser así.

«Yo no quiero que Cesare se case conmigo contra su voluntad».

«He sido feliz aquí, tanto como podía serlo con Cesare. Sabía desde el principio lo que podía haber entre nosotros, que nunca podría ser mío como yo quería».

Carla recordó el pasado, los días y las noches que había pasado con Cesare, y luego pensó en el futuro al que se había comprometido: convertirse en su esposa, pero no la que Cesare había elegido.

«No puedo hacerle eso».

Apartó las sábanas, llevándose una mano al abdomen. Dentro de ella, invisible, casi intangible, una nueva vida estaba creciendo.

Se le hizo un nudo de emoción en la garganta.

«Este es el regalo de Cesare, no su corazón sino su hijo. Y eso será suficiente».

Con gesto decidido, se vistió, hizo la maleta y bajó al primer piso. Tenía que encontrar a Lorenzo, necesitaba un taxi que la

llevase al aeropuerto.

Tenía que hacer lo que debía hacer: liberar a Cesare de su compromiso.

Cesare subió a paso lento por la ornamentada escalera, en dirección al *piano nobile,* la sección moderna del *castello*. Había reservado un vuelo a Estados Unidos y el piloto de su helicóptero estaba esperando para llevarlo al aeropuerto. Había enviado un correo a Francesca por la noche para avisarla de su visita, pero sin darle ninguna indicación de su propósito. Lo que tenía que decirle sería una sorpresa para ella, pero una que no tenía más remedio que provocar.

De nuevo, en su mente apareció el retrato de Luciezo. Su antepasado había tenido libertad para elegir…

Cesare apartó tales pensamientos. ¿De qué servía pensar en ello? Él no tenía libertad de elección.

Entró en su estudio y abrió el ordenador, intentando concentrarse en las dificultades del presente. Debía comprobar si Francesca había contestado a su correo. Así era, pero tardó un momento en abrirlo, abrumado por la enormidad de lo que iba a hacer. Francesca no lo merecía.

«Pero tampoco Carla merece tener que casarse conmigo. Ella ha dejado bien claro que lo hace a regañadientes».

¿Y él, qué sentía él?

No, no quería pensar en eso. Antes debía destrozar la vida de Francesca.

Abrió el correo e intentó concentrarse en lo que había escrito.

Mi querido Ces,

Después de recibir tu correo he decidido que hay algo que debo contarte sin esperar más.

Cesare volvió a leer el mensaje, incrédulo.

Tal fue el impacto de sus palabras que se dejó caer sobre el sillón, con el corazón encogido. Lentamente, alargó una mano para cerrar el ordenador. No contestaría inmediatamente. Por el momento, solo podía recordar lo que acababa de leer, intentando entender las implicaciones.

Después de un discreto golpecito en la puerta, su archivero entró en el estudio.

–Los papeles que me pidió ayer –le dijo, dejando una carpeta de piel sobre el escritorio–. El diario privado del conde Alessandro.

Cesare le dio las gracias, pero su mente estaba en otro sitio. Luego, como para sacudirse esos pensamientos, tomó la capeta y la abrió. Dentro había una especie de cuadernillo con tapas de mármol, varios legajos cubiertos de polvo. Estaba escrito en italiano del siglo XVI y era difícil de descifrar, pero las palabras de su antepasado le llegaron a través de los siglos.

Leyó en silencio, con expresión sombría. Luego, al fin, levantó la mirada, la vieja tinta profundamente marcada en los antiguos legajos reverberando con la vehemencia de su antepasado.

Se quedó pensativo durante largo rato, intentando entender lo que había leído en el diario del conde Alessandro. Y recordando el correo de Francesca. Ambos textos se mezclaban, como intentando darle un mensaje.

Luego, tomando aire, se levantó de la silla. Sentía la urgente necesidad de ir a Lacio.

Estaba llegando a la puerta cuando sonó su móvil. Cesare lo sacó del bolsillo de la chaqueta y miró la pantalla.

Un mensaje de voz.

De Carla.

Tragó saliva mientras pulsaba el botón para escuchar el mensaje.

Y su mundo volvió a ponerse patas arriba.

Capítulo 12

CARLA nadaba, con brazadas lentas, pero constantes, de un lado a otro de la piscina en la villa de su madre. ¿De verdad solo había pasado una semana desde que tomó la decisión de liberar a Cesare de su compromiso?

Mientras salía del agua sintió un familiar nudo en el pecho, un nudo de emoción y de… ¿remordimientos por haber renunciado a su oportunidad de ser parte de la vida de Cesare?

No, casarse con Cesare hubiera sido insoportable. Se lo había dicho y era cierto. Eso era lo que debía hacer, por difícil que fuera.

–Cariño, ¿te encuentras bien? No debes cansarte.

Su madre, preocupada, la envolvió en una toalla y empezó a secarle la espalda.

Carla sonrió, dejando que la atendiese. Su madre estaba pendiente de ella desde que volvió de Italia, desde que le contó lo que había hecho.

–¿Se ofreció a casarse contigo? –había exclamado, sorprendida.

Hablaba con ella, pero Carla sabía que estaba rememorando su propio pasado.

–Es tu decisión –le había dicho–. Pero, por mi parte, creo que has hecho bien. Casarme con tu padre fue el peor error de mi vida. Yo esperaba que me amase con el tiempo, pero fue todo lo contrario. Solo se casó conmigo porque su padre lo presionó. Él era quien tenía el dinero y no quería un escándalo. Pero cuando su padre murió, él desapareció –su madre hizo una pausa–. Cuando murió en ese accidente de coche había una mujer con él… y había pedido el divorcio. Nuestro matrimonio solo lo hizo infeliz –Marlene respiró profundamente–. No hubo final feliz ni para mí ni para él.

«No habrá un final feliz».

Esas palabras se repetían en la mente de Carla. La triste historia de su madre confirmaba la decisión que había tomado cuando se fue de Italia y le dejó a Cesare un mensaje de voz, diciendo que

prefería ser madre soltera a forzarlo al matrimonio y que debía casarse con Francesca.

«Vuelve con ella, Cesare, y contrae el matrimonio para el que siempre has estado destinado. Yo no quiero ser la persona que te aparte de ella, por ninguna razón. Ella es la mujer con la que habías decidido casarte, no yo. El tiempo que pasamos juntos ha sido muy especial para mí, pero ha terminado y te deseo lo mejor. Esta es mi decisión. Por favor, no intentes disuadirme».

No había recibido respuesta y sabía que debería alegrarse de haberlo liberado, por mucho que le doliese.

«No me queda nada de él, nada, como cuando me dejó».

Sin embargo, mientras se sentaba para tomar un zumo de fruta, sintiendo la caricia del sol español en la espalda, deslizó la mano por la curva de su abdomen.

«No es verdad. Tengo algo, tengo el regalo de Cesare para mí».

Y los recuerdos. Recuerdos que no se borrarían nunca.

Cesare abrazándola, apoderándose de sus labios lenta y seductoramente, acariciándola por todas partes, apretándola contra su duro torso, haciéndola gozar con el roce de sus largos dedos.

Sus cuerpos se fusionaban en el ardor de la pasión, el deseo quemando como una llama hasta que gritaba de gozo, arqueándose en el éxtasis de su posesión.

Una posesión que no disfrutaría nunca más.

Se le encogió el corazón al pensar eso. Era un dolor que no la dejaría nunca. El dolor de un corazón roto. Nunca podría tener al hombre de su vida, su amor nunca sería correspondido.

No habría final feliz.

Cesare entró en la galería y pasó frente a cuadros de los viejos maestros, pero no estaba mirándolos. Su objetivo estaba al fondo de la sala y se quedó frente al tríptico, mirando los tres retratos, pensando en sus embrolladas vidas.

Una vez había creído conocerlos. Había presumido conocer a esas tres personas que habían vivido tanto tiempo atrás. Creía conocer a su antepasado, cuya sangre corría por sus venas. El antecesor que había sido libre de elegir, flanqueado por las dos mujeres de su vida; la mujer a la que había elegido como esposa, la mujer a la que había elegido como amante.

Libre para elegir.

Abruptamente se dio medio vuelta y saludó a los dos hombres que esperan pacientemente a la entrada de la galería.

–Pueden llevárselos –les dijo.

Luego, sin mirar atrás, salió de la galería con expresión indescifrable, pero experimentando una fuerte emoción. En su cabeza oía una y otra vez el mensaje de despedida de Carla.

«Esta es mi decisión. Por favor, no intentes disuadirme».

Tras él oyó a los hombres descolgando el tríptico de la pared, desmantelándolo, guardándolo en cajas.

Y siguió caminando, con aire sombrío.

Carla estaba desayunando con su madre. El tiempo era más fresco aquel día y se alegraba. Como hacía a menudo, deslizó una mano protectora por su abdomen. Debía permanecer calmada, serena, ninguna agitación, ningún trauma debía afectar a su hijo. Ella había elegido ese camino, ser madre soltera, en lugar de un atormentado matrimonio con Cesare. Había sido su decisión.

Vito se había quedado atónito al saberlo, pero ella no pensaba dar marcha atrás. No iba a dejar que nadie la convenciese.

En cuanto a su primo, al fin había un rayo de esperanza en su vida porque habían localizado a Eloise. Les deseaba lo mejor, esperaba que encontrasen la felicidad.

Y ella misma… bueno, la felicidad no estaba a su alcance. Cesare había aceptado su decisión y no había vuelto a saber nada de él.

«Yo crecí sin un padre y mi hijo crecerá del mismo modo. Pero me tendrá a mí y a mi madre, tendrá seguridad y amor, eso es lo único que importa».

Eso era lo que se decía a sí misma, y eso era lo que debía creer. Cesare se casaría con su prometida, la hija del marqués, y viviría como siempre había planeado hacerlo.

«Y yo tendré a su hijo, su regalo».

Era más de lo que había esperado tener de él y debería darse por satisfecha. Con el tiempo, su roto corazón curaría, y no habría sitio en él para Cesare.

El dolor en su corazón roto cesaría. Tenía que ser así. Aunque lo recordase para siempre.

–El correo, señora.

Una empleada dejó un montón de cartas sobre la mesa y su madre empezó a separarlas.

–Esta es para ti –le dijo, ofreciéndole un sobre grueso con expresión recelosa.

Carla se puso tensa. El sello era italiano y la firme letra reconocible de inmediato. Armándose de valor, abrió el sobre y sacó

varios documentos.

«Será algún documento legal que tenga que firmar renunciando a reclamar sus propiedades para el niño. O un acuerdo sobre la manutención».

Pero cuando leyó el primer documento dejó escapar un gemido. No era ninguna de esas cosas.

–Cariño, ¿de qué se trata? –le preguntó su madre, alarmada.

–Es de una cámara acorazada en Roma. Dice que… –Carla tuvo que tragar saliva–. Dice que el tríptico de Luciezo-Caradino está guardado allí, que lo conservan en depósito para… para…

Instintivamente, se llevó una mano al abdomen. Soltó el documento y tomó una carta con la letra de Cesare.

Se levantó, tragando saliva, y se alejó por el jardín para sentarse a la sombra de una buganvilla. Se dejó caer en el banco con piernas temblorosas y empezó a leer la carta de Cesare:

> *Este es mi regalo para ti, no solo por el hijo que esperas sino como un símbolo de lo que hubo entre nosotros. Para entender por qué, te pido que leas el documento adjunto. Es una transcripción del diario personal del conde Alessandro.*
>
> *Léelo ahora, antes de seguir leyendo mi carta.*

Carla dejó la carta sobre su regazo y desplegó el tercer documento con dedos temblorosos. Estaba escrito en italiano antiguo y no entendía algunas palabras, pero mientras leía sintió que el mundo giraba sobre su eje.

Lentamente, con una sensación de vacío en el estómago, dejó a un lado el documento y volvió a tomar la carta de Cesare.

> *Yo no voy a cometer el error que él cometió. A pesar de la decisión que has tomado, quiero que sepas que yo no soy como mi antepasado.*

Estaba firmada sencillamente con su nombre: Cesare.

Con cuidado, con mucho cuidado, con el corazón latiendo como un pájaro dentro de su pecho, guardó los documentos en el sobre y volvió a la terraza, donde su madre esperaba con expresión ansiosa.

Marlene se levantó, pero Carla le hizo un gesto.

–Tengo que ir con él.

Su voz sonaba extraña, hueca, y la emoción la ahogaba.

El coche de alquiler se comía los kilómetros, recorriendo el exuberante paisaje de Lacio. Y, por fin, cuando empezaba a oscurecer, llegó a la fabulosa entrada de piedra del formidable *castello* Mantegna.

«Yo no voy a cometer el error que él cometió».

Carla bajó del coche y se dirigió hacia la impresionante entrada del *castello*. Había un postigo y dos enormes puertas tachonadas, con una antigua campanilla de metal a un lado y un moderno intercomunicador con cámara de vigilancia al otro.

Presionó el botón y dio su nombre. Silencio, completo y total silencio. Ninguna respuesta del interior de la fortaleza.

Su corazón se encogió y la sensación de derrota hizo que dejase caer los hombros.

«Qué tonta has sido».

–*Signorina, prego, prego.*

El hombre que abría el postigo llevaba un uniforme de guardia de seguridad. Algo lógico, dado el valor de las obras de arte del *castello*, incluso sin el preciado tríptico.

Carla, con el corazón en la garganta, atravesó el postigo hasta un vasto patio adoquinado. El guardia de seguridad estaba disculpándose, pero ella miraba a un lado y a otro, fijándose en los antiguos establos convertidos en garajes, en las cocinas medievales convertidas en estancias para los empleados. Las dos alas dominadas por la enorme masa de piedra que se levantaba, oscura, ante ella.

Estaba anocheciendo y las luces de seguridad del enorme patio se encendieron mientras el guardia de seguridad la llevaba a través de unas impresionantes puertas de hierro claveteado. Dentro podía ver un cavernoso pasillo iluminado por enormes candelabros. Y al fondo, caminando rápidamente, la figura del nombre al que había ido a visitar en aquella fortaleza.

Cesare di Mondave, conde de Mantegna, señor de sus dominios.

Empezaba a sentirse mareada. El efecto de madrugar esa mañana después de una noche en la que apenas había podido conciliar el sueño. Se sentía atormentada, confusa después del viaje al aeropuerto, el vuelo a Roma, contratar el coche, el viaje hasta allí. Estaba agotada y le fallaban las fuerzas. Intentó mantenerse erguida, pero se le doblaban las piernas…

Cesare llegó a su lado de inmediato y, a pesar del aumento de peso por su preciada carga, la tomó en brazos como si no pesara más que una pluma. Carla cerró los ojos, enterrando la cara en su hombro, sintiendo su fuerza, su calor, su aroma.

Cesare.

Ese nombre se disparó en su cabeza, abriéndose paso entre la espesa niebla que la rodeaba. Empezó a subir por la escalera de piedra, sin dejar de dar instrucciones con tono urgente. Carla oyó voces ansiosas, masculinas y femeninas, hasta que por fin la dejó sobre la más suave colcha.

Cuando abrió los ojos estaba tumbada en una enorme y ornamentada cama con dosel. Cesare estaba a su lado y tras él había un grupo de gente, empleados seguramente.

–*Il dottore*. ¡Llamadlo ahora mismo!

Era una orden urgente, firme, que exigía obediencia inmediata.

–Ya lo hemos llamado, señor conde.

Carla intentó incorporase.

–No necesito un médico. Estoy bien.

Cesare hizo un gesto y todos desaparecieron silenciosamente, dejándolos solos.

–Viene de camino –le dijo.

La mirada de Cesare se clavó en la suya y Carla vio algo que la dejó sin respiración.

–¿Por qué has venido? *Dio mio*, dímelo. ¿De verdad estás bien?

Nunca lo había visto así, tan vehemente, tan descarnado. Su corazón se llenó de emoción, pero debía controlarse. No debía creer…

–Tu carta –empezó a decir–. Las palabras del conde Alessandro… y luego las tuyas.

Su voz sonaba forzada, las palabras inconexas. Lo buscó con la mirada, pero seguía sin atreverse a creer. Cesare había estado dispuesto a casarse para cumplir con su deber, con su responsabilidad. Entonces, ¿cómo podía había escrito esa carta? ¿Y por qué? Una vez se había hecho ilusiones de que él pudiera corresponderla… la noche que la dejó. Destrozándola, rompiéndole el corazón.

¿Cómo iba a atreverse a tener esperanzas de nuevo? Pero debía saberlo. Tenía que saber.

–Cesare, ¿por qué me escribiste esa carta, diciendo que tú no cometerías el error que cometió el conde Alessandro? –le preguntó.

Vio un brillo apasionado en sus ojos. Una vehemencia que no había visto nunca, ni una sola vez durante el tiempo que estuvieron juntos.

–Si leíste la carta, sabrás que el conde Alessandro se casó con la *contessa* por su sentido del deber, por las expectativas que todos habían puesto en ese matrimonio. Pero ella no quería casarse con

él, no quería casarse en absoluto. Su vocación era ser monja, pero su familia la forzó al matrimonio porque debía tener hijos. Era su obligación como parte de una familia noble. Y él, el conde, hizo lo que hacían los nobles de la época: proteger su ilustre apellido. No amaba a la *contessa*, pero eso no era relevante.

Carla oyó de nuevo lo que le había dicho cuando le informó de que pensaba casarse, diciendo que el amor no era relevante. Seguía sin atreverse a creer, pero sintió la misma emoción que la había llevado allí, al antiguo *castello*.

–Y sin embargo –siguió Cesare– había una mujer a la que sí amaba –hizo una pausa, sin dejar de mirarla a los ojos–. Su amante, la mujer de la que estaba enamorado y con la que jamás había pensado casarse. La mujer a la que amaba, con la que pasaba todo su tiempo libre y con la que tuvo una familia porque entonces, como tú sabes, no era fácil interrumpir un embarazo. No quiso al hijo que tuvo con la *contessa*, el hijo que creció odiando a su padre porque no tenía ni tiempo ni amor para él. Como no tenía tiempo ni amor para la madre.

Abruptamente, Cesare se apartó para acercarse a la ventana, con las manos en los bolsillos del pantalón.

De espaldas, miró la noche a través de los cristales, como si a través de ella pudiese ver el pasado, pero no el del heredero del conde Alessandro sino el suyo.

–Mi padre nunca tuvo tiempo para mí.

Su voz era más suave, como desleída, mientras hablaba de cosas de las que nunca antes había hablado. Pero ahora debía hacerlo.

–Me creía exageradamente sensible. Al contrario que él, yo no pensaba que ser un gran cazador y colgar cabezas cortadas de animales en la sala de trofeos fuese un gran logro. Me despreciaba porque me consideraba demasiado escrupuloso, me condenaba por ello. Incluso me dijo abiertamente que no estaba a la altura de mi apellido –Cesare se quedó en silencio un momento, con los labios apretados–. Cuando murió, me propuse demostrarme a mí mismo, y a él, que estaba equivocado. Por supuesto, jamás seguí con la tradición de matar hermosos animales salvajes, pero me concentré en controlar mi herencia, las propiedades, la gente a la que empleo, los clientes, los arrendatarios, todos aquellos que mantienen las fincas y dependen de ellas para vivir. Cumplí con los deberes que mi apellido y mi título me exigían. No le he dado motivo a su fantasma, ni a los fantasmas de todos mis antecesores, para criticarme.

Se dio la vuelta entonces, mirándola desde el otro lado de la

habitación. Carla estaba recostada sobre las almohadas de la enorme cama y la curva de su abdomen era visible a la luz de la lámpara.

–Y mi deber fundamental era casarme. El deber de todos los que han llevado mi apellido y mi título es casarse y tener un sucesor –agregó, clavando sus ojos en el rostro demacrado–. Mi padre siempre aprobó a Francesca. Según él, era la mujer con la que debería casarme. Era idónea en todos los sentidos y me dijo que sería afortunado si ella aceptaba el acuerdo –Cesare cerró los ojos un momento y luego volvió a abrirlos para mirarla–.Y así habría sido… si no te hubiera conocido a ti.

Silencio, total silencio. Ella lo miraba como si estuviera viéndolo por primera vez.

–Pero cuando Francesca me envió un mensaje diciendo que había conseguido el doctorado antes de lo que esperaba y que tendría que elegir entre quedarse en Estados Unidos y volver a casa para casarse conmigo… –Cesare hizo una pausa, como mirando para sus adentros–. Mi primera reacción ante esa carta debería haberme abierto los ojos. Debería haberme dejado claro que yo había cambiado profundamente porque mi primera reacción fue un grito desesperado: «no, aún no». Pero en lugar de aceptarlo… en lugar de aceptarlo intenté convencerme de que mi matrimonio con Francesca sería ideal, que ella era la esposa perfecta, que haría bien el papel de *contessa*. Ella sabía lo que suponía y, al contrario que mi madre, para quien ser la perfecta madre y esposa era la razón de toda su existencia, Francesca seguiría trabajando como investigadora en Italia. Cuando Francesca me informó de su decisión, volver a Italia para casarse conmigo, supe que solo podía hacer una cosa –Cesare hizo una nueva pausa y cuando volvió a hablar su tono era angustiado–. Apartarte de mi vida.

Carla había cerrado los ojos y apretaba convulsivamente la colcha entre los dedos.

Cesare hablaba en voz baja desde el otro lado de la habitación y, sin embargo, podía oír cada palabra como si estuviese hablándole al oído.

–Pero había un sitio del que no podía sacarte, un sitio que ni siquiera sabía que tú hubieras ocupado –siguió él–. ¡Un sitio, Carla, donde estarás siempre y del que no podré arrancarte nunca!

Su tono vehemente hizo que Carla abriese los ojos.

–Cesare…

–No sabía que estuvieras ahí. Ni siquiera lo supe cuando me volví loco de celos, de rabia, una rabia que no debería sentir, que

no tenía derecho a sentir, al saber que ibas a casarte con Viscari. Una rabia que me rompía por la mitad. Cuando supe que estabas prometida con Vito Viscari se me vino el mundo encima. Estaba loco la noche que fui a tu apartamento, jubiloso porque no te habías casado con él –Cesare sacudió la cabeza con gesto entristecido–. Pero ni siquiera abrí los ojos cuando Viscari me dijo que estabas esperando un hijo mío. Ni siquiera entonces, Carla, cuando supe que debíamos casarnos… ni siquiera entonces me di cuenta de lo que sentía por ti –se quedó inmóvil, con las manos en los bolsillos del pantalón, ensimismado–. Solo podía pensar que nunca había podido elegir, que lo importante era cumplir con mi deber y mi deber era casarme con Francesca para tener un heredero. Primero era mi deber casarme con ella y luego… –Cesare tomó aliento– mi deber era casarme contigo. Nunca había podido elegir.

Carla cerró los ojos un momento, sintiendo el mismo desconsuelo que había sentido meses antes, al saber que solo iba a casarse con ella por obligación.

Pero Cesare seguía hablando con tono descarnado, frágil:

–Cundo volví aquí, me encontré buscando el retrato de Luciezo, pensando que mi antepasado había sido libre de elegir cómo vivir su vida y yo, en cambio, no lo era. Y sin embargo…

Le costaba pronunciar las palabras y Carla lo miraba con los ojos abiertos de par en par, haciendo un esfuerzo para respirar, tan emocionada estaba.

–Entonces leí el diario del conde Alessandro –Cesare exhaló lentamente, sin dejar de mirarla con una expresión que heló la sangre en sus venas–. Y cuando leí sus últimas palabras… fue una revelación. El conde se maldecía a sí mismo por lo que había hecho, por haberse casado con una mujer a la que no amaba. Había destruido su vida y las vidas de su mujer y su amante, condenándolos a los tres a la infelicidad. Era un error que nunca podría reparar, nunca.

Carla tragó saliva. Sabía que debía decir algo y, cuando habló, su tono sonaba dolido y angustiado.

–Por eso decidí que no podía casarme contigo. Sentía como si me hubiera convertido en los retratos de Caradino, la amante embarazada convirtiéndose en la infeliz esposa.

Cesare hizo una mueca.

–Carla…

–Yo sabía que no querías casarte conmigo. ¿Cómo ibas a querer hacerlo si habías elegido a otra mujer, si me habías apartado de tu vida? ¿Cómo podía condenarte a un matrimonio sin amor, a un

matrimonio que nunca habías deseado? –Carla bajó la voz–. ¿Y cómo podía cometer el error que había cometido mi madre, un error que lamentaba amargamente? Como tú mismo lo lamentarías tarde o temprano, Cesare. Lamentarías un matrimonio sin amor…

No terminó la frase, ahogada de emoción. Cerró los ojos, pero era como si hubiese cristales bajo sus párpados. De repente, sintió una inclinación en la cama. Cesare estaba a su lado, apretando su mano.

Cuando abrió los ojos, en ellos había lágrimas como diamantes.

Cesare la miró, emocionado, y esa emoción aceleró su pulso, ahogándola, haciendo que su corazón enloqueciese porque todo dependía de sus palabras.

–No sería un matrimonio sin amor, Carla –dijo por fin–. No sería sin amor. Cuando leí el diario del conde Alessandro, ese grito de desesperanza y remordimiento por el error que había cometido, un error que ya no podría reparar, supe por fin que había estado ciego. Me di cuenta de que podría dejarte o tú podrías dejarme a mí y daría igual. Porque estabas alojada en ese sitio del que ya nunca podría sacarte –Cesare hizo una pausa, sin dejar de mirarla. La verdad estaba en sus ojos y él lo sabía–. En mi corazón, Carla, donde estarás siempre. Tú eres la mujer que yo hubiera elegido para ser mi esposa. Estuvieras embarazada o no te habría elegido a ti porque… porque te quiero.

Al escuchar esas palabras, las más preciosas palabras, que significaban un mundo para ella, su corazón se llenó de una emoción que apenas podía contener. ¿Estaba viendo la misma emoción en sus ojos oscuros? ¿Se atrevía a creerlo?

Sintió la presión de su mano, notó que le costaba respirar.

–Eso es lo que quería que supieras, lo que necesitaba que supieras. Puede que tú no me ames, Carla, pero yo necesitaba que supieras lo que siento. Sea cual sea tu decisión, casarte conmigo o no, quiero que sepas que estarás para siempre en mi corazón. Para siempre.

Tomó aire, trémulo, poniendo en palabras todo lo que era, todo lo que sentía:

–Es tu decisión, desde luego, pero si sientes… si eres capaz de sentir una fracción de lo que yo siento por ti, ¿aceptarás mi mano, mi corazón, mi vida, mi amor?

Carla notó que apretaba su mano, como rogando una respuesta. Las lágrimas de diamante seguían brillando en sus ojos y no podía hablar. Empezó a levantar la mano libre, pero Cesare la sujetó para llevársela a los labios.

–Cesare…

Vio que su expresión cambiaba entonces, que se volvía sombría.

–Alessandro se ha convertido en polvo, como su mujer y su amante, la mujer de la que estaba enamorado. Para todos ellos, sus remordimientos llegaron demasiado tarde. Pero nosotros… –la emoción hizo que volviese a interrumpirse–. Nosotros estamos vivos y podemos tomar las riendas de nuestro futuro. Podemos aprovecharlo, Carla, aprovecharlo y hacerlo nuestro –le dijo, besando su mano–. Mi querida Carla, *bella*, ¿aceptarías mi mano en matrimonio? ¿Estarás a mi lado durante toda mi vida, como mi querida esposa, mi *contessa*? ¿Me darás el precioso regalo de tu corazón, de tu amor? ¿Dejarás que el precioso hijo que crece dentro de ti sea la prueba y el símbolo de nuestro amor, de nuestra unión eterna? ¿Serás mi esposa y la mujer a la que amo en una sola persona?

–Cesare, yo…

–¿Unirás el tríptico, no como habías temido, como una infeliz amante convirtiéndose en infeliz esposa, sino del modo que debemos estar unidos para que no haya división entre la una y la otra? Los dos papeles unidos en la misma mujer, en ti.

Carla sintió que su corazón daba un vuelco, rebosante de alegría, de una felicidad que había pensado no sentiría nunca.

«Cesare, oh, Cesare, Cesare».

Él se inclinó hacia delante para besar sus lágrimas, y luego su boca, sin dejar de apretar su mano.

–Intenté no enamorarme de ti –empezó a decir Carla, en voz baja, contenida–. Desde el principio, cuando empezó nuestra aventura, supe que eso era todo lo que podía ser. Sabía que no podía haber un futuro para nosotros, que un día tú me apartarías de tu lado para casarte, como debía hacerlo yo. Pero no pude evitarlo, me enamoré de ti a pesar de las advertencias que me hacía a mí misma. Y cuando rompiste conmigo me volví loca. Perdí la cabeza y me porté de una forma despreciable con Vito, estuve a punto de destrozar su vida. Por eso me di cuenta de que no podía destrozar tu vida también. Tú no me querías. Ibas a casarte con Francesca… –Carla lo miró entonces, preocupada–. Cesare… ¿has hablado con ella?

Él esbozó una sonrisa irónica.

–Francesca se ha ido a California. Al parecer, tampoco ella quería un matrimonio sin amor, o ningún tipo de matrimonio. Me escribió para decir que le habían ofrecido formar parte de un prestigioso equipo de investigación en la Costa Oeste, encabezado

por un premio Nobel, y había decidido aceptarlo. Estaba emocionadísima y esperaba que yo entendiese por qué no podía casarse conmigo.

Cuando sonrió de nuevo, Carla pudo ver alivio en esa sonrisa. Alivio y felicidad.

–Me alegro por ella.

–La astrofísica es su primer amor, no ser la *contessa* de Mantegna.

–La mujer del conde Alessandro quería ser monja, esa era su verdadera vocación.

Cesare asintió, viendo la analogía.

–Y la investigación científica la vocación de Francesca. Por lo cual, le estoy profundamente agradecido –murmuró, besando su frente–. Te gustará, ya lo verás. Es una chica encantadora. Pero te advierto que no vas a entender nada de lo que a ella tanto le fascina. Yo, desde luego, no entendía nada –Cesare frunció el ceño entonces, pensativo–. Tal vez esa fue una advertencia para mí, el hecho de que me costase tanto comunicarme con ella sobre su trabajo. Aunque sabía que cumpliría con sus obligaciones como *contessa*, Francesca no hubiera puesto el corazón en ello. Supongo que la formalización de nuestro compromiso hizo que se diera cuenta de que las expectativas que todos habían puesto en ella, el futuro que había sido marcado desde que era niña, no era lo que ella quería en realidad. Como me pasaba a mí –su tono se volvió sombrío de nuevo–. No te pido que me perdones por lo que te hice, Carla. Solo te pido que me comprendas. Si puedes hacer eso al menos…

Ella no le dejó terminar la frase.

–Tienes las dos cosas, Cesare, mi comprensión y mi perdón –le dijo, con la voz rota de emoción–. Te lo digo de corazón, créeme.

La expresión de Cesare se animó mientras deslizaba la palma de la mano por su abultado abdomen, como extasiado. Cerró los ojos, incapaz de creer que hubiera llegado ese momento, que Carla lo hubiese perdonado.

Se sentía invadido por una sensación de paz que llenaba cada célula y se difundía por su cuerpo, su mente y su alma.

Se inclinó hacia ella para rozar sus labios y Carla lo recibió cerrando los ojos como para contener la inmensa alegría que sentía. El beso, cálido y profundo, plantaba las semillas de una felicidad que cosecharían durante toda la vida.

–Mi querida Carla –susurró–. Mi dulce amor.

La besó de nuevo, con ternura, con esperanza, venerando a

aquella mujer a la que tanto amaba y a la que había estado a punto de perder, pero que a partir de ese momento estaría a su lado, y en su corazón, durante el resto de su vida.

Se quedaron abrazados, en silencio, durante largo rato, sintiendo la cercanía de sus corazones, sintiendo la paz del amor compartido envolviéndolos, uniéndolos.

–Mi Cesare –susurró ella.

Porque ahora era suyo, suyo de verdad. Todas sus esperanzas se habían cumplido, todas sus ilusiones se habían hecho realidad, y los miedos habían desaparecido para siempre.

Deslizó los dedos por la fuerte columna de su cuello, acariciando su pelo negro. Sabía que era suya y Cesare de ella, para siempre, ahora y más allá del tiempo.

Poco después oyeron un golpecito en la puerta y alguien anuncio la llegada del médico.

Cesare miró a Carla. Tenía tal expresión de exultante felicidad que tuvo que sonreír. Tal vez el médico no era necesario, pero el hijo que esperaba, aquel maravilloso regalo de la vida, era infinitamente precioso.

Después de saludar al médico, Cesare salió de la habitación para dejar que la examinase. Una vez en el pasillo, dio instrucciones a su mayordomo para que sacase el mejor champán de su amplia bodega. Y luego, como era la costumbre ancestral, paseó frente a la puerta de la habitación hasta que el médico salió unos minutos después.

–¿Y bien? –le preguntó.

–Todo bien –anunció el hombre–. La fatiga y un exceso de emoción, nada más –le explicó, aclarándose la garganta–. ¿Sería presuntuoso por mi parte darle la enhorabuena?

Cesare esbozó una sonrisa y cuando habló, lo hizo deliberadamente porque el mayordomo había vuelto para acompañar al médico a la puerta.

–No sería presuntuoso. Muchas gracias.

Cesare sabía que su mayordomo había escuchado la conversación y que las palabras que acababa de pronunciar serían una bomba en el *castello*.

En diez minutos, todos sus empleados sabrían que pronto habría una nueva *contessa*.

Se sentía más feliz que nunca mientras volvía a entrar el dormitorio. Carla poseía un atributo que era todo lo que necesitaba en una esposa.

«Es la mujer a la que amo y a la que amaré durante el resto de

mi vida».

Y su amor era correspondido.

¿Qué más podía importar? Eso era lo que su antepasado le había enseñado gracias a unos legajos empapados de tristeza.

«Yo no voy a cometer el error que él cometió».

Recordó esas palabras de nuevo mientras tomaba a Carla, la mujer que amaba, entre sus brazos.

–El médico dice que todo va bien.

Sus ojos eran tan cálidos, tan llenos de amor, que el corazón de Carla dio vuelco. ¿De verdad podía ser tan feliz? Y, sin embargo, así era.

«Esto es real, no son solo esperanzas y sueños».

Estaba maravillada y lo estuvo aún más cuando Cesare se apartó para hacer algo que nunca lo había visto hacer. Levantó la mano y se quitó del meñique el sello de oro con el escudo de su familia, el anillo que jamás se había quitado, ni para bañarse, ni para nadar, por ninguna razón.

–Para mi *contessa* –le dijo, mientras le ponía el anillo en el dedo–. En realidad, hay un sello especial para la *contessa* de Mantegna. Mi madre lo llevó desde el día de su boda, pero esta noche, mi amor, mientras celebramos este momento, lleva mi anillo, que no me he quitado del dedo desde el día que me lo puse, el día que mi padre murió.

Carla tenía un nudo en la garganta. Era un gesto tan simple, pero tan profundo y con tanto significado que sus ojos se llenaron de lágrimas.

–Nada de lágrimas –le ordenó él–. No lo permitiré.

–Ah, ahora es el conde quien habla –bromeó ella.

–Desde luego que sí–asintió Cesare, dándole una palmadita en la mano.

Cesare besó su frente y tiró de ella para levantarla de la cama.

–Si estás lista, *amore mio*, es el momento de conocer a los empleados del *castello*. Mi mayordomo habrá informado a todo el mundo de la noticia y he pedido que sirvan nuestro mejor champán en el salón. Una copa no le hará daño a nuestro hijo, ¿verdad?

–Desde luego que no.

–Y supongo que querrás llamar a tu madre. Espero que se alegre por ti cuando sepa cuánto te quiero.

–Y que no vamos a repetir su mala experiencia matrimonial –agregó Carla, experimentando una oleada de felicidad. Pero entonces recordó algo–. Cesare, mi madre es… controvertida –le dijo, incómoda–. Cuando Vito se negó a casarse conmigo y le vendió

las acciones de Guido a Falcone se convirtió en *persona non grata* en Roma. Le han cerrado todas las puertas.

Él esbozó una amplia sonrisa.

–Creo que pronto descubrirás que, como mi suegra y abuela de nuestro hijo, tu madre tendrá todas las puertas abiertas. En Roma y en cualquier otro sitio.

Carla apretó su mano.

–Gracias –murmuró–. Aunque ahora que vive en España, todo será más fácil.

–Podrá visitarnos cuando quiera –le aseguró Cesare–. Empezando por el día de nuestra boda, claro –añadió, mirando el hinchado vientre bajo el que crecía su hijo–. Y, por cierto, te pediría que fuese lo antes posible.

Ella lo miró con los ojos brillantes de amor.

–Me casaría contigo esta misma noche. Solo tienes que llamar al capellán.

Cesare, que iba a abrir la puerta, se detuvo.

–Pero antes querías una ceremonia civil.

Carla negó vigorosamente con la cabeza.

–Quiero casarme contigo en la capilla del *castello*, ante Dios y ante todos tus antepasados. Quiero que nuestro matrimonio dure todas nuestras vidas y toda la eternidad, porque te amaré durante todo ese tiempo.

Apoyó la cabeza en su hombro, sintiendo su fuerza, su presencia, su amor por ella. Entrelazó sus dedos, sintiendo el peso del anillo de oro, el símbolo indisoluble de su amor.

–Y yo a ti –le prometió Cesare con voz ronca.

Tomando aire, se irguió mientras abría la puerta del dormitorio. Al final del pasillo estaba la escalera de piedra que llevaba al vestíbulo donde sabía se habían reunido todos sus empleados. A un lado podía ver las puertas abiertas del gran salón, con todos las lámparas encendidas, el *castello* magníficamente iluminado.

La celebración los esperaba.

Cuando pusieron un pie en la escalera y todos sus empleados empezaron a aplaudir, Cesare se volvió hacia Carla y levantó su mano para llevársela a los labios, esbozando una sonrisa tan cálida como el amor que guardaba en su corazón.

–¿Estas lista? –le preguntó.

–Más que lista –respondió ella.

Y a su lado, como lo estaría siempre a partir de ese momento.

Carla bajó con él para ocupar su puesto como la mujer con la que iba a casarse, la mujer a la que amaría durante el resto de su

vida, su mujer y su único amor.

Los gruesos muros de la capilla parecían absorber los sordos murmullos del pequeño y selecto grupo de invitados, que callaron cuando el sacerdote, el capellán de Cesare, levantó las manos y dio comienzo a la ancestral ceremonia.

El corazón de Carla aleteaba de emoción mientras se colocaba frente al altar con el vestido de encaje de color crema moldeando su abundante figura. Al lado de Cesare, el amor de su vida, el hombre que pronto sería su marido.

Esperando que pronunciase las palabras que los unirían en matrimonio, como ya estaban unidos por el amor que sentían el uno por el otro y por el hijo que pronto nacería; el continuador del legado de la antigua familia Mantegna, de la que ahora formaba parte de modo permanente.